LOS
PARIAS
DE BLANCO
Salvando vidas en la
Medellín de los ochenta
Francisco Zuluaga MD

Los parias de blanco

Salvando vidas en la Medellín de los ochenta

Francisco Zuluaga MD ∴

Los parias de blanco
Salvando vidas en la Medellín de los ochenta

Autor
Francisco Zuluaga MD

Editor
Rafael González Toro

Corrección de estilo
Juan David Villa

Diseño
Hernán Franco Higuita

Foto de cubierta
Creada por Gemini, 1º de julio de 2025

© Copyright editorial

Primera edición, 2025.

Queda prohibida su reproducción total o parcial en cualquier medio físico, digital conocido y por conocerse, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular.

Dedico este libro con especial cariño al sacrificio de mi familia, que siempre ha sido incondicional, a pesar de los miles de peligros y riesgos enfrentados; a la hermandad de la sangre, independientemente del credo, sexo u orientación política, en cualquier lugar del mundo; a los hijos de la viuda, portadores de la luz, que alumbran nuestros pasos hacia la trascendencia y la humilde comprensión de lo que somos. A todos nos une un juramento, que se pierde en la niebla del tiempo y que cumpliremos hasta el último momento en que habitemos este plano terrenal.

Agradezco a Rafael González Toro por su infinita paciencia e indeclinable compromiso y dedicación. Por escucharme durante cientos de horas compartiendo visiones, emociones, alegrías y tristezas a lo largo de cada uno de estos capítulos. Gracias por interpretar mi voz, a veces entrecortada y de frases inconexas o de extensos relatos en frases y capítulos, con el orden y la disciplina de su excelencia y experiencia.

Contenido

Presentación
CAPÍTULO 1 | Unos pasos cortos
CAPÍTULO 2 | El doctor Nando
CAPÍTULO 3 | Policlínica
CAPÍTULO 4 | La carnicería de baldosas blancas
CAPÍTULO 5 | “Aquí es por parejo”
CAPÍTULO 6 | El feudalismo del terror
CAPÍTULO 7 | Y… todo empezó a estallar
CAPÍTULO 8 | Un oasis entre el pavimento
CAPÍTULO 9 | Los oscuros
CAPÍTULO 10 | De ideales a ambiciones
CAPÍTULO 11 | Salvando vidas con las uñas
CAPÍTULO 12 | Los maestros
CAPÍTULO 13 | Entre lobos y gatos salvajes
CAPÍTULO 14 | El rural
CAPÍTULO 15 | Dónde pongo el dolor
Aclaración

Presentación

La historia de Medellín en las últimas cinco décadas es paradójica y raya en lo inverosímil. La ciudad industrial, próspera y pujante, que fue modelo hasta mediados de los setenta, se convirtió en una urbe hostil donde el homicidio pasó a ser más común que el pan de cada día.

Desde mediados de los ochenta, las calles fueron el escenario del desangre de las víctimas. La violencia, ejercida por diversos grupos armados que alimentaban el conflicto, la padecieron habitantes de todos los estratos y condiciones. Ellos vieron la barbarie de la guerra entre mafias, al principio, y después quedaron en medio de la confrontación entre las fuerzas de seguridad del Estado y el Cartel de Medellín.

Una de las historias no contadas ha sido el impacto que tuvo ese reguero de muertos y de heridos en el sistema hospitalario de la ciudad: la violencia saturó, como en pocos lugares del planeta, centros de salud, clínicas y hospitales, en un fenómeno que hasta hoy no ha tenido precedentes en la historia de Colombia. Una unidad, la Policlínica Municipal, fue un reducto de resistencia pacífica humanitaria en la que médicos, estudiantes de Medicina y demás trabajadores de la salud lucharon durante años para salvar vidas con muy pocas herramientas y casi sin recursos.

En ese lugar, el personal médico jugó un papel fundamental, y escasamente reconocido. Allí llegó Nando a mediados de esa década como estudiante de Medicina de la Universidad Pública. Torciendo el destino de un pasado de privaciones, inició sus estudios y en poco tiempo empezó a ayudar en las urgencias. Cualquier colaboración servía en aquellos momentos tan difíciles.

Así, de la mano de los mejores maestros, Nando se hizo médico de urgencias aunque todavía le faltaran años para el título. Vivió en carne propia, y en la de muchos de sus compañeros estudiantes y docentes, los embates de la violencia en todas sus manifestaciones.

Él y quienes trabajaban a su lado quedaron en la mitad de una confrontación de la cual ni siquiera eran parte. Padecieron las presiones de todos los bandos. Fueron amenazados, atentaron contra sus vidas y vivieron escenas propias de la guerra más descarnada.

Después de cada turno, muchas veces eran jornadas de más de treinta y seis horas, volvían a sus casas sucios, manchados de sangre y con la moral por el suelo. En la calle nadie quería cruzarse con ellos, ni siquiera en el transporte público los llevaban. Los despreciaron a pesar de cumplir a cabalidad su labor.

La presión que padecían en la sala de emergencias les dejó traumas sicológicos, consecuencia, claro, de ese sinsentido por el que arriesgaban sus pellejos día a día. Muchos de ellos no lo pudieron soportar y hoy sufren con las secuelas. Porque los hicieron a un lado. En su propia ciudad, y en los barrios que habían caminado desde niños, los convirtieron en parias vestidos de blanco.

La situación se hizo insostenible al principio de los noventa. En 1991, uno de los años más sangrientos de la historia del país, Medellín fue catalogada como la ciudad más violenta del mundo al registrar 6809 homicidios, una tasa de 395,47 muertes violentas por cada 100 000 habitantes.

Estas cifras llevaron a la capital antioqueña a encabezar la lista de las cincuenta ciudades más peligrosas del mundo. Todo se desmoronaba y los médicos de la Policlínica, olvidados por la institucionalidad y también por la sociedad civil, seguían de pie salvando vidas, sin importar quiénes eran los que acudían a sus servicios.

Ya han pasado tres décadas desde aquella época, para muchos lejana. Años que otros quieren olvidar y algunos borrar, como si nunca hubieran transcurrido. Los médicos que se formaron en la Escuela de Medicina de la Universidad Pública y en la Policlínica Municipal, como Nando, rememoran a sus compañeros y profesores. Para ellos son el mejor recuerdo de esos años amargos de los que, por fortuna, la ciudad emergió.

Este libro es un homenaje para cientos, por qué no miles, de héroes anónimos. Esos que la historia edulcorada y empalagosa olvidó porque nunca estuvieron del lado del mercadeo mediático y, mucho menos, del político. De su parte nunca hubo quejas ni reproches, solo trabajo y compromiso. Ellos recogieron, uno a uno, los pedazos rotos de Medellín y los juntaron para ayudar en la reconstrucción.

Estos relatos son más que un puñado de anécdotas del doctor Nando y de sus compañeros en su paso por la Policlínica Municipal y de su formación como médicos. Son realmente un fragmento importante de las memorias de más de una generación de hombres y

mujeres que lo dieron todo por la vida. Porque, para ellos, mejor que recordar es no olvidar.

CAPÍTULO 1 | Unos pasos cortos

Levantó la cabeza y se quedó paralizado. Por algunos segundos, que parecieron días, Nando no supo reaccionar ante la magnitud del compromiso que tenía enfrente. Esa mañana, el sol de finales de enero apenas se asomaba por encima de las montañas del oriente de la ciudad, y la fachada de la Facultad de Medicina se veía más deslumbrante que siempre. Los árboles flanqueaban la acera y les daban un aire aún más imponente a los dos bloques de edificios de tres pisos de la entrada. De niño había estado muchas veces ahí y pasado tardes enteras corriendo por los corredores de baldosas impecables de la farmacia del Seguro Social, ubicada frente al claustro, donde su papá trabajaba. Pero esta vez era distinto.

Por un momento pensó que era un sueño. Pero no. Un auto aceleró en el pavimento y otro tocó fuerte la bocina. De inmediato salió de sus pensamientos y se vio parado en el separador central de la vía. No había de otra. Tenía que caminar hacia la entrada. Nadie se lo iba a impedir. Era su momento. Fernando Alcalá, o Nando, como le decían, estaba a punto de cumplir diecisiete años y sobre sus hombros, aún de niño, aunque nunca tuvo la oportunidad de sentirse como tal, estaban depositadas las esperanzas de muchas personas.

Tres años atrás su madre había fallecido a causa de una enfermedad coronaria. Desde ese momento solo conservaba una imagen de ella tendida en una cama en la sala de cirugía. Entonces se prometió ser médico y dedicarse a salvar vidas. La larga enfermedad de su mamá y los cuidados que le brindó siendo un niño le dieron el temple necesario para no asustarse frente a los padecimientos de un enfermo, para entender sus limitaciones, sus angustias, sus preocupaciones de cara al futuro, y para soportar una rutina de carencias. También aprendió a no escandalizarse con la sangre y a manejarse sin vacilaciones en los ambientes hostiles de consultorios, salas de urgencias, laboratorios y hospitales.

Nando desde que nació pasó por todo tipo de privaciones. En sus primeros años, en la década de los sesenta, las carencias fueron la constante en un hogar de desplazados por la violencia de la guerra bipartidista que siguió por décadas en Colombia tras la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán[1]. Como sus abuelos y padres, miles de desterrados de las áreas rurales del país llegaron a poblar los

barrios de laderas alejados del centro de Medellín, que más adelante, y gracias al tecnicismo de los investigadores sociales, fueron renombrados como *cinturones de miseria*.

Sus ancestros venían del oriente del departamento y, por una jugada rara del destino, sus papás no se asentaron en el barrio Buenos Aires, donde ya vivía el resto de la familia y a donde solían llegar los migrantes de aquella región por esos días.

Ellos encontraron una pequeña casa en el barrio La América, a una cuadra de la iglesia principal. Ese era un vecindario tranquilo, principalmente poblado por personas que llegaron desde el occidente del departamento, y no estaba construido sobre las laderas. Era plano, con manzanas bien delineadas y con una vía amplia y recta que desembocaba en el centro de la ciudad.

La vivienda era distinta a todas las de esa calle. Chillaba entre tantas casonas en esa manzana. Esta era una especie de cabaña de tapia con solo un salón, un baño y una cocina precaria. En la parte de atrás había un pequeño patio y un lavadero. La puerta era de madera cuarteada y remendada. Tenía la particularidad de quedar a unos cinco centímetros de aire desde el piso. Las casas vecinas tenían puertas de madera pulida y pintada, siempre abiertas, adornadas con vitrales de colores, a las que les seguían zaguanes largos con baldosas de mosaicos que conducían a patios iluminados y habitaciones de techos altos.

Nando nació en esa casita que tenía un techo de cañabrava y paredes de boñiga encaladas. Fue en algún momento la morada de algún aparcero de la finca en la que se construyó esa parte del barrio, y en ella vivió su infancia. Su madre, una normalista de temperamento fuerte y una voluntad inquebrantable, encontró trabajo en una escuela, y desde los primeros años le inculcó la disciplina necesaria para ser un lector aplicado. Su padre laboró en un puñado de oficios en el centro de la ciudad, de sol a sol, durante años. Entre otros, fue celador del edificio del Seguro Social. Con el ejemplo, y con el temple que dan las privaciones y el cariño bien administrados, pudo salir avante.

Antes de traspasar la puerta de entrada de la facultad, Nando volvió a sus pensamientos y, de nuevo, no pudo entender claramente cómo había pasado el examen de admisión de la Universidad Pública. La prueba era considerada extremadamente difícil y se postulaban

miles de aspirantes de la ciudad, el departamento y el país. Muchos la presentaban varias veces y ni así lograban ingresar a la carrera de Medicina. Los cupos eran tan limitados que una gran mayoría se quedaba sin poder acceder a tan reputada facultad.

Ahí, en plena calle, Nando también recordó el asombro que lo embargó la primera vez que entró al consultorio de su padrino de bautismo, quien fue un gran soporte para su familia y responsable, en gran medida, de su temprano amor por la medicina. Fue como entrar a un parque de diversiones lleno de objetos extraños, pero fascinantes. Empezó a mirar sin parpadear y a recorrer, como hipnotizado, el lugar que olía a limpio.

Por su nariz entró un aire fresco, una mezcla de un aroma a alcohol y desinfectante para pisos. El espacio se convertía en un lugar donde la pulcritud era ley. Todo sobresalía por su limpieza y brillo. En el fondo de la habitación había un escritorio de madera amplio, impoluto y lustroso. Sobre él reposaban la cabeza de una calavera, un recuerdo filosófico de que ante el médico todos los pacientes son iguales, y dos plumas de escribir color verde oscuro con puntas plateadas que terminaban en un gancho en oro y tenían en la parte de atrás la firma del galeno marcada en filigrana. Los documentos estaban membretados con su nombre en historias clínicas y formularios de recetas de medicamentos. Los sobres tenían sellos lacrados y al lado reposaba una pequeña daga adamascada de mango dorado con la que abría la correspondencia. Sobre otra pared había una enorme biblioteca de libros en francés, la mayoría, y algunos en inglés mezclados con clásicos griegos y romanos. Unos estantes más abajo reposaban otros de filósofos de relevancia. Todos en ediciones de lujo empastados en cuero granate y con letras color oro.

A Nando, de niño, el lugar se le asemejaba a un enorme y misterioso claustro perdido en el tiempo. Cada rincón parecía que contaba una historia diferente. Le intrigaba bastante saber de quién era otra calavera que estaba colgada, en posición erecta, de un arco de metal de tamaño natural. —Una sola vez Nando preguntó por ella, y su padrino se burló de él diciéndole que era un ancestro familiar que quería mucho—. En una vitrina alta de estantes bien marcados yacían almacenados todo tipo de instrumentos en acero de indefinible utilidad para él, pero que su padrino utilizaba en su práctica médica cotidiana. Allí también guardaban la impecable hornilla donde, en una bandeja de acero, hervían una mezcla de agua y alcohol para esterilizar jeringas de vidrio y agujas de diferentes tamaños y grosores. En esa solución sumergían también tijeras, escalpelos y pinzas, ya que

entonces el consultorio era casi una sala de cirugía, donde se realizaban procedimientos que no requerían anestesia. Nando miraba durante horas todos esos instrumentos como hipnotizado.

Nando recordó, con mucha nostalgia, las caminatas de la mano de su padrino desde el consultorio hasta el centro de la ciudad. Esa zona de Medellín era para él como un gran hormiguero donde la gente se les cruzaba y saludaba al médico por su nombre. Los menos cercanos y hasta los desconocidos se tocaban el ala del sombrero en señal de respeto. Juntos recorrían tiendas y comercios, que eran propiedad de pacientes que a veces le agradecían sus servicios con algún detalle o le pagaban las consultas con objetos increíbles e inentendibles para el niño. El doctor abandonaba el lugar con racimos de plátano, yucas y aguacates. Alguna vez lo mandaron para la casa con una gallina saraviada.

Ese recuerdo trajo de nuevo a la realidad de ese día soleado a Nando. Sintió una angustia muy grande que le bajó por el pecho. Creyó, por un momento, no ser capaz con semejante responsabilidad y compromiso. Pero no se arrugó. Respiró profundo y decidió traspasar la entrada de la Facultad de Medicina. Fueron solo unos pasos cortos que más tarde se convertirían en un juramento y en un compromiso renovado cada día durante años. Ese fue el inicio de una vocación, de una elección de vida donde enfrentaría, de manera imparcial, la realidad de un país abundante en desigualdades y conflictos heredados de siglos de conquista y de violencia. Todo estaba por venir…

CAPÍTULO 2 | El doctor Nando

El doctor Nando era un tipo bastante común. De esos que uno se cruza en la calle y pasan sin ninguna novedad. Ya había dejado la adolescencia, pero todavía tenía algunos rasgos de niño. Sus 1,65 metros de estatura y sus sesenta kilos no eran nada salido de lo normal en una ciudad como Medellín. Su cara era una imagen caricaturesca que podía inspirar a cualquier dibujante: frente amplia, escaso de pelo facial, nariz aguileña, orejas grandes, quijada adelantada al resto de su cuerpo y ojos cafés. En fin, nada para destacar. En cambio, su vida no tenía nada de normal.

Fernando Alcalá, o simplemente Nando, como le decían desde que nació, le había torcido el pescuezo al destino de pobreza de su familia y se había vuelto estudiante de Medicina de la mejor universidad del país y la región en el manejo de trauma. Era tal el prestigio de este centro académico, y su proceso de ingreso era tan exigente, que solo un selecto grupo de personas, de diferentes estratos y lugares del país, podían matricularse. En total, a la carrera se presentaban, a mediados de los ochenta, unos tres mil estudiantes, y solo ingresaban cuarenta[2].

Nando, desde el comienzo de su paso por la facultad, empezó a mostrar su pasión por el trauma y la medicina de urgencias en una ciudad que, desde inicios de esa década, ya vivía los embates del narcotráfico y la correspondiente violencia que desparramaba sangre por sus calles.

Usualmente su vida era bastante rutinaria. Cuando no estaba en la universidad participaba en campeonatos de microfútbol con sus compañeros de semestre, o se lo podía ver jugando otros partidos en las calles de su barrio y, algunas veces, ayudando en un pequeño negocio familiar que su padre había podido montar luego de muchos años de ahorro. El resto del tiempo no lo ocupaba precisamente estudiando. Entre las actividades en las que más se destacaba estaban el gusto por el licor y la afición por las mujeres bonitas. De ahí que el tiempo y las ganas que le quedaban para estudiar fueran tan pocos.

En las prácticas de los primeros semestres eran frecuentes las salidas de campo. Nando las disfrutaba plenamente, pues tenía una extraña debilidad que le impedía estar despierto por más de 15 minutos durante una clase magistral. Ni hablar de lo que le costaba

mantener la concentración y pasar horas frente a las 8276 páginas del libro *Principios de medicina interna*, de Harrison, fuente de consulta de primera mano para estudiantes y médicos graduados. Lo suyo era la calle.

Luego de superar sin mayores contratiempos académicos los semestres iniciales, ya que su pasión por la lectura, que cultivó desde niño, le había dado una comprensión de los textos muy superior a la media de sus compañeros, se ofreció como voluntario para ayudar en lo que pudiera. Fue así como conoció la situación real que rodeaba su ejercicio profesional y los peligros a los que estaba expuesto.

En los semestres de entrenamiento, donde aún no tenía acceso pleno al trabajo hospitalario, Nando comenzó actividades inherentes al pénsum académico en la Universidad Pública. Una de las asignaciones incluía trabajar en algunas unidades de atención de salud ubicadas dentro de los barrios populares que rodeaban la ciudad por la zona norte. Fue esta una experiencia que le sirvió para ver la medicina, y a Medellín, desde una perspectiva nueva. Esas dependencias eran una especie de modelo a escala de un hospital de primer nivel de atención; estaban ubicadas en diferentes comunas[3] y habían sido creadas para que la población gozara de atención rápida y de calidad sin saturar los grandes hospitales.

Una de esas salidas programadas estaba destinada para realizar jornadas de vacunación en un barrio popular de las laderas de la zona nororiental. Era aquella una tarea que los estudiantes de Medicina afrontaban con convicción, con compromiso, y también con la certeza de que el peligro acechaba a la vuelta de la esquina en cualquier barriada. Era tal la presión de los grupos delincuenciales, o combos[4], como se les empezó a llamar desde los años ochenta, que los médicos en formación no podían quitarse las batas blancas y transitar normalmente con ropa de calle, por el temor de ser confundidos por cualquiera de los bandos en disputa.

Los estudiantes y el personal médico que los acompañaba en estas jornadas hacía caso a rajatabla: no se quitaban sus vestimentas de profesionales de la salud ni aun en los buses que los subían a los barrios populares y los regresaban a la facultad o al hospital. También podían ser acusados de agentes de seguridad encubiertos, ya que eran personajes extraños, desconocidos en los barrios.

El trabajo de esa brigada de salud consistía en cubrir un área

determinada y vacunar a todos los niños que pudiera. Esos infantes habitaban en casuchas separadas por corredores laberínticos donde solían vivir hasta diez personas apretujadas en un área de cuatro metros cuadrados. En ese espacio cocinaban, se bañaban, tenían sus hijos y almacenaban sus escasas pertenencias.

En esas viviendas, levantadas con cartón encerado para las paredes y latas varias desechadas en la ciudad y usadas para fabricar los techos, no había agua limpia ni alcantarillado, y tomaban la energía sin autorización de los postes del alumbrado público con una telaraña espesa de cables que llegaban a los tugurios. Desplazarse por esta zona era toda una proeza, y lo que parecía un trabajo sencillo, ya que no eran más de cuatro cuadras, se convertía en un esfuerzo monumental.

Al asomarse en esas viviendas, los estudiantes, las auxiliares de enfermería y los ayudantes de trabajo social le preguntaban al primero que salía entre los cartones quién era el responsable. En la mayoría de los casos, cuando entraban y miraban, aparecía alguna persona de la tercera edad, casi siempre con el miedo dibujado en su cara. Los rostros secos y cuarteados por la exposición al sol, al viento y al sufrimiento eran la principal característica de los cuidadores. Los ancianos eran de pocas palabras y ante las preguntas de los vacunadores respondían encogiendo los hombros para decir "no sé", y meneando la cabeza, hacia arriba y abajo, o a los lados, para afirmar o negar respecto de cualquier requerimiento.

En la mayoría de esos ranchos la situación era similar. La madre era mesera en un bar del centro de la ciudad y no había regresado desde la tarde anterior. Del padre no se sabía nada porque los había abandonado hace mucho. Los ancianos no daban más detalles. Tampoco querían decir nada sobre dónde estaban los niños.

Los grupos de vacunación usualmente estaban integrados por entre cuatro y seis personas de ambos sexos. Por las calles empinadas y los laberintos serpenteantes se veía a los estudiantes que cargaban neveras pequeñas de icopor[5] llenas de hielo seco para mantener la temperatura ideal de los medicamentos.

Decepcionados porque no había niños para vacunar, cansados y sin energía, el grupo de vacunadores salió del barrio de invasión a un lugar más poblado en la misma zona. Los visitantes encontraron un pequeño negocio y decidieron parar ahí para comer y tomar algo. La mañana había terminado y no habían podido vacunar ni a un solo morador.

Sentados en unas piedras, algunos, y otros directamente sobre el suelo en la acera de la tienda, vieron que se les acercó un muchacho, casi un niño, que le preguntó a Nando.

—¿Ustedes son los vacunadores?

Nando se quedó mirándolo asombrado y le dijo que sí. A pesar de que el muchacho parecía un adolescente, eso sí, de no más de quince años, solo vestía una pantaloneta y estaba descalzo. Les llamó la atención la cantidad de cicatrices quirúrgicas que tenía en el cuerpo. Su piel mostraba evidencia de heridas de arma de fuego en las extremidades, además de cirugías en tórax y abdomen.

Con una serenidad que sorprendió a los estudiantes, se dirigió a Nando y le dijo:

—Terminen de comer y los llevo a donde están los niños.

Nando desconfió instintivamente del muchacho y trató de conversar con él mientras sus compañeros terminaban sus alimentos.

Él se había sentado en el suelo, de espaldas al grupo, y miraba tranquilamente hacia la ciudad, que se extendía por todo el valle entre las montañas.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Nando.

—Billete como un hijueputa. Estoy viendo plata por todos lados —le dijo sin inmutarse.

Nando pensó que le estaba hablando en alguna jerga y le repitió la pregunta.

—¿Qué es lo que mirás?

—Doctor, el mundo acá arriba es muy diferente. Allá abajo hay ricos, carros, motos y borrachos que andan sin cuidado en la noche. Todos esos hijueputas son plata para nosotros —dijo, con la paciencia de un buen maestro ante el alumno que no entiende.

—¿Cómo así?

—A nosotros nos desplazaron del pueblo. Primero mandaba la guerrilla y después los paramilitares. Nos tocó dejar la tierra y salir

con los corotos[6]. Mi mamá trabaja día y noche, pero nunca nos alcanza para nada. Mi papá era un hijueputa borracho que le pegaba. Un día se fue y nunca volvió. Pero yo voy a ganar billete. Mejor vámonos, que nos coge la tarde. Yo voy a ser su guía —dijo con mirada seria y casi con un tono de orden para los vacunadores.

El grupo se adentró de nuevo lentamente en ese laberinto maloliente, húmedo y caluroso. Cruzaron de un lado para el otro, subieron y bajaron. Sin darse cuenta de a qué altura habían llegado, de repente vieron los techos de las primeras casuchas. Las mismas que conocieron en su primera visita.

Nando se asustó y miró las caras de sus compañeros, que compartían los mismos temores. Luego de cruzar una pequeña quebrada, que servía para tirar la basura y actuaba como alcantarilla de aguas negras, en medio del olor insoportable y las moscas que pululaban por todas partes, llegaron a un entable más grande que los demás tugurios.

En el lugar había, al menos, unos cuarenta niños sucios y hambrientos. Todos miraron curiosos a los vacunadores. Además del grupo de infantes desnutridos, lo que más alarmó a Nando y a sus compañeros fueron los ocho muchachos que ahora acompañaban al que los llevó al lugar. Vestían solo pantaloneta y parecía que mostraban con orgullo sus cicatrices, similares a las del *guía*. Las exhibían como *condecoraciones* por su valor, arrojo y compromiso.

Aquello que terminó de preocupar en extremo al grupo fue que al *guía* le alcanzaron una subametralladora con cargador extralargo y que varios de los cuidadores portaban armas también. Como en un movimiento repetido muchas veces, casi estudiado y ejecutado a la perfección, el líder revisó la recámara del arma, la puso en fuego y la dejó así… ¡Sin seguro!

Al equipo de vacunación le tocó tragarse sus miedos de un solo bocado y *probar finura*[7]. Se miraron y empezaron a vacunar a los niños que esperaban en ese espacio que olía a basurero y a mierda.

Los muchachitos, como cualquier niño en una actividad del kínder o la primaria, empezaron a hacer la fila soportando su mano en el hombro del niño de adelante, mientras el grupo de los más grandes miraba cada movimiento.

Nando, como siempre imprudente y curioso, preguntó.

—¿Por qué tanta arma?

—Hace tiempo, cuando llegamos acá, nos vieron la pinta de güevones. Nos creían unos mariquitas. Los de los ranchos del otro barrio venían y nos robaban los materiales de las casas, les quitaban la plata a los que volvían de trabajar, y hubo otros malparidos que hasta violaron niñas.

Fue así como ese grupo de niños que estaba por entrar en la adolescencia se armó con palos, cuchillos y machetes para defender lo poco que tenían. Si cuidaban un lado, los enemigos se les metían por el otro. Por eso adoptaron la estrategia de concentrar en un solo lugar a los niños, para facilitar el cuidado. Los ataques siguieron. Les mataron integrantes del combo y ellos también mataron varios adversarios. Tenían poca experiencia y mucho miedo, y por eso empezaron a drogarse, para no sentir temor ni remordimiento. Cuando encontraban un extraño en los ranchos, lo atacaban inmediatamente. Después ya no les importó nada. La marihuana era el tranquilizante para las horas de vigilia y las pastillas —también conocidas como *pepas o roches*— eran el pasaporte necesario para matar y olvidar en el acto. Con el tiempo, la gente comenzó a apoyarlos para que cuidaran la zona. En las noches recorrían la ciudad en motos y comprobaron lo fácil que resultaba robar, y también la velocidad con la que esa actividad les producía dinero.

En ese barrio, como en muchos otros sectores marginales de la ciudad, de un momento a otro los niños se volvieron grandes. Ya tenían patrones que les encargaban trabajos más arriesgados. Con las armas y el poder que les daban en el vecindario, ellos, que apenas entraban en la adolescencia, pasaron a ser los jueces de los asuntos cotidianos.

Resolvían disputas familiares, le daban reprimendas al que se portaba mal y les concedían, o negaban, permisos a las muchachas que querían tener novios en otros sectores. Se sabían mover y eran los *guías* que necesitaban las personas que, por uno u otro motivo, tenían que visitar estos vecindarios.

—¿Y… las armas? ¿Y… las motos? —preguntó Nando.

—¡Eh…! ¡Qué preguntadera tan hijueputa! ¿No será que sos un *feo*? —Así llamaban a los agentes del F-2[8].

—No, tranquilo, mijo. Nosotros solo estamos acá para vacunar.

Nando retrocedió y les dijo a sus compañeros que aceleraran su labor. Le contestaron, casi entre dientes, que podrían hacer sus labores más rápido si no estuvieran tan nerviosos por la presencia de las armas alrededor. Mientras la cuadrilla de vacunadores trabajaba, los muchachos fumaban marihuana. Entre más consumían, más espeso se ponía el ambiente. No se inmutaban. La yerba no les afectaba el estado de alerta ni los sacaba de sus patrullajes casi de unidad militar. Cada uno tenía una tarea específica en ese momento.

El *guía* se rio y les dijo que no tenían por qué asustarse. Y en un acto de vanidad empezó a girar la subametralladora en su dedo del corazón, como si fuera un vaquero del cine.

—¡Dejá de hacer eso! —le gritó Nando. Un estruendo retumbó en el rancho y su eco se extendió por el vecindario. Los niños, instintivamente, se tiraron al suelo y los muchachos de seguridad que estaban afuera entraron corriendo.

—¡Marica!, te dije que dejaras de hacer eso —le gritó, fuera de sí, al muchacho.

El quejido de una de las vacunadoras los sacó de la discusión.

Nando corrió hacia ella, la revisó y se dio cuenta de que una bala le había atravesado el antebrazo izquierdo.

Aparentemente no era una herida delicada. Tenía buen pulso y buen color en la piel. Nando notó que no estaba comprometido ningún vaso sanguíneo importante. Podía mover los dedos y los sentía todos. Esto significaba, en la valoración inicial, que no le había roto un nervio o un ligamento, y que tampoco tenía huesos fracturados.

Los muchachos le pasaron unos trapos a Nando. Él la vendó con fuerza. Y le puso un cabestrillo improvisado mientras, furioso, encaraba al *guía*:

—Se acabó la vacunación. Nos vamos para la puta mierda. ¡Vea lo que hizo, güevón!

Mirando con ojos de niño sorprendido y regañado por los padres tras hacer una pilatuna, solo atinó a decir:

—¡Perdón!, ¡perdón! Los niños no tienen la culpa de esta

güevonada.

Todos, como en un acto reflejo, se tranquilizaron. Miraron a la enfermera, que estaba bien. Su herida era superficial, no hacía falta recurrir de inmediato a las urgencias ni cancelar la jornada, con todo lo que eso representaba para la seguridad de los vacunadores.

—Terminen tranquilos. Todos nos vamos a salir para que puedan trabajar, y, para que no les pase nada, cuando acaben, los vamos a acompañar hasta el centro de salud.

Uno a uno pasaron los niños, en silencio, a su turno del pinchazo de la vacunación, como cumpliendo un rito. La jornada terminó sin palabras. Nando quería hacerle una radiografía a la vacunadora, le dijo que era mejor para descartar cualquier complicación. La noche empezaba a caer. El grupo salió escoltado por los muchachos. Cumplieron su palabra de acompañarlos. La mujer se recuperó a los pocos días sin ninguna novedad. Nando jamás volvió a ver a esos niños ni a saber del joven *guía*, el que cargaba una subametralladora y mandaba como grande.

CAPÍTULO 3 | Policlínica

El hospital que estaba anexo a la Escuela de Medicina de la universidad era una bellísima estructura de estilo francés neoclásico, de principios del siglo XX, diseñada por el arquitecto belga Agustín Goovaerts, quien vivió ocho años en Colombia. Tenía pabellones independientes comunicados por amplios corredores, y salones de grandes ventanales que mantenían el ambiente fresco e iluminado; estaban distanciados unos de otros, por lo cual tocaba recorrer trayectos largos para llevar los pacientes a diferentes servicios.

Esos recorridos se hacían por senderos bien trazados cubiertos de árboles frondosos. Si bien la unidad de atención de urgencias para adultos comenzó a funcionar a mediados de la década de los años treinta, fue a partir de 1962 cuando se inauguró el edificio y empezó a funcionar la Policlínica Municipal.

A mediados de los años ochenta, la apariencia externa de la Policlínica de adultos no revestía mayor peculiaridad. Viéndola de frente, era una edificación con una amplia puerta metálica de un color café oscuro con múltiples abolladuras. El portón, de unos seis metros de ancho por tres de alto, tenía una ventana con barrotes al lado derecho y otras pequeñas aberturas, de unos veinticinco centímetros de altura, sobre la parte posterior, diseñadas para favorecer la ventilación.

En la acera, paralela a la calle, que subía desde el río y se perdía en la montaña, había varios caspetes[9] cuyos dueños vendían frituras, gaseosas y chucherías[10] de todo tipo. A estos comercios informales acudían cada tanto familias enteras que esperaban con sus pacientes la oportunidad de ser atendidos en cualquier momento, y también quienes aguardaban un turno para visitar a un enfermo que ya estaba internado. La mayoría de ellas, personas muy pobres, llegadas de pueblos del departamento, no tenían la capacidad de pagar un alojamiento y amanecían sobre el andén. Muchos cargaban sus pertenencias en bolsas plásticas de rayas verticales azules y blancas. En esos equipajes improvisados no había más de una muda de ropa, una toalla, un jabón, un desodorante, un par de chanclas y un cepillo de dientes, en el mejor de los casos. Y los más afortunados llevaban alguna bebida como aguapanela, un pan o un paquete de galletas.

La hora de visita en la Policlínica era un momento difícil y en extremo peligroso. Era frecuente que entre la gente que buscaba llevar alguna provisión a su familiar internado se filtrara un asesino, o varios, dispuestos terminar un trabajo incompleto.

Al traspasar el portón que daba a la calle se accedía a un parqueadero limitado por una barrera, mitad ladrillo y mitad malla de alambre, creado para que estacionaran las ambulancias que desembarcaban pacientes. En la época esa zona permanecía ocupada por una decena de camillas verdes metálicas. Todas estaban despintadas, ya que las lavaban con manguera para quitarles la sangre y los fluidos, y así recibir los nuevos heridos que las iban a ocupar.

Pero la mayoría de los pacientes no llegaban a la Policlínica en ambulancia, sino en taxis o carros particulares conducidos por gente solidaria que trasladaba heridos hasta el centro asistencial como podía debido a la urgencia de su condición. Así que el parqueadero destinado para los autos de socorro cambió su uso y fue más práctico albergar las camillas que los vehículos.

En ese lugar siempre había un comando de reacción de la Policía. Lo integraban uniformados armados para la guerra. Siempre se los veía en máxima alerta, tensionados y dispuestos a cualquier cosa. Mantenían los dedos en los gatillos de las armas y los ojos bien atentos. Observaban con una desconfianza razonable a cada persona que ingresaba acompañando, cargando o arrastrando algún herido.

Después de la entrada había una rampa extensa de cemento que llevaba a la zona de consulta externa. Allí se atendían pacientes con todo tipo de dolencias que por el tipo de enfermedad no podían ser ingresados a urgencias, o no lo ameritaba.

Paralelo al muro lateral, al lado del parqueadero se extendía un pasillo estrecho que conectaba con otras áreas del hospital, entre ellas la de imagenología, donde se sacaban las radiografías. De frente a esa entrada, y mirando hacia el fondo de la estructura, había un espacio amplio, que en algún momento fue un recibidor o salón de espera. En los ochenta esa sala se retiró y, debido al alto flujo de pacientes, pasó a albergar los heridos que no cabían en urgencias.

También había tres consultorios de urgencias, que se suponía estaban reservados solo para atender los pacientes más graves y diferentes a los de trauma que llegaban al servicio. Ahí solo se atendían casos de vida o muerte. En estos cubículos había una camilla sin sábana, ni nada más que la cubriera, y un escritorio despintado y

abollado de metal rústico que servía para que las enfermeras anotaran procedimientos en las planillas.

Las condiciones de trabajo eran tan precarias que los médicos solo tenían un tensiómetro para medir la presión arterial. Este aparato lo desplazaban adherido a una especie de atril hecho con una barra metálica vertical soportado con rueditas. Así se compartía entre los consultorios. También había un solo electrocardiógrafo. Si los galenos estaban en un día de suerte, funcionaba y lo podían usar. Pero de doce mediciones que normalmente entregaba un equipo como ese, el de la Policlínica por esos días estaba tan maltrecho y era tan anticuado que tenía solo una función disponible. Con eso les tocaba defenderse. No había oxígeno en los consultorios y los equipos de examen de órganos de los sentidos muchas veces los compraban los estudiantes-médicos de su propio bolsillo, o con la ayuda de sus familiares. Estos aparatos escaseaban porque los pacientes, o sus acompañantes, se los robaban. Además, la administración nunca tenía plata para reponerlos.

La luz de la sala de urgencias era pésima y funcionaba con bombillos de bulbo titilantes que no alcanzaban a dar la claridad que se requería para la práctica de la medicina. La zona destinada para suturas, que era el corazón de la acción de la Policlínica, era un bodegón de veinticinco metros de fondo por cinco metros de ancho. Ahí había una estructura de concreto de poco más de un metro de altura. Era una especie de mesón, que bordeaba todo el perímetro y estaba cubierto de baldosines blancos que se extendían un metro más por encima de la pared. En la entrada había un escritorio viejo, que nadie utilizaba, y un radio de comunicaciones UHF/VHF, que estaba sintonizado en la misma frecuencia que el de la Policía y los organismos de socorro. Así todos en la sala, médicos, estudiantes, enfermeras y camilleros, se enteraban de lo que pasaba y se preparaban para lo que se les venía en camino.

Al fondo del salón había unas vitrinas en las que se guardaba el poco material de trabajo disponible, como gasas, vendajes, medicamentos, jeringas y sueros. El estante permanecía medio vacío y con un inventario tan precario que obligaba al personal a lavar sus propios guantes de caucho, ponerlos a secar al aire libre y volverlos a usar para la siguiente oleada de pacientes. Muchas veces no se los podían ni cambiar en toda la jornada. No había tubos endotraqueales ni cánulas orofaríngeas. Tampoco trampas de agua ni frascos de vidrio. Estos artículos se reemplazaban con botellas de gaseosa. Nada estaba estéril, pues todo se reutilizaba hasta donde daba. Los escasos inventarios se agotaban inmediatamente y era descabellado pensar en

que iban a surtir más, pues al hospital nadie le pagaba un peso.

En otro salón, que estaba destinado solo para la atención de hombres, se podían acomodar hasta un centenar de heridos graves, enfermeras, camilleros, cirujanos de todas las especialidades y estudiantes en sus prácticas de internado[11]. A los pacientes, en su mayoría con heridas de bala o cortopunzantes, los subían sobre el mesón de los baldosines blancos y, cuando se llenaba, directamente los dejaban en el suelo. Otras veces, cuando corrían con suerte, permanecían en las camillas de metal, que eran las mismas que se vieron en Parkland Memorial Hospital, de Dallas, Texas, cuando fue llevado John F. Kennedy tras sufrir el atentado mortal del 22 de noviembre de 1963. En otras ocasiones, los pacientes no pasaban de una decena de pequeñas literas de lona gruesa que se conservaban eternamente manchadas de sangre y de fluidos corporales. En el extremo de ese espacio había una sala anexa con ocho camas, supuestamente para los pacientes más críticos. Ese lugar lo llamaban la *escalera al cielo*.

Había un puesto para las enfermeras. Ellas corrían todo el tiempo de un lado a otro cumpliendo las órdenes de los médicos. Todo era urgente, todo era grave y todo se debía hacer al instante. Cada una de las salas contaba con un solo baño múltiple para uso de los pacientes. Esos servicios no tenían baldosas de enchape, su piso era de cemento. Las duchas no tenían cortinas. Los heridos se las ingeniaban para llegar hasta allá como pudieran, porque todo el personal estaba lleno de tareas.

El sitio que antes de mediados de los ochenta era el otro puesto de enfermería, afuera del salón de hombres, ya era la sala de urgencias para atender mujeres. Era un lugar más pequeño que mantenía una población permanente de unas sesenta o setenta pacientes. Estaba en similares condiciones que la sala masculina en cuanto a la falta de recursos, pero aún más hacinado porque su área era menor. Los pasillos estaban ocupados a ambos costados con pacientes en el suelo o en camillas, que eran artículos de lujo. Nunca había espacio suficiente en esas salas.

También había una zona en la que, con frecuencia, se presentaban actos violentos en contra del personal médico. Era una pequeña sala a la que llamaban de *ortopedia*. Allí atendían fracturas, dislocaciones, traumas y luxaciones de todo tipo y gravedad.

Los médicos cirujanos de ortopedia no daban abasto. Por eso se llegaban a acumular hasta veinte o treinta pacientes esperando a ser

atendidos en medio de los dolores más espantosos, porque tampoco había analgésicos intravenosos para suministrarles ni inmovilizadores. Para tal fin utilizaban lo que estuviera a mano, como palos de escobas o pedazos de cajas de cartón, con los que hacían una inmovilización temporal mientras los revisaban.

En ese sitio muchas veces se escuchaban insultos, y un paciente o familiar que gritaba:

—Ah…, ¿usted es el hijueputa ortopedista que llevamos esperando como tres horas?

A este reproche le seguía el ruido de golpes, vidrios quebrados, más quejas y un médico interno de ortopedia que salía huyendo de cualquier paciente que, fracturado o dislocado, encontraba la energía suficiente para tratar de hacer justicia con su propia mano sin escuchar razones ni argumentos. Estas escenas de riesgo mortal eran tomadas por los doctores y los estudiantes con un inexplicable humor negro. Días después, el episodio solo era una anécdota que divertía al personal, y se olvidaba pronto.

Era tanta la cantidad de lesiones que se atendían y el volumen de pacientes tan grande que hasta el estudiante más torpe o lento para aprender de los médicos graduados adquiría habilidades casi sobrehumanas para resolver problemas y tomar decisiones inmediatas con acierto.

Al fondo de la Policlínica había una habitación que a los estudiantes les causaba temor, náuseas…, y algunos hasta le tenían mal agüero[12]. Ese era el depósito de cadáveres. En este cuarto, en un espacio reducido, podían encontrarse innumerables cuerpos apilados, y por debajo de su puerta siempre había un pequeño arroyuelo de sangre fresca recorriendo el piso.

A pesar de todas estas carencias y de trabajar en condiciones tan difíciles, en las que se veía comprometida su integridad en cada momento, estudiantes y profesores sentían un orgullo enorme de pertenecer a la Universidad Pública y de laborar o hacer sus prácticas en ese hospital. Para sus colegas de instituciones privadas ellos eran una especie de médicos de segundo o tercer orden, porque no contaban con los recursos económicos para ejercer su profesión adecuadamente. Sin embargo, en medio de esas dificultades se formaban los mejores galenos del país, apetecidos después en los ámbitos médicos más importantes de Colombia y del mundo.

En la Policlínica de los años ochenta, los médicos y los estudiantes de Medicina trataban pacientes que requerían de unidades de cuidados intensivos de alta complejidad. Hacían en minutos diagnósticos que incluso hoy podrían demorar entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas.

Nando, desde sus primeros turnos en la Policlínica como estudiante, atendió infartos cardiacos gravísimos, accidentes cerebrovasculares y casos de abdomen agudo. Además, tuvo que valorar pacientes con tromboembolismos pulmonares y emergencias quirúrgicas no derivadas de trauma, como apéndices perforados, cálculos en riñones y vesículas, pancreatitis severa y tumores cancerosos. Muchos de estos procedimientos los hacían con la única ayuda diagnóstica permanente: una anticuada máquina de rayos X de revelado por líquido, equipo que ya estaba en desuso años atrás.

En mayo de 1985 apareció un cartel sobre el amplio portón de la Policlínica, que, en letra negra pintada con marcador sobre fondo blanco y pegado con pedazos mal cortados de esparadrapo, decía:

“Solo se reciben casos de vida o muerte.

La Dirección”.

Este aviso tuvo el infortunado “honor” de ser la foto de portada de la edición del domingo 12 de mayo de *El Colombiano*, el principal periódico de Medellín. La imagen acompañó el titular “Emergencia en Policlínica”, y un subtítulo que sentenció el momento que vivían la ciudad y su principal unidad de urgencias: “Un aviso grave”.

CAPÍTULO 4 | La carnicería de baldosas blancas

En la carrera de Medicina, una vez superadas las materias denominadas básicas, los estudiantes pasaban al hospital para los semestres clínicos. En esa rotación, el trauma siempre fue lo que más sedujo a Nando. Era una atracción difícil de definir. Encontraba en esta práctica médica una belleza irreal, una simbiosis entre lo caótico de la atención y la sapiencia del médico, que aplicaba lo mejor de su sabiduría para que el herido se recuperara, sin juzgar, claro, a ninguno de los pacientes, independientemente del bando del que provinieran.

Su bautismo de fuego en la Policlínica ocurrió una tarde cualquiera. Nando pasó por la enorme sala de emergencias y dijo que quería estar en un turno apoyando al personal. Su ofrecimiento, por supuesto, no fue rechazado.

En el ingreso a la sala le llamaron a un médico que parecía estar a cargo, y que, sin presentarse ni considerar ninguna cortesía, le soltó una andanada de preguntas:

—¿En qué semestre está? ¿Sabe suturar? ¿Sabe de fracturas? ¿Sabe poner un tubo a tórax?

Nando le confesó que solo había suturado naranjas, práctica de los estudiantes que les sirve para aprender a manejar la aguja y el hilo con los que se cierran heridas. A pesar de su inexistente experiencia, y ante la alta demanda de pacientes en la Policlínica, el médico le respondió:

—¡Suficiente! Venga para acá y póngales cuidado a las instrucciones.

Iba vestido con ropa de estudiante: bluyín, camiseta de manga corta y unos tenis blancos que le había regalado una tía. Arriba de ese atuendo se puso una bata blanca, recién comprada, que tenía el logo de la universidad estampado en verde a la izquierda del pecho. En la sala, los demás médicos de diferentes categorías y especialidades estaban ocupados con una multitud de pacientes. Casi nadie se fijó en él. Solo escuchó un comentario, que no fue disimulado y que no supo de dónde vino.

—Pobre güevón, va a salir vuelto nada. Ojalá no esté muy

encariñado con esa ropita.

Una enfermera veterana, mientras canalizaba la vena de un paciente, lo miró y comentó con un poco de fastidio:

—Otro que viene a estorbar.

No habían terminado de darle tan amable y calurosa bienvenida cuando de una ambulancia se bajó, caminando por sus propios medios y ante el asombro de todos los médicos que miraban incrédulos, un hombre moreno, de no más de metro sesenta de estatura, contextura gruesa y mediana edad. Llevaba ropa blanca y su camisa tenía una mancha de sangre de un color rojo muy vivo. Todo parecía una sucesión de imágenes en cámara lenta para Nando. Estaba completamente hipnotizado por lo que presenciaba. Del pecho del herido sobresalía el mango negro y plateado de una navaja automática. La enfermera más cercana gritó:

—¡Doctor!

El apuñalado avanzó hacia Nando, que lo miraba como si fuera una aparición, y se sacó la navaja del pecho de un solo tirón. Un chorro de sangre carmesí salió disparado hacia Nando, que por reflejo brincó hacia un lado y escuchó un grito que lo devolvió a la tierra.

—¡Métale el dedo, güevón!

El herido se fue al suelo y uno de los médicos le agarró la mano derecha. Tomó el dedo índice de Nando y lo introdujo por la boca de la herida. El estudiante no sabía qué era peor. Si las náuseas, el mareo o la abrumadora y súbita gravedad de la situación. Trató de concentrarse en la voz que le gritaba.

—Siga por el camino de la puñalada. Busque el hueco y meta el dedo hasta que sienta que el latido se siente alrededor de la punta del dedo.

—¡Listo! —gritó Nando tratando de hacerse escuchar por encima de los quejidos del herido, porque todo el procedimiento se hacía sin anestesia.

Se emocionó al ver que el chorro de sangre disminuía. Las enfermeras ya le habían puesto dos bolsas de un litro de suero en ambos antebrazos al herido y dos camilleros esperaban.

Otro grito retumbó en la cabeza de Nando.

—¡A la camilla y al pabellón de cirugía! Corriendo, que se muere.

La camilla era un armatoste de metal pintado de verde claro sobre cuatro ruedas gastadas. No había nada que evitara el contacto entre el paciente y la superficie metálica de esa cama, que tenía algunas partes oxidadas. Así eran los equipos por esos días en el hospital sometido a una altísima demanda de servicios, y los pagos llegaban a cuentagotas.

Nando trató de ayudar a subirlo, pero nuevamente la voz gritó tajante:

—No vaya a mover el dedo de ahí. Quédese quieto.

Subieron el herido a la camilla y Nando se fue corriendo al lado. Mientras las enfermeras apretaban las bolsas de suero para que el líquido ingresara más rápido en el cuerpo del paciente, recorrieron pasillos y pabellones hasta que llegaron a los quirófanos. Los estaban esperando. Les habían notificado por teléfono que iba en camino un paciente en condición crítica con una herida que comprometía al corazón.

Nando había aprendido, en las clases, que las salas de cirugía debían ser asépticas, y que para ingresar tocaba cambiarse y ponerse ropa sin contaminar. Por eso, apenas llegó a la puerta del quirófano, se detuvo. No quiso ingresar. Pero rápidamente fue empujado bruscamente por una enfermera que le gritó:

—¡Hágale pues! No se asuste. Dele para adentro, pelao[13].

Los cirujanos parecían más interesados en que el dedo de Nando se mantuviera dentro del herido que en saludar o preguntar quién era. Bañaron en una solución yodada antiséptica al paciente y empezaron a abrir el tórax alrededor de la mano del estudiante hasta que dejaron la herida a la vista. En simultánea, el anestesiólogo lo intubaba y lo anestesiaba.

Nando no conocía a nadie en la sala. Todos estaban vestidos de pies a cabeza con trajes verdes, tapabocas y gorros que solo dejaban a la vista sus ojos. A su derecha, uno de esos doctores enmascarados le dijo con una calma extrema:

—Hijo, voy a contar hasta tres. Ahí usted saca su dedo e inmediatamente se tira hacia atrás y nos deja hacer el resto del trabajo a nosotros.

Todo parecía tan cotidiano y tan rutinario. Nando quedó impresionado con la callada eficiencia y el funcionamiento coordinado de todos en la sala de cirugía. Pensó en quedarse a mirar un rato por curiosidad, pero rápidamente las enfermeras de emergencias lo sacaron del quirófano.

Volvió a la sala de urgencias triunfante. Tenía su pecho inflado de orgullo. Era el protagonista de un procedimiento que había salvado una vida. Esperaba, al menos, una palmada en la espalda o alguna palabra reconfortante por su labor. Pero el único comentario que escuchó le bajó la moral y le pegó con fuerza como una cachetada.

—¿Qué tal? ¡Una herida de muerte y el pichón de médico brincó a un lado, como con un resorte, para no ensuciarse la ropita!

Fue tal la vergüenza que ni levantó la mirada para identificar de dónde venía el reproche. Se alejó en silencio y juró que eso nunca le volvería a pasar.

Con las jornadas, que después de pocos días se hacían rutinarias, los estudiantes que se ofrecían a colaborar podían entrar y salir cuando quisieran de la Policlínica. Ya le era común a Nando moverse con solvencia por las urgencias y otras dependencias del hospital. Los turnos se cumplían con rigor y el resultado de esas extensas y fatigantes jornadas se veía en las caras del personal médico y en sus atuendos. Una vez le pidieron que buscara un interno y Nando no tenía ni la más remota idea de cómo se identificaba, ni siquiera dónde encontrarlo. El médico lo jaló del brazo y lo llevó por el corredor evitando pisar pacientes que se quejaban acostados en el suelo, porque no había dónde más ponerlos, y le señaló a un muchacho. El joven estaba sucio de pies a cabeza, desgreñado, con unas profundas ojeras, y caminaba casi arrastrando un cuerpo que se negaba a moverse.

—Para que no se le olvide: ese es un médico interno. Igual que él se va a ver usted después de trabajar por más de treinta y seis horas seguidas. No lo vaya a juzgar —le dijo el experimentado galeno.

En esos años no era común tener a disposición más de un delantal o un juego de ropa médica. Por eso, y más si eran estudiantes, quienes participaban en aquella labor se iban a las casas sucios,

sudados y manchados de sangre, de pies a cabeza, tras los agotadores turnos.

Nando, una tarde, totalmente agotado, trató de parar varios buses para irse a su casa, pero ninguno se detuvo. Su aspecto era deplorable. Parecía salido de una pelea a cuchillo en un bar de mala muerte. Su camiseta, además de sangre, estaba manchada de otros fluidos que no supo ni quiso identificar. El pantalón tenía restos de vómito y la parte de atrás, entre los bolsillos y la zona posterior de la rodilla, estaba impregnada de un líquido aceitoso que emanaba un olor penetrante.

Después de varios intentos, un transporte medio vacío le paró. El conductor lo miró de arriba abajo como observando a un extraterrestre.

—Trabajo en Policlínica —dijo Nando casi suplicándole al chofer que lo dejara subir.

El conductor vaciló un momento y le respondió:

—Hágale, súbase. Váyase hasta atrás y se queda parado. No se vaya a sentar que me ensucia las sillas y lo bajo.

Nando tomó esa advertencia como un triunfo. Estaba cansado, maloliente, y solo quería llegar a su casa para dormir. En el trayecto pensaba que estaba en el peor escenario entre dos mundos. Y en ambos su presencia era incómoda. En el hospital creía no encajar, por torpe, lento y falto de conocimiento práctico, y en la calle, por su aspecto, la gente lo despreciaba, se le hacía a un lado.

Su llegada a la casa fue otro drama. Ya el sol de la tarde había caído y todo estaba oscuro. Cuando tocó a la puerta, una tía que les ayudaba por días en la vivienda abrió. Todo el atontamiento, producto del cansancio, se le fue de golpe a Nando. Los gritos de la señora lo trajeron nuevamente a la realidad.

—¡Ave María Purísima, sin pecado concebida! Miren a este muchacho cómo llegó.

El padre de Nando bajó a los trompicones del segundo piso, casi se cae si no es porque se agarra de una baranda, y le preguntó angustiado:

—¿Qué le pasó, mijo?

—Vengo de trabajar en Policlínica.

Intentó traspasar la puerta de la casa y la señora lo detuvo.

—¡No, hombre! Quédese ahí. Ya le traigo una bolsa plástica para que meta todos esos chiros[14] y una toalla para que se vaya derechito al baño. ¡Huele a puro muerto!

Las semanas pasaron. Nando se acopló a la rutina y a la hermandad dentro del servicio de emergencias. Los heridos eran, en un gran porcentaje, de máxima complejidad. Como centro regional de trauma, la Policlínica Municipal recibía pacientes de casi un centenar de pueblos y ciudades pequeñas de Antioquia, tal vez la región del país que con mayor fuerza vivía el conflicto armado interno y también las disputas entre grupos mafiosos al servicio del narcotráfico.

Un día, cuando hubo un respiro en la atención de heridos, uno de los médicos le preguntó:

—¿Usted sabe suturar por planos?

—No, doctor —contestó Nando con un poco de vergüenza.

—Venga le enseño, mijo.

Al frente de ellos, en uno de los mesones altos de las urgencias, reposaba un paciente dormido, que tenía restos de vómito en su cara y roncaba por momentos. A leguas se veía y se olía que estaba borracho. Tenía, al menos, veinte heridas de machete producto de una pelea en la que, por supuesto, se había llevado la peor parte. Los machetazos variaban en profundidad, extensión y lugar del cuerpo.

El médico, con toda la calma, le explicó a Nando cómo debía proceder.

—Esta herida es profunda. La tiene que lavar con suero lo mejor que pueda. Luego sutura los músculos seccionados preservando la funcionalidad y la anatomía. Después lo hace con la cobertura del músculo. Tenga cuidado, la grasa no la suture. Y, por último, haga lo mismo con la piel.

Nando no despegó la mirada de las manos del doctor, quien suturó la primera herida con maestría. El movimiento se veía ágil y sencillo en las manos del maestro. Sin esfuerzo encontraba los extremos de los músculos y los cosía sin desgarrarlos. De ahí pasó a la

cubierta y más adelante a la piel. El estudiante quedó maravillado por la destreza con la que su profesor ejecutó ese procedimiento.

—Ahora le toca a usted —dijo el doctor.

Nando inició el procedimiento y el paciente se despertó de golpe. Parecía un potro salvaje. En ese momento, el trabajo del estudiante se centró en explicar lo que estaba haciendo. Trató de sujetarlo, pero todo estaba saliendo mal.

Por esos años, dadas las restricciones económicas, suturaban con nailon de pescar. Era lo más económico y lo que tenían a la mano. Ese material tenía un problema: su rigidez impedía hacer los nudos para cerrar los bordes de la herida de manera independiente. Por eso les tocaba aplicar un cuidado extremo al retirarlo, porque, cuando se apretaba, el nailon recuperaba su posición original y abría de nuevo la cortada. Los médicos se las arreglaban.

Tras una breve disputa por tratar de calmarlo, y de varias amenazas del paciente hacia Nando y la enfermera que lo apoyaba, el herido volvió a dormirse.

Nando pensó que esa era su oportunidad. La enfermera se le acercó y le preguntó:

—¿Necesita que le administremos más anestesia?

El estudiante, con una sonrisa cómplice, le respondió:

—Este ya está anestesiado. No siente nada.

Faltaban solo unos pocos puntos en la parte posterior del cuello y el hombro para terminar el procedimiento. Lo voltearon y Nando trató de hacer más rápidamente las últimas puntadas. Se tranquilizó porque estaba a punto de terminar, pero entonces empezó a sentir que un líquido húmedo y viscoso recorría su abdomen, hasta abajo de su entrepierna. Después sintió que ese fluido iba hacia sus zapatos. Se estremeció y uno de los médicos le dijo:

—Menos mal que lo pusiste de lado. Si estuviera bocarriba, se le va el vómito a los pulmones y se complica la cosa.

A Nando se le hizo curioso comprobar que el tipo de heridas que atendía cambiaba. Al inicio de su servicio veía muchas lesiones de arma blanca, ya fueran cuchillos, navajas o machetes. Después llegaba

gente hasta con amputaciones hechas con motosierras. Todas estas formas de causar daño fueron advertencias terroríficas hechas en el lenguaje de los guerreros de la calle.

La barbarie de la violencia escaló con los años en la ciudad y desde adentro de los servicios no se pensaba más que en atender y solucionar lo que les llegaba en el día a día, y como pudieran. Así los recursos para atender ese volumen de pacientes no estuvieran ni cerca de ser los adecuados. Para el personal médico todo era el aquí y el ahora. No hacían conjeturas sobre qué ocurría en ese mundo aparentemente lejano de puertas para afuera de las urgencias, y pocas veces asociaban que sus familias también vivían en esa misma realidad de Medellín.

CAPÍTULO 5 | "Aquí es por parejo"

Los malos y los buenos cambiaron de nombre pasada la primera mitad de los ochenta en Medellín. Las estructuras de los pistoleros al servicio de los narcotraficantes se transformaron drásticamente para ejecutar una estrategia urbana sin cuartel cuando sus patrones recrudecieron la lucha contra las fuerzas de seguridad del Estado. En las disputas se empleó una nueva máxima mafiosa: no había inocentes. Todos debían sufrir sin medida.

Meses atrás, pero no en el olvido, había quedado un hecho que cambió para siempre el rumbo de las *relaciones* entre el principal capo de la mafia y los gobiernos que vendrían: el asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla[15], el 30 de abril de 1984, a manos del Cartel de Medellín. Ese magnicidio motivó la respuesta del ejecutivo, en cabeza del presidente Belisario Betancur Cuartas, quien entonces autorizó la extradición a los Estados Unidos de los jefes narcotraficantes. La posterior reacción, de uno y otro bando, dejó un tendal de muertos en la capital de Antioquia y en algunas de las principales ciudades del país.

La disputa ya no era entre los liberales y los conservadores, ni de combos contra bandas. Ahora eran todos los bandidos contra el Estado usando el poder económico que les daba el tráfico de narcóticos y las montañas de dólares que llegaban al país producto de la venta de la cocaína en Estados Unidos y Europa. Las estructuras armadas al servicio del narco superaron, incluso, la capacidad operativa y militar de los organismos de seguridad, en su mayoría mal preparados y con armas vetustas…No podían competir de igual a igual contra el adversario que tenían enfrente.

Nando no era consciente, ni sus compañeros, de la magnitud del desastre que se vivía y que registraban a diario los noticieros de radio y televisión. Tampoco dimensionaban las justificaciones esgrimidas por los bandos en conflicto respecto de la barbarie de esa guerra sin sentido que, de un momento a otro, empezó a afectar a los colombianos sin distingo de clase social, credo o edad.

Ciudades como San Salvador o Beirut, en plenas guerras civiles, fueron quedando por debajo de los índices de Medellín[16] sobre muertes asociadas a la violencia en el contexto global. Así, la capital antioqueña pasó de ser una urbe pujante, un nodo empresarial y la

llamada Tacita de Plata para convertirse en una picadora de carne que veía morir jóvenes de los diferentes bandos, e inocentes también, en cada esquina. La cotidianidad se chocó de frente con la muerte y uno de los escenarios más golpeados fue la Policlínica Municipal, donde Nando era médico en entrenamiento.

Las urgencias del hospital colapsaron de inmediato. Era tal la cantidad de heridos, malheridos y moribundos que llegaban desde distintos puntos de la ciudad, el área metropolitana de Medellín[17] y desde Antioquia que el personal se vio desbordado. Los recursos se agotaron y empezó otro calvario para los trabajadores de la salud, que hasta ese momento hacían lo que podían, con las uñas, para salvar vidas.

Los relevos de turnos de los equipos de salud, por personal de recambio, cada vez eran más espaciados. Pero no tenían otra opción, les tocaba aguantar. Nando, quien por esos días ya estaba curtido en la atención de pacientes producto de actos violentos, no recibía reporte al llegar ni lo entregaba al salir. No había tiempo para trámites burocráticos. El médico que llegaba, fuera estudiante, interno, residente o especialista, de una mirada se hacía cargo de la situación. Catalogaba mentalmente, definía prioridades y actuaba. Sobre todas las cosas, ¡actuaba! De una sola vez, sin titubear.

En la segunda parte de la década de los ochenta la situación no mejoró. Empeoró, y con creces. El volumen de pacientes se multiplicó y la complejidad de las heridas producidas, en su mayoría por armamento de guerra como fusiles, granadas y explosivos, tomó otro protagonismo en el desangre que sufría la ciudad.

Un miércoles cualquiera, Nando llegó a un relevo, como siempre, tratando de ponerse a disposición desde poco antes. No le gustaba llegar sobre la hora al trabajo. Era consciente del grado de saturación y fatiga de los compañeros que habían dejado todo durante horas en las salas y quirófanos. Estaba terminando procedimientos y desde lejos, calculó unas dos cuadras, oyó la sirena de una patrulla de la Policía. Ese sonido era distinto al que usaban las ambulancias u otros carros de socorro en la ciudad. Esa vez el ruido significó que los sicarios de la mafia tenían un botín más para cobrar. El capo les había puesto valor a las cabezas de los policías. Según se conoció por esos años, se pagaba un millón de pesos por un agente, dos millones por un suboficial, tres millones por un oficial y hasta cinco millones por cualquier miembro asesinado del Bloque de Búsqueda de la Policía Nacional. Esas "recompensas" eran abonadas sin falta y en efectivo en las denominadas oficinas de cobro por cada asesinato demostrado[18].

La frenada del carro policial se cortó en seco, al igual que el estruendo de la sirena, y, como una tromba, las puertas de la unidad de urgencias se abrieron de golpe. Esperaban lo peor, y eso fue lo que llegó. El personal médico a esa hora quedó rodeado de policías gritando. Traían a un uniformado de no más de veintiún años. Un efectivo recién salido de la academia, pulcro en su uniforme y con su chaleco antibalas sin una sola mancha de sangre, sin ninguna herida en el cuerpo.

Fue un momento raro en la sala. La limpieza del uniforme contrastaba con la locura que se vivía en las urgencias. Todos los médicos, enfermeras y estudiantes miraron al muchacho, y en fracciones de segundo se miraron entre ellos. De golpe volvieron a ver al joven policía.

Parecía que no tenía nada, pero Nando ya había detallado el agujero en la mitad de la frente. Ya no sangraba, el cuerpo había perdido la totalidad de la sangre. Cuando lo voltearon, después de hacer el primer chequeo del cuerpo, la bóveda, o sea, el cráneo en su parte posterior, no estaba.

Era difícil de comprender hasta para los médicos de la Policlínica, entrenados por años en medicina de urgencias en esa guerra urbana que padecía Medellín. La cara intacta casi de niño y el pelo cortado al estilo militar, desde su frente hasta la mitad del cráneo, contrastaban con la parte posterior. El cerebro no estaba, sus pedazos debieron quedar en el lugar en el que había sido asesinado. Los policías miraban a Nando, incrédulos.

—Si hubiéramos traído los pedazos del compañero, ¿se hubiera podido hacer algo, doctor? —preguntó uno de los policías.

Nando negó con la cabeza, sin decir una palabra. Cada vez llegaban más uniformados a la sala de urgencias. El que había hecho la pregunta volteó su cuerpo y le dijo a otro, a quien al parecer conocía bien y había llegado desde otro lugar de la ciudad.

—¡Qué tristeza, hermano! Lo pusimos de conductor de la patrulla, en una zona dizque tranquila, mientras cogía callo[19]. Y vea…, qué matada tan hijueputa.

Nando se recompuso del impacto inicial y le dijo, en un tono considerado, al policía de mayor grado:

—Por favor, saque a sus hombres de aquí. Hay muchas armas y tenemos muchos pacientes llegando. Por favor, compréndanos y retírense.

Los uniformados obedecieron sin hacer comentarios.

Nando trató de seguir en su jornada, pero algunos pensamientos lo rodeaban: el joven policía llevaba chaleco antibalas —cosa poco frecuente—. La precisión y rapidez del ataque hablaba de matones bien entrenados, con armamento sofisticado y una logística acorde. Por eso los demás efectivos no vieron venir al sicario y, por supuesto, no alcanzaron a reaccionar. Por último, de la mente del doctor en formación no se borraba la mirada de inmenso dolor, difícilmente contenido, de los compañeros del policía asesinado.

La violencia sin sentido que azotaba las calles de Medellín no daba respiro y un nuevo acontecimiento borraba de un plumazo al anterior. Era lo normal en las urgencias de la Policlínica. En la madrugada, después de la jornada que cerró con la muerte del joven policía, llegaron varias camionetas viejas, de las que tienen un platón en la parte posterior para transportar cargas. Traían un número de víctimas que no era fácil calcular al instante. Todas tenían heridas de bala. El equipo completo de la unidad entró en acción.

Nando se enfocó en uno de los muchachos. Tendría entre catorce y dieciséis años. Eran notorios los balazos en ambos lados del tórax y en los brazos. El herido miró a Nando con pánico y desesperación. La muerte se le metía al cuerpo en cada bocanada de aire. Se ahogaba en su propia sangre.

El médico en formación entendió, de inmediato, lo que estaba ocurriendo. Además de las laceraciones en los brazos, lo que mataría al muchacho serían las heridas de bala en ambos pulmones. Estaban colapsando y generando una hemorragia en la cavidad torácica. Sangraba, además, por la boca y la nariz. Nando solo tenía segundos para actuar y no dudó un instante. No había tiempo ni forma de aplicar anestesia, ni de realizar una limpieza. Nada de eso. Agarró la primera herramienta cortante que encontró y dijo:

—¡Tubos a tórax bilateral ya!

El procedimiento que pedía Nando con urgencia era, en términos médicos, una toracotomía bilateral para drenaje de neumo- o hemotórax, a través de sonda pleural, por trampa de agua. En palabras más sencillas se traducía en hacer una incisión en el costado para

drenar el aire y la sangre. Así el pulmón tendría espacio para expandirse y el herido podría respirar.

Nando hundió, sin pensarlo dos veces, la parte afilada del primer bisturí que encontró a mano en el tórax del muchacho. Lo hizo en ambos costados, a una altura predeterminada, con un tubo en cada mano. Empezó el movimiento a espaldas del paciente guiándose por el dedo índice. Después metió, en simultánea, las mangueras a los dos lados y entre las costillas. Puso a un compañero del muchacho a tener uno de los tubos y le dijo con determinación:

—Si lo suelta, ¡lo mata! Así que pruebe finura, hermano. Si se va a marear[20], me avisa.

La falta de recursos obligaba al personal a recurrir a su ingenio para salvar vidas a toda costa. En estos procedimientos el tubo se debía conectar a un frasco de vidrio estéril, con números para medir niveles. Pero allí no había nada de eso.

El personal trabajaba con mangueras de hule y envases plásticos de gaseosas de dos litros, a los que les echaban agua hasta la mitad. Por eso Nando, para salvar a ese paciente, fijó el tubo a un lado sujetándolo con el hilo disponible, y luego pasó al otro lado. El ayudante le quiso entregar a Nando el otro tubo y él de un grito lo detuvo.

—¡Quieto! Ni se mueva. Mejor dicho, ni respire hasta que yo termine.

El muchacho lo miró aterrado, pero Nando siguió sin importarle nada más. Continuó el mismo proceso del otro lado. Por las mangueras salieron la sangre y el aire que lo estaban ahogando, y el herido empezó a mejorar inmediatamente. Una enfermera selló la parte externa del contorno de los tubos que pega con la piel. Solo en ese momento Nando pudo pasar a atender otro paciente. Tras mirar al lado opuesto de la sala, se dio cuenta de que dos cirujanos de entrenamiento, que venían de Bogotá, lo miraban con desaprobación. Se fue directo hacia ellos, los enfrentó y les dijo:

—¿Qué pasa?

Uno de ellos, muy bien puesto, peinado con gomina y con aires de superioridad, le contestó:

—Usted es un salvaje. Está tratando con seres humanos y no

con marranos. ¡Respete la profesión!

Nando los miró incrédulo:

—Váyanse pa la gran puta mierda. Ustedes no tienen ni idea de lo que nosotros hacemos acá, ni de cómo lo hacemos y con qué recursos contamos.

Una media hora más tarde, el muchacho que Nando acababa de salvar ya estaba un poco mejor. Él, que se había dado cuenta del reproche que le hicieron a Nando, lo miró y le preguntó.

—Doctor, ¿qué le dijeron esas gonorreas[21]?

—Que te traté como a un marrano —respondió Nando con un gesto de decepción combinado con rabia. El muchacho miró a los dos médicos foráneos y les dijo, con absoluta calma.

—Ábranse hijueputas, si no quieren que los ponga a perder.

Tras la advertencia, en medio del asombro, los dos cirujanos se fueron al instante.

El protocolo para tratar heridas como las que tenía el muchacho recomienda, en condiciones ideales, suministrar oxígeno por cánula nasal, canalizar venas con soluciones que ayuden a cubrir la sangre perdida y realizar una radiografía de tórax. Confirmado el diagnóstico, se procede a llevar al paciente a una sala aséptica, previa anestesia, lavar las heridas y abrir con un escalpelo o bisturí, previamente esterilizado, una incisión longitudinal. Después, según el protocolo, se deben usar empaques sellados con suturas de piel, introducir los tubos estériles con manos cubiertas con guantes nuevos también estériles y llevar las mangueras a trampas de agua en botellas de cristal con medidores para calcular la cantidad de sangre drenada. Esto para poder apreciar que las burbujas salen de la punta del tubo. Este aire no va al paciente, sino que se introduce en la botella. Finalmente, se le pone una dosis profiláctica de antibiótico y se procede a revisar el resto de heridas. Nada de esto era posible en la Policlínica Municipal de Medellín en los años ochenta.

Pasado el incidente con los médicos, Nando se sintió mal por lo que les había dicho. “Pobrecitos —pensó—. No saben lo que es la guerra en esta ciudad. No saben de armas ni del daño tan grande que hacen. Tampoco entienden lo que es trabajar con las uñas, con tanta escasez y sin recursos”.

Cuando todos estaban en sus tareas y la cosa se había calmado, Nando volvió a revisar al pelao, que le sonrió y le dijo:

—Ah…, qué par de pichurrias[22] esas. ¡Gran malparidos!

Nando pasó por alto el comentario del muchacho, pero aprovechó la oportunidad:

—¿Qué fue lo que te pasó?

—Doctorcito, estábamos jugando un picao[23] de fútbol. Ahí había de todo: pelaos sanos, y también estábamos nosotros, los que camellamos[24]. Dejamos los fierros[25] a un lado y comenzamos a jugar. De la nada, sin darnos tiempo de reaccionar, llegaron por los dos lados de la cancha unos capuchos[26]. Uno solo hablaba y nos dijo: "Fílense ya contra ese paredón. Vamos a ver si emparejamos las cuentas. ¡Hijueputas!".

Nando no perdía detalle de lo que decía el herido y sus palabras le sonaban absolutamente reveladoras. Además, sentía que el muchacho le hablaba con franqueza.

—Mire, doctor, cuando uno está en esto sabe que algún día se va a morir. Sueña irse de esta vida guerreando y dándose plomo con los otros, pero no que lo maten como un perro. Les dijimos que allá había gente que no tenía nada que ver con lo que hacíamos. Nos dieron con las culatas en la jeta y nos dijeron "¡Callados, hijueputas, que aquí es por parejo!".

Al lugar llegó otro estudiante, que tampoco salía de su asombro, y escuchaba al igual que Nando con atención.

—Después los sentimos hablando a nuestras espaldas y empezaron las ráfagas. Creo que fueron segundos, pero se me hizo eterno ese hijueputa plomero. Sentí como si me hubieran molido a golpes de almadana[27] la espalda y botaba sangre por todas partes. Estaba ahogado. No podía ver a nadie. Me estaba desmayando hasta que sentí que me levantaban y me tiraban al platón de un carro. Cuando llegué aquí, ya estaba boquiando[28], hasta que usted me salvó. Por eso me emputé cuando esos malparidos empezaron a decirle güevonadas.

Nando pasó el resto de su guardia en la misma rutina de todos los días, pero de su mente no se borraban dos frases de aquella conversación: “emparejar cuentas” y “aquí es por parejo”. Eso nunca había pasado. Los civiles eran ajenos al conflicto en los barrios. Ahora, como decían las abuelas, justos y pecadores pagaban por igual.

CAPÍTULO 6 | El feudalismo del terror

Las bandas delincuenciales se volvieron grupos envidiados para muchas personas en la Medellín de los ochenta. Las camionetas lujosas y las motos de alto cilindraje empezaron a subir y a bajar por los barrios como nunca antes se había visto… Dejaban a su paso miles de jóvenes que veían antojados la posibilidad de dejar de lado años de carencias a través de la ilegalidad. La extravagancia ya no era solo un asunto de los capos. Los mandos medios, y hasta los lavaperros[29], fueron parte de una bonanza comercial e inmobiliaria nunca antes vista, producto del poder corruptor del narcotráfico.

Parte de la sociedad, en su mayoría menores de edad, se rendía a la seducción de los dólares y los pesos que corrían sin control como las quebradas que llevan agua desde las montañas al centro del valle de Aburrá. En la capital antioqueña se infló la burbuja de una economía artificial y se apoderó de muchos sectores una sensación de bienestar nunca vista otrora.

Cada combo delincuencial al servicio de la mafia tenía unas características propias y una especialización dentro de este nuevo ajedrez de poder. Estaban los especializados en asesinar, los que sabían poner bombas, los que secuestraban, los que extorsionaban, los que torturaban y también los que no eran nada, pero se hacían los malos y de puro visaje[30] obtenían beneficios en los barrios.

Para los médicos de la Policlínica este cambio simplemente significó tener que asimilar, en muy corto tiempo, que las condiciones de trabajo serían aún peores. Todo era susceptible de empeorar. En especial, les tocó aprender a tratar heridas distintas a las que dejaban las armas convencionales.

El uso de fusiles se hizo más común en los atentados por su capacidad y velocidad para disparar proyectiles de mayor envergadura. Fue frecuente entonces ver víctimas con mutilaciones. Los daños colaterales, debido a la letalidad de los ataques, se hicieron también evidentes. Los médicos empezaron a identificar en los cadáveres marcas inequívocas del salvajismo de sus victimarios. Muchos llegaban torturados, y los profesionales en las urgencias aprendieron a leer lo que significaban algunas de esas prácticas en el mundo de la mafia. Por ejemplo, entre los que sufrían tortura había unos que llegaban sin uñas y otros que llegaban quemados. También

había víctimas que evidenciaban lesiones de arrastre: amarraban a la persona de un carro y la arrastraban por caminos de tierra destapados, o simplemente por vías pavimentadas. Esos heridos aparecían despellejados en el servicio médico, sin huellas digitales y sin pelo en varias partes del cráneo.

Otra práctica que intrigó en un comienzo a los médicos fueron los disparos no letales propinados en las articulaciones. Era un método de presión aplicado dentro de interrogatorios para que el capturado delatara compañeros o entregara información valiosa. A todo esto se sumaban lesiones menos comunes como genitales mutilados, quemados o introducidos en diferentes cavidades del cuerpo de las propias víctimas.

Una tarde, dos combos rivales, que minutos antes se habían enfrentado a plomo en un barrio del noroccidente de Medellín, se encontraron en el servicio de emergencias. Entre heridos y acompañantes empezaron a amenazarse ante el desconcierto y el temor del personal médico, que hacía un esfuerzo para seguir trabajando en medio del descontrol.

—La próxima te damos, gonorrea —le gritó un herido de unos diecisiete años a otro muchacho que estaba tirado en el piso, en un rincón de la sala de urgencias, y tenía ensangrentado su bluyín.

—¿Es que este hijueputa también sangra? ¿No era, pues, que estabas rezao[31], malparido? —respondió el joven, quien tenía dos disparos en la pierna.

La nueva escalada de terror y violencia desató una carga de presión sicológica sobre cada uno de los médicos y estudiantes que laboraban en el servicio de urgencias del hospital. Para ellos era cada vez más difícil de procesar tanto acontecimiento asociado a la barbarie. Llegó un momento en el que supieron que ese lugar no era terreno neutral y que la misión médica estaba muy lejos de ser respetada. La unidad de atención de emergencias se volvió parte del campo de batalla y el personal de atención quedó en medio de una guerra urbana totalmente atemorizado.

Una noche de viernes, entre la presión que le generaba la obligación de atender a varios heridos que integraban un combo delincuencial, Nando no aguantó más y explotó. Él, que tenía un temperamento fuerte, se cansó de trabajar bajo la amenaza constante de un grupo de muchachitos que acompañaban a los pacientes, y no había forma de sacarlos de la sala. Uno de ellos, que no pasaba de los

catorce años y portaba una pistola que se le veía grande en la mano, cada que Nando abordaba a uno de los heridos le repetía:

—¡Se muere él y te morís vos, hijueputa!

Al llegar donde un herido que se debatía entre la vida y la muerte oyó, por cuarta vez, esa frase de la boca del mocoso. Nando se volteó, lo miró a los ojos y estalló.

—Pues matame de una vez, hijueputa, porque el cerebro de tu amigo quedó como crema de dientes. No hay nada en este mundo que lo resucite.

De inmediato se dio cuenta del error que había cometido por su temeridad. Y un segundo después vio la boca oscura de la pistola que le apuntaba a la cabeza. El muchacho lo miró nervioso y empezó a temblar. Sus ojos se encharcaron y las comisuras de sus labios se llenaron de una baba blanca y espumosa.

—Este malparido me va a matar —pensó Nando.

Nadie dijo nada en la sala, pero todos esperaban lo peor. Sin embargo, el muchacho bajó el arma, dio unos pasos hacia atrás, se metió la pistola en la pretina del bluyín, miró por última vez a su amigo, que ya era un cadáver, y salió con otros dos de sus acompañantes.

Después de ese episodio pensó con insistencia en la injusticia de esa guerra que se vivía en Medellín, de la que también los médicos eran víctimas. Mientras luchaban día y noche en las urgencias para salvar las vidas de los violentos, las personas ajenas al conflicto morían, muchas veces sin atención, por complicaciones derivadas de enfermedades comunes. Unas porque su apéndice se perforaba y la infección les invadía todo el cuerpo. Otras fallecían por infartos que eran manejados en consultorios, y no alcanzaban a llegar a los quirófanos. Las vesículas se tapaban o los derrames cerebrales avanzaban inexorables hasta dejar inválidos a los pacientes.

Nada de esto se podía atender porque todos los esfuerzos estaban enfocados en atender la guerra que se libraba en las calles. Por eso todos los enfermos comunes quedaban relegados a enormes salas de hospitalización, pasillos y cuanto espacio hubiera disponible, así fuera en el suelo, esperando con resignación que los heridos por armas de fuego o explosivos dieran un intervalo.

Esta sensación era agobiante para los médicos, en especial para los que estaban en formación. Mientras los heridos llegaban a la Policlínica con una actitud pendenciera, muchas veces armados, con la muerte a cuestas y alardeando de sus actos violentos, los más humildes esperaban atención en silencio y morían sin quejarse. Cuanto más se repetían episodios de esta injusticia, que se vivía a diario por consecuencia del conflicto, más estrés se acumulaba entre los médicos de las urgencias. Los estudiantes como Nando tardaban en procesar toda esta carga que les afectaba la mente y el espíritu, porque cada nuevo herido evitaba que pudieran recomponerse emocionalmente del suceso inmediatamente anterior.

Un domingo, día en el que las visitas le daban otro color al hospital, una llamada entró al teléfono de la sala de urgencias. Ninguno de los médicos le prestó mucha atención hasta que la enfermera que contestó tapó la bocina con la palma de la mano y miró a Nando, que era quien estaba más cerca y menos ocupado. Caminó de inmediato hacia donde estaba el aparato.

—Doctor, ¿puede venir a revisar un paciente? Es urgente —le dijeron del otro lado de la línea.

Nando les avisó a sus compañeros que dejaba por unos minutos las urgencias y salió para el pabellón de cirugía. Era una tarde plácida, el viento mecía los árboles dentro del hospital, el sol filtraba su luz en diagonal entre las ramas proyectando mil sombras sobre el suelo. Cruzó por una plazoleta interna del centro asistencial, al lado de una hermosa fuente de agua tallada en piedra, y subió unos cuantos escalones hasta arribar a su destino.

Salir de emergencias, al menos por algunos minutos, producía una sensación placentera. Dejar aquella presión y esas situaciones límite era casi un premio para quienes estaban de turno en la Policlínica. Por eso, como desprevenido y casi con una sonrisa, ingresó al pabellón. Apenas entró, la enfermera jefe de área le dijo:

—Doctor, ese es el paciente. El que está junto a la puerta.

Con un ademán que parecía entrenado por años, la mujer se acercó a Nando y le susurró:

—Es un jefe de combo.

Esas cinco palabras mandaron la tranquilidad y el asomo de sonrisa de Nando al carajo. Acto seguido, la enfermera empezó a

caminar a su lado y a contarle en voz alta:

—Tiene una herida abdominal y otras dos en ambos pulmones.

Después volvió a decirle al oído:

—Estamos muy preocupadas. Queremos que se lo lleven para recuperación inmediatamente. Tiene tubos de drenaje en ambos pulmones. Si usted considera que se los pueden sacar, sería una gran ayuda.

El procedimiento estándar para retirar esa ayuda respiratoria, en esa época, era bastante conocido para los médicos. Incluso los estudiantes eran casi especialistas en ese procedimiento. Era cuestión de cerrar el tubo con unas pinzas y, si el paciente no empezaba a ahogarse, lo podían retirar.

Nando saludó al muchacho y se sentó en el puesto de enfermería a escribir en la historia clínica los detalles del procedimiento. Mientras tanto, la enfermera lo atendía inclinada sobre su pecho: pinzaba los tubos y miraba si oscilaban o no. En ese momento dos jóvenes atravesaron la puerta de entrada del pabellón.

—Doctor, nos puede ayudar, que estamos perdidos.

Que alguien se extraviara en esa ciudadela que era el hospital resultaba frecuente. Los corredores se volvían laberintos para quienes no conocían el lugar.

Nando se levantó y fue al encuentro de los dos visitantes.

—¿Qué se les ofrece?

—Doctor, ¿dónde queda rayos X? —preguntó uno de los muchachos.

Nando dio unos pasos afuera de la sala para explicarles la ruta más rápida hasta el área de imagenología. Les señaló con las manos por dónde debían doblar y qué se iban a encontrar en su recorrido. Cuando terminó la explicación, los miró para comprobar si habían entendido y se quedó frío. Ninguno le había prestado atención. Sus miradas estaban puestas en el paciente al que la enfermera atendía.

No tuvo oportunidad de obstaculizar ni decirle nada a uno de los muchachos, que se abalanzó como una hiena sobre el herido.

Como en una secuencia de cine de acción, sacó el arma y disparó con una frialdad y calma absolutas. Cada fogonazo retumbaba en las paredes del pabellón y causaba un estallido de sangre y tejidos en la humanidad de la víctima. Los disparos tomaron una línea ascendente desde el esternón hacia la cabeza, que se reventó como una sandía. Los sesos volaron por todas partes y, mezclados con la sangre, bañaron la cara de la enfermera, que empezó a gritar presa del pánico.

El que disparó le hizo un gesto al otro y, dando unos pasos largos, llegó hasta donde estaba Nando y le apuntó con el cañón de la pistola.

—Te voy a hacer una pregunta, malparido: ¿nos viste la cara?

Nando estaba como congelado y no entendió lo que le preguntaba. En unos segundos de lucidez atinó a decir:

—¡Nunca!

El matón empujó a Nando con el cañón del arma y los dos sicarios salieron corriendo. Al fondo del pasillo, dos vigilantes llegaban al trote hacia el pabellón. Uno cargaba una escopeta recortada. Cuando se encontró a los dos sicarios de frente, ya era muy tarde para percatarse del peligro que corría su vida. Un solo disparo en la cabeza le sirvió al asesino para cargarse el segundo muerto de esa tarde. El otro vigilante, desarmado, se refugió en una oficina que había a un lado del corredor mientras los asesinos desaparecieron del lugar.

Nando se fue corriendo hacia donde estaba la nueva víctima. Médicos, enfermeras, trabajadores de oficios varios y pacientes empezaron a salir de todos lados y a arremolinarse frente al cuerpo del celador. El charco de sangre que brotaba debajo de su cuerpo se ampliaba cada segundo sobre las baldosas brillantes del pasillo. Lo agarraron de las axilas y lo arrastraron. Entre cuatro personas lo ingresaron a los quirófanos.

—¡Herida por arma de fuego en cráneo! ¡Herida por arma de fuego en cráneo! —gritaron varios del grupo que socorría al vigilante.

Lo entraron como pudieron y Nando, con el delantal lleno de sangre, se quedó aturdido afuera de esa unidad. No habían pasado cinco minutos y una enfermera salió llorando del quirófano.

—Nada qué hacer, murió instantáneamente —le dijo.

Nando se resbaló recostado en la pared hasta que cayó sentado en el suelo. Con ruidos roncos y entrecortados comenzó a llorar como nunca lo había hecho, ni siquiera en las situaciones más extremas.

Tanta violencia en carne propia y ajena minaba ya la fortaleza de Nando. Su capacidad para recuperarse ante las adversidades flaqueó y desde entonces fue frecuente la dificultad para dormir a pesar del cansancio que sentía después de los turnos. Pero cuando, por fin, conciliaba el sueño, tenía pesadillas. Soñaba que estaba en una construcción que le parecía conocida atendiendo heridos. Todo le era familiar. De un momento a otro lo perseguían, y huía, pero no podía salir del lugar. Atravesaba puertas y puertas, pero no llegaba a ningún lado, y sentía que lo iban a matar. En las madrugadas, cuando se despertaba de esos sueños cíclicos y pesados, pensaba demasiado, y cada que recordaba lo que pasaba en su entorno, el pesimismo se apoderaba de su mente.

El mundo normal de los demás cada vez le parecía más ajeno, más distante. Se sentía incómodo en esa realidad. No encajaba, la sociedad lo rechazaba, la gente del común lo evadía, y entonces lo invadió un sentimiento que hasta ese momento era impensado: sintió horror por lo que hacía. No tenía ningún reconocimiento. No había para él ninguna voz de aliento. Su madre había muerto, su padre estaba enfermo y la relación con los demás miembros de su familia era cada vez más distante. Tal vez era mejor tenerlos lejos. Era su forma de protegerlos, para que no se contaminaran de todo lo que estaba viviendo.

Su nueva familia ahora estaba dentro de esas paredes sucias, entre los baldosines blancos y sobreplanchas de cemento manchados con sangre de la Policlínica. Ese era su mundo, una realidad de vida y violencia… Su propia muerte la podía traer el próximo paciente que atravesara la puerta.

CAPÍTULO 7 | Y… todo empezó a estallar

Nando recuerda el día en que a la Policlínica, en menos de media hora, les llevaron unas cincuenta personas, entre heridos y muertos. En la sala solo se oían gritos de dolor, quejas y pedidos desesperados de auxilio. Había sangre por todo el piso, extremidades colgando de pedazos de músculos y huesos al descubierto en mujeres, hombres y niños. Todos por igual. En medio de esa batahola, uno de los médicos docentes, el doctor Felipe, fiel a su estilo de nunca descomponerse, ni en las peores situaciones, le dijo al personal en voz calmada pero firme:

—Ánimo, muchachos. Vamos a hacer lo que sabemos. Confío en ustedes. Estamos juntos en esto hasta el final.

El doctor Felipe empezó a dar instrucciones claras y a clasificar a los heridos. Era como una máquina precisa y bien aceitada a la hora de disponer de los recursos que había en la Policlínica. Solo una mirada rápida le bastaba para saber qué procedimiento era el correcto para salvar una vida.

Las palabras del médico fueron un bálsamo para la angustia que sentían los estudiantes. Para ellos fue sublime ver esa forma de reaccionar y de guiar a ese grupo ante la adversidad. Esta era una de las habilidades más reconocidas del doctor Felipe. Solo los que forman parte de esa hermandad de la sangre, que comparten quienes de una u otra manera han vivido y sobrevivido a estas tragedias en un hospital, entienden lo que Nando y sus compañeros sintieron.

En una esquina de la sala de urgencias, una mujer de unos veinticinco años esperaba recostada en silencio. Miraba todo con terror. Su cara estaba pálida, sus ojos apenas dejaban salir lágrimas y su vientre abultado se movía con rapidez. Nando se acercó hacia ella.

—¿Está en embarazo?

—Sí, doctor. Como de treinta semanas, más o menos.

Nando hizo a un lado a otros heridos y corrió un montón de pedazos de cuerpo enredados con harapos que yacían sobre el piso ensangrentado y resbaladizo.

—Por favor, acuéstese para que pueda palpar su abdomen —le dijo Nando a la joven.

—No, no puedo, doctor, me duele muchísimo. Casi no puedo respirar —le respondió la mujer. Sus mejillas se llenaron de lágrimas.

Nando tenía la adrenalina a mil. Debía actuar rápido. Un corrientazo en la nuca fue la señal que necesitaba para ponerse en acción.

—La voy a tocar con suavidad, ¿bueno? Necesito saber algo ya mismo.

Ella, nerviosa, asintió con la cabeza. Nando empezó a palpar en diferentes lugares del abdomen, también buscó el contorno del útero y del bebé. Todo era anormal.

—¡Feto flotante! —gritó Nando.

Esas palabras, que retumbaron en la sala, fueron el inicio de una respuesta inmediata del personal médico. A pesar de que era estudiante de Medicina, o, como les decían coloquialmente, un *pichón de médico*, nadie le refutó su diagnóstico. Todos los demás simplemente actuaron y reaccionaron con la precisión de la maquinaria de un reloj bien ajustado.

En estas crisis usualmente algún médico residente de ginecología se hacía presente, y esa tarde había uno cerca. Entre los dos subieron a la madre a una camilla verde de lata, herrumbrosa, manchada de sangre, como todas las que se utilizaban en la Policlínica. Luego salieron corriendo con ella hacia el pabellón de ginecología del hospital.

La expresión *feto flotante* no era ajena en la cotidianidad de los estudiantes de Medicina en las urgencias del hospital. En este caso significaba que el trauma que le habían causado a la muchacha era tan brutal que se le había reventado el útero, donde se aloja el bebé, y él se movía pegado del cordón umbilical. Era una situación de vida o muerte, más porque el sangrado interno era copioso.

Nando regresó a las urgencias a los pocos minutos. Fueron tantos los pacientes que tuvo que atender en menos de una hora que se había olvidado de la situación de la mujer embarazada. En medio de esa cantidad de heridos no sabía en cuánto tiempo el residente de ginecología había vuelto a la sala para seguir trabajando en

emergencias.

Al rato, el especialista buscó a Nando con la mirada y se le acercó.

—La mamá murió. Salvamos al bebé, pero está muy mal. Los neonatólogos lo tienen conectado a una máquina que está respirando por él.

Nando volvió a bajar la mirada para seguir trabajando y sintió que el residente lo tomaba por el hombro. Le vio los ojos humedecidos y sufrió un vacío en la boca del estómago. El médico le tomó la mano izquierda ensangrentada y le puso en ella algo que Nando no pudo identificar inmediatamente. Se demoró en entender qué era, hasta que él le dijo:

—Es un escapulario. La mamá del bebé me lo entregó antes de morir para que te lo diera como agradecimiento, y para que te protegiera.

El residente se apartó de la sala caminando rápido entre los heridos para que nadie lo viera llorar.

El carro bomba que mató a la embarazada le generó curiosidad a Nando. Días después le hizo varias preguntas a uno de tantos expertos en explosivos que llegaban al servicio médico buscando evidencias adicionales. Estas pesquisas, en algunos casos, les permitían a las autoridades identificar el tipo de explosivo y la cantidad usada de acuerdo con el daño que hubiera causado en los cuerpos. También sabían si usaban metralla o no, y el método empleado. Todo basado en la fisiopatología de las lesiones de las víctimas.

—Fercho, ¿qué pasó con esta bomba, que fue distinta de las otras que hemos visto? El daño fue muy grande —le preguntó Nando a uno de los investigadores, quien por esos días era visitante habitual de las urgencias.

—Sí, esa bomba fue diferente.

El investigador le explicó que en las afueras del sitio, donde la gente estaba asistiendo al espectáculo taurino, había un parqueadero improvisado sobre la zona verde, al lado de la vía. Y arriba del lugar, un puente amplio que dividía en dos el estacionamiento cruzaba la avenida y formaba un techo sobre ese terreno. No tenía ningún tipo de cerca. Estaba al aire libre. Al terminar el evento, la multitud saturó el

estacionamiento y las zonas aledañas para montarse en sus carros, o en los buses de transporte público, para irse a sus casas.

El carro bomba fue puesto en la mitad del puente, debajo de la estructura, para manipular la onda expansiva. Las autoridades calcularon unos doscientos kilogramos de dinamita y otros más de metralla compuesta por tuercas, tornillos, clavos, placas y balines. Muchas veces, como en este caso, sumergían las piezas metálicas en materia fecal con el fin macabro de que las víctimas, si no morían por el proyectil, murieran por la infección.

—La forma en que ubicaron el carro y el lugar no fueron casuales. Ambos lados del puente se convirtieron en bocas de cañón que expandieron la onda con una velocidad y una fuerza muy grandes. Todo estaba calculado —dijo el investigador—. Por eso la gente que estaba más cerca quedó destrozada en milésimas de segundos y los heridos fueron lanzados a metros de distancia.

—¿Quién entrena a esa gente? —le preguntó Nando con un gesto de fastidio.

—Parece que los que les enseñan a estos hijueputas los traen de Europa o Medio Oriente.

Se puede decir, sin temor, que la guerra frontal entre el Cartel de Medellín y el Estado tuvo su punto de partida siete años antes de ese bombazo afuera de la Plaza de Toros con el asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, y se recrudeció al final de la década de los ochenta. Ninguna ciudad de Colombia padeció el conflicto como la capital de Antioquia. Y esa violencia irracional llegó a niveles nunca vistos con el uso de explosivos.

Además de la confrontación manifiesta entre narcotraficantes y fuerzas del orden, también había una guerra entre los mafiosos. En esa disputa, el 13 de enero de 1988 se registró el primer atentado con carro bomba en el país. En la madrugada de ese miércoles, a las 5:15, la ciudad retumbó después de que el Cartel de Cali, en su guerra contra el Cartel de Medellín, hiciera estallar cerca de ochenta kilos de dinamita en el edificio Mónaco, lugar donde residía la familia del capo Pablo Escobar Gaviria, en el sector Santa María de los Ángeles, zona de gente adinerada localizada a una cuadra del Club Campestre, en el barrio El Poblado. Desde ese momento, el conflicto asociado al narcotráfico cambió para siempre.

A partir de ese día, el desfile de víctimas por explosivos en

hospitales y puestos de salud de la ciudad aumentó hasta finales de 1993, cuando fue asesinado Escobar Gaviria.

Las bombas no solo afectaron los cuerpos de los integrantes de los bandos en conflicto. Las víctimas eran de la fuerza pública, de estructuras criminales y también personas inocentes que tenían la mala fortuna de coincidir en el lugar donde sucedían los atentados.

Para el personal de salud el uso de este nuevo elemento de guerra fue fatal. Las explosiones, a diferencia de las heridas por arma blanca o proyectiles, generaban daños mucho más complejos en las víctimas.

La onda expansiva de la dinamita usada en los primeros atentados —con los años la cambiaron por explosivo plástico, más potente, liviano y dañino— generaba lesiones graves. Las vísceras se comprimían y luego se reexpandían con rapidez.

La víctima de una bomba puede sufrir desgarramiento, que daña tejidos y perfora órganos. Además, la sangre es forzada desde la vasculatura hacia los espacios de aire y el tejido circundante. La explosión también provoca otras afectaciones en el sistema respiratorio, como contusión pulmonar y embolia sistémica de aire en el encéfalo y la médula espinal. Asimismo, lesiones como trombosis y coagulación intravascular diseminada. Puede generar un barotrauma intestinal, en algunos casos, y un barotrauma acústico, que incluye la ruptura de la membrana del tímpano y fractura o dislocación de los huesecillos del oído medio, y una lesión cerebral traumática.

Las heridas que sufrían las víctimas a finales de los ochenta e inicios de los noventa por los explosivos, en la mayoría de los casos, eran irreparables. Todo esto sin contar las afectaciones producidas por la metralla que le agregaban, la cual salía disparada a cualquier dirección para causar heridas irregulares y destruir todo lo que se le interpusiera.

Esas piezas de hierro causaban laceraciones penetrantes adicionales que mataban o no, dependiendo del lugar donde se alojaran. Muchos sobrevivientes de aquella época las llevan hoy en sus cuerpos, porque era más peligroso sacarlas que dejarlas ahí. Las que quedaban alojadas en el cerebro generaban, en algunos casos, epilepsia y convulsiones, incluso varios años después.

Algunas veces, Nando, para proveerse de un dinero extra, hacía turnos cuidando una construcción, que estaba casi en obra

blanca, propiedad de unos conocidos de un familiar. Salía de las agotadoras jornadas en la Policlínica Municipal y se iba para su segundo trabajo finalizando la tarde. Muchas veces llevaba libros para repasar algún tema de estudio y siempre tenía a su lado un viejo radio de pilas heredado de su padre. Esa era su compañía en el *otro turno*. Su labor en las noches en el hospital y las jornadas largas sin descanso le dieron una resistencia al sueño de la noche. Por eso no era ningún sacrificio cumplir con su tarea de *vigilante* en esa construcción.

Una noche, en la obra, cuando no habían pasado ni dos horas después de iniciada la vigilancia, sintió un vacío súbito, como el que se percibe cuando se destapan los oídos ocluidos por un cambio repentino de altura. No entendió lo que le estaba pasando. Era una sensación muy rara. Ahí mismo vio como estallaban, en simultáneo, todos los vidrios de la construcción.

Empezó a reaccionar lentamente del aturdimiento. Todo estaba a oscuras. Nando sentía las dos piernas mojadas… No lograba entender qué estaba ocurriendo. Su mente se fue aclarando y escuchó gritar a alguien desde la calle:

—¡Bomba! ¡Bomba! ¡Bomba!

Desde ese momento su mente y su cuerpo funcionaron en automático. Se dio cuenta de que tenía heridas de esquirlas de vidrio en ambas piernas y de que su sangre le mojaba la camisa. Revisó su cuerpo rápido pero con rigor. Nada de qué preocuparse. Al parecer, todo estaba bien y lo que sentía no era grave. Salió corriendo de la construcción y vio que también salía gente de otras casas del vecindario preguntando en medio de la confusión:

—¿Dónde fue? ¿Qué pasó?

Entre la oscuridad de la noche, la falta de luz, el humo y el polvo que levantó la explosión, las luces de linternas que cargaban los vecinos eran lo único por lo que se podía guiar. Avanzó, junto con las otras personas que empezaron a llegar al lugar, hacia una esquina donde se veían llamaradas.

Preciso en ese sitio, recordó, se hacía un muchacho conocido como el Negro, que para ayudar en su hogar tenía un carrito de venta de perros calientes. A Nando le gustaba comprarle uno cuando estaba de *celador* y a veces se quedaba hablando con él mientras comía… Después volvía a la construcción, que se veía desde el puesto de comidas rápidas.

Nando miró para todos lados. No había rastro ni del carrito ni del Negro. Una señora de unos cincuenta años que llegó al lugar envuelta en una bata de dormir preguntó gritando:

—¿El pelao de los perros estaba hoy?

—Sí, yo lo vi ahora —respondió Nando, quien volvió a mirar hacia los cuatro costados de la calle.

Sobre la vía ardían varios carros. Todo sucedió muy rápido. Salía gente de las casas y de algunos locales comerciales pidiendo auxilio. Otros estaban cubiertos por llamas, caminaban y caían. Los que llegaban de lugares cercanos a la explosión se sumaban con mantas para apagar el fuego y otros colaboraban con extinguidores.

Nando, uno de los primeros en llegar, se resbaló al pisar algo que había en el suelo y se fue de espaldas contra el pavimento. Se paró, revisó sus tenis y cogió con los dedos lo que traía pegado de la suela. Se dio cuenta de que era un pedazo de víscera abdominal.

El caos era total. Al frente del sitio, donde se suponía había ocurrido la explosión, había un bar del que salía gente que parecían zombis. Todos caminaban como perdidos sin entender qué era lo que había pasado. La bomba no los mató a todos los que estaban cerca porque en la mitad de esa calle había un separador y, en medio, la zona verde tenía unos árboles grandes que separaban cada sentido de la vía. Esta barrera natural atenuó la onda expansiva.

Casi todos los que salían del bar estaban heridos, pero de poca gravedad. Diferente suerte corrieron las personas que estaban más cerca del carro bomba. Había restos humanos por todos lados. Algunos dentro de los autos habían dejado de gritar. El humo provocado por el fuego le dio paso a un olor penetrante a carne quemada. Fue entonces cuando Nando y otros vecinos empezaron a auxiliar a los heridos. Amarraron muñones de piernas y brazos amputados, sentaron a los que deambulaban sangrantes por las aceras y trataron de calmar a los quemados. No tenían nada a la mano para ayudar y el caos era tan grande que muy poco se podía hacer.

Los minutos pasaron y Nando sintió una sensación extraña. No sonaba ninguna sirena de ambulancia aproximándose al lugar de la explosión. Vio que un bus de servicio público llegaba por la avenida con las luces encendidas. Se le atravesó y le hizo señas al conductor para que parara. Al principio, el vehículo no disminuyó la velocidad, quizás impresionado por el caos y la oscuridad, pero luego frenó en la

mitad de la calle.

Nando metió medio cuerpo en la puerta de adelante y le dijo al chofer:

—Hermano, ayúdenos. Hay muchos heridos y no llegan las ambulancias.

No tenía muchas esperanzas en su pedido. Recordó lo difícil que era para él y sus compañeros subirse sudados y con el delantal, o con la ropa de diario manchada de fluidos y sangre cuando finalizaban un turno, y la forma en que eran rechazados por conductores y pasajeros. Pero esta vez el chofer no reparó y le dijo:

—Hágale.

Un puñado de personas que iba en ese bus se bajó y ayudó a subir heridos. Eran tantos que los tiraban en las bancas y volvían a la calle para cargar otros. Cuando no quedaba más espacio, los enfilaron en el pasillo entrándolos por las puertas de adelante y atrás. El bus quedó lleno, el conductor giró en contravía y un espontáneo que iba al lado del chofer comenzó a agitar un saco y a gritar para que les abrieran la vía.

Segundos más tarde arribó una buseta y quienes asistían en la emergencia hicieron lo mismo. Varios taxistas se acercaron para llevar más heridos y en ese momento empezaron a encenderse, de manera intermitente, algunas de las lámparas del alumbrado público. De golpe volvió la luz al sector y lo que apareció ante los ojos de los presentes fue una escena impensada.

Nando vio pedazos de cuerpos por todos lados y, en medio del descontrol, un pensamiento tonto invadió su mente: se reprochó por haber cometido el error de no enviar los pedazos de cuerpos en el bus con los heridos. Era inútil y su idea fue más producto de la forma como estaba procesando la información que de su entrenamiento, preparación y conocimiento. Era una paradoja darse cuenta de que afuera del hospital le estaba tocando atender una situación tan compleja.

Al otro lado, en la acera de enfrente, sobre la persiana metálica de un local comercial, una figura de un cuerpo humano había quedado impresa en bajorrelieve. No se veía a nadie cerca ni en el andén. La explosión parecía haber tirado con fuerza y estampado un cuerpo contra esa barrera, y por eso el metal quedó hundido, pero nadie tuvo

tiempo para detenerse a comprobar de qué se trataba aquello.

Sobre la vía y en el separador central había vísceras, extremidades, pedazos indefinibles, hojas y ramas de los árboles. Toda la zona se impregnó de un olor a carne humana quemada. Fue ahí cuando se oyó una voz:

—¡Hijueputa! ¿Dónde está el *tullido* de los cigarrillos?

En esa esquina, todos los días trabajaba un muchacho que tenía parálisis infantil. Lo sentaban en una silla de ruedas, lo sujetaban y lo dejaban en el lugar durante horas con una cajita de cigarrillos amarrada a su cintura y con los muslos atados para que no se cayera. En el recipiente había cigarrillos nacionales y extranjeros que el muchacho vendía al menudeo. También cargaba chicles y unos dulces con sabor a anís, anaranjados y pintados con rayas horizontales rojas, envueltos en un plástico transparente. En un lado de la caja reposaba un vaso de plástico donde la gente le dejaba las monedas de las ventas. Cuando algún cliente le quería ayudar, le daba más de lo que valía la mercancía y le metía como propina un billete en el bolsillo de su camisa.

El muchacho con parálisis nunca apareció. No quedó de él ni el menor rastro. La cabeza del Negro, el vendedor de perros calientes, la encontraron a los cinco días enredada entre las ramas de un árbol a una cuadra de distancia de donde él tenía su puesto de trabajo. Ni el carrito ni el resto del cuerpo aparecieron nunca.

CAPÍTULO 8 | Un oasis entre el pavimento

De esa efervescencia social que vivía Medellín en los años ochenta y noventa también era escenario la Universidad Pública. En el campo, los grupos guerrilleros llevaban más de una década combatiendo, y desde los años setenta su estrategia de lucha también se había extendido, con un trabajo ideológico principalmente, en las ciudades. Esta avanzada política y militar, que ya había encontrado terreno abonado, aumentó en los centros de estudios superiores, sobre todo en los públicos, que no fueron ajenos a las realidades que vivía Colombia.

La Escuela de Medicina y, por supuesto, la Universidad Pública en la que estudiaba Nando vivieron este fenómeno muy de cerca y con marcadas consecuencias para alumnos, docentes y empleados. La comunidad académica se asombraba por los hechos de violencia de los que eran víctimas estudiantes y profesores. Tras los acontecimientos, y con el correr de los días, algunos de ellos eran sindicados de ser, aparentemente, simpatizantes, colaboradores de grupos armados o, directamente, miembros de ellos.

La escalada de violencia no solo afectó a personas que tuvieran vínculos o fueran acusados de ellos. También reconocidos defensores de derechos humanos y de las libertades fueron blanco de las balas de sus adversarios o de fuerzas oscuras que por esos años implantaron un régimen del terror en los barrios… Un régimen que se extendió a los espacios académicos.

Si bien el campus universitario era un reflejo de lo que se vivía en las calles, en su esencia aún se conservaba como una pequeña burbuja donde, en muchos casos, todavía se respiraba un ambiente dispuesto para el conocimiento. Para la mayoría de los jóvenes estudiantes era el único lugar en el que podían interactuar con gente de su edad, expresarse y compartir sus ideas. Esto era impensado en muchos sectores de Medellín, independiente de su estrato socioeconómico, donde los muchachos morían por integrar grupos armados, por negarse a pertenecer a ellos o, simplemente, por existir.

El campus universitario, un lote de 283 000 metros cuadrados y una veintena de bloques inaugurado a finales de los años sesenta, fue para los muchachos, durante los ochenta y los años que les siguieron, el único lugar donde podían ser jóvenes. Allí, además de

estudiar, vivían una vida acorde a sus edades. Asistían a los ciclos de películas en los cineclubes, iban a conciertos, presenciaban obras de teatro o practicaban actividades deportivas que les ofrecían los escenarios bien mantenidos y de excelente capacidad de la universidad. Este tipo de prácticas no eran posibles en los espacios públicos de los vecindarios de una urbe que también había convertido estos lugares en campos de batalla.

Por eso la reja que dividía el campus de las calles de Medellín era una especie de barrera tras la cual podían vivir, aunque fuera por unas horas, una sensación de seguridad y libertad, tan distinta a la zozobra y matazón que desangraba a la ciudad.

Aunque el entorno universitario también padecía sus problemas. En ese contexto se formaron y se graduaron muchos de los mejores profesionales que dio el país en las décadas de los setenta, ochenta y noventa. Hombres y mujeres que les han aportado a la ciencia, las artes, las humanidades, el derecho, la biología, la ingeniería, la medicina y la investigación social no solo de Colombia, sino también de América Latina y del mundo.

El poco tiempo que Nando tenía libre lo pasaba en los espacios deportivos. Aunque ya sus ocupaciones no le daban para dejar todo a un lado y sumarse a disputar un partido, actividad que lo acompañó durante su niñez y adolescencia, se relajaba viendo practicar fútbol, basquetbol, voleibol y microfútbol. Para él, la alegría que generaba disputar un juego cualquiera, así fuera entre personas desconocidas, le daba mucha tranquilidad. Ver estos encuentros lo sacaba del estrés de la Policlínica. También le divertía comprobar que esas personas que afuera de la ciudadela caminaban temerosas en ese momento dejaban todo de lado para olvidarse, al igual que él, de la violencia indiscriminada que tenían que soportar en su cotidianidad.

Su rutina de descanso era la misma. Salía desde la Policlínica caminando y recorría la avenida tres cuadras hacia el occidente con dirección al río. Allí, por una entrada habilitada solo para peatones, ingresaba al campus. Pasar esa puerta era sentir que un bálsamo alejaba de su cabeza varias de las preocupaciones que lo aquejaban. Ya en la ciudadela, la sombra de los árboles que tapaban los senderos se perdía entre los bloques de los salones de clases.

En los pasillos, que llevaban a un amplio corredor descubierto, había cafeterías en las que siempre encontraba a algún conocido para sentarse por unos minutos a saborear un café y hablar de algún tema de actualidad. Después se dirigía hacia el norte pasando por el lado de

una inmensa biblioteca y una fuente que en los días calurosos refrescaba a los transeúntes con las pequeñas gotas de agua que el viento estrellaba sobre sus caras.

Más adelante, tras dejar atrás los últimos edificios, estaba la zona deportiva. Esta era una completa área de instalaciones que envidiaría cualquier ciudad del país. Contaba con canchas de tenis, coliseo, espacios para practicar voleibol, basquetbol, microfútbol, piscina olímpica y foso de clavados. Además, tenía un imponente campo de fútbol rodeado de una pista de trote y unas graderías de cemento ubicadas al oriente y occidente del campo. Esas tribunas eran el sitio preferido por Nando para descansar.

Una tarde, en ese lugar, en medio del sopor que le generaban algunos cigarrillos de marihuana encendidos cerca de donde estaba sentado, un personaje conocido le llamó la atención como pocas veces. Era un hombre de unos veinticinco años, que en el contexto juvenil de la universidad se veía un poco viejo. Era moreno, alto, grueso, de bigote poco poblado, risa fácil y muy extrovertido. Le decían Champion. Se refería a los demás como compañero. Nando sabía quién era porque lo identificaba como el organizador de los torneos deportivos que disputaban los estudiantes. Por eso muchos tenían que ver con él y lo saludaban con familiaridad.

Con un cuaderno y un lápiz en la mano le preguntaba a cada uno de los presentes a esa hora si quería conformar un equipo para disputar un campeonato de microfútbol que comenzaría la semana entrante y que se jugaría en una plazoleta, frente a la biblioteca de la universidad.

Con una sonrisa en su rostro, Champion llegó donde Nando y le preguntó:

—Compañero, ¿usted qué? Consígase otros cuatro y arma un equipo para el torneo. Vea que va a estar bueno y hay buen premio para el que gane. ¡Póngase las pilas!

A Nando le pareció casi irreal la propuesta. Por un momento se sintió ofendido. Sus pensamientos, metidos de lleno en las urgencias de la Policlínica, apenas le daban tregua para pasar unas pocas horas afuera de ese lugar. Era casi como que lo estuviera insultando. Por eso, con desgano, le respondió:

—No, Champion, hermano. ¡Yo no tengo tiempo para eso!

No habían pasado tres semanas del ofrecimiento y en la noche de un martes cualquiera, en un intrincado vecindario de las laderas de Medellín, comandos armados sacaron arrastrado de su casa a Champion. Lo amarraron a un poste de cemento y le metieron una granada activada entre su ropa interior. En segundos quedó hecho una amalgama irreconocible y su cuerpo esparcido varios metros. Nadie se atrevió a recogerlo. Supuestamente era un miliciano y por eso lo mataron. Por los pasillos de la universidad lloraron varios días su ausencia y algunos de sus amigos más cercanos jugaron un partido en su honor.

Nando también conoció en la universidad estudiantes silenciosos y aplicados, que cumplían rigurosamente con sus deberes y responsabilidades. Nunca se metían en discusiones y mucho menos en protestas, muy comunes por esos días, contra la policía antimotín.

Eran alumnos que nunca expresaban opiniones sobre nada, su vida era el deporte y el estudio. Pero algunos se ausentaban por periodos prolongados de las aulas. A uno le decían el Flaco. Al regresar a las aulas, tras unas semanas de no asistir a las clases, decía simplemente que había estado visitando a su familia en su pueblo natal. Nada anormal, algo corriente entre tantos estudiantes que llegaban a la universidad desde otros departamentos de Colombia.

Una mañana, Nando casi se va de para atrás cuando vio la foto del Flaco en el periódico. Estaba vestido con traje y corbata. Lo habían matado dentro de una camioneta. En la foto tenía dos fusiles a sus pies. La crónica decía que pertenecía a la guerrilla y que habían intentado atacar una estación de Policía. El operativo en el que participó, según el escrito, debía ser relámpago, pero algo salió mal y junto con sus compañeros terminó entre dos fuegos: el de los policías de la estación reaccionando al ataque y el de los refuerzos policiales que llegaron y se unieron al combate. Su escuadrón intentó romper el cerco con los vehículos disparando a diestra y siniestra sus fusiles, pero cayeron acribillados por docenas de balas disparadas por la Policía.

Días después, algunos de los compañeros de estudio del Flaco empezaron a recibir llamadas sospechosas en sus casas. Algunos detectaron seguimientos, y la paranoia se apoderó de los estudiantes. Sobre todo de los amigos más cercanos, quienes, sin saber en qué cruces[32] andaba el finado, padecieron las consecuencias de sus actos solo por figurar sus nombres en una libreta de teléfonos.

Otro muchacho, a quien llamaba Vecino, vivía a cinco casas de

la vivienda de Nando, en el mismo barrio de clase media, y estudiaba en la misma universidad. Solía verlo jugar fútbol en la cancha de la universidad, siempre al mediodía y con el mismo grupo de personas, que, supuso, serían sus compañeros de clases. A esa hora se jugaba un tradicional partido, al que llamaban la recocha[33].

Este partido tenía varias particularidades. Entre ellas estaba que nunca dejaba de disputarse. Ni los paros ni las protestas ni los motines ni la época de vacaciones lo suspendían. Además, se jugaba entre las líneas laterales de la cancha —en vez de hacerlo en sentido de las porterías tradicionales, de norte a sur— y con unos arcos pequeños, de no más de un metro de alto, en los que era bastante complicado meter gol. Y, por supuesto, era la actividad deportiva más incluyente de la universidad; cualquiera que llegara a la cancha a esa hora podía sumarse al partido. Vecino, que estudiaba Ingeniería, siempre fue uno de los jugadores más entusiastas de la recocha. Era aguerrido, valiente y un muy buen defensa. Nunca se arrugaba para meterle la pierna duro al que fuera, pero cuando el partido terminaba era absolutamente amable con todos y se despedía de sus compañeros sin falta.

Un día, después de no verlo durante algunas semanas en la cancha, apareció en los noticieros de televisión la imagen de Vecino. Lo había capturado la Policía en otra ciudad. La crónica policial decía que viajaba en un bus de transporte intermunicipal y que entre el equipaje a su cargo traía una caja repleta de dinamita. En el barrio y en el campus lo extrañaron unos días, pero pronto todos lo olvidaron.

CAPÍTULO 9 | Los oscuros

Nando no recordaba cuánto tiempo estuvo de pie sin comer ni tomar agua y sin ir al baño, porque la cantidad de muertos en la Policlínica esa noche era cuatro veces mayor que la de un fin de semana “normal” en Medellín. No había tiempo sino para atender heridos y moribundos de bala. El número era bestial. Ya no importaba cambiarse los guantes ensangrentados —tampoco había de repuesto— y la ropa del personal parecía una segunda piel. Las telas eran una costra maloliente de fluidos mezclados, entre secos y recientes. Una hora atrás, el presagio de tormenta, en un ambiente cargado con humedad insoportable, se hizo realidad. La luz amarillenta y titilante de los focos fue la señal del inicio de uno de los fines de semana más sangrientos de Medellín a inicios de los años noventa. Hubo más de cien levantamientos de cadáveres en cuarenta y ocho horas[34].

Los quirófanos del hospital tenían fila de heridos de altísima gravedad esperando a no morir mientras los cirujanos de trauma trabajaban sin cesar. A veces, muy pocas, los médicos salían triunfantes de esas operaciones. La mayoría de las oportunidades terminaban perdiendo debido a la letalidad de las heridas producto de atentados cada vez más elaborados. Ya la guerra no solo era para los guerreros. Las salas de emergencias se llenaban de civiles ajenos a la confrontación.

Semejante volumen de pacientes mandó al olvido al término *aprendices* de cirugía. Todos, los expertos y los novatos, eran necesarios para ayudar a salvar vidas. Se operaba a corazón abierto desde el primer año de residencia de los doctores en formación. De ahí que la habilidad adquirida por los jóvenes galenos en la Policlínica, dada la letalidad y la complejidad de las heridas, fuera envidiable para los colegas de otras escuelas de medicina y de unidades hospitalarias de Colombia.

Era tan bizarro todo lo que vivían a diario que Nando y sus compañeros de clases a veces no se sentían jóvenes normales. Él, cuando tenía algunos minutos para reflexionar sobre lo que pasaba, pensaba que los estudiantes de Medicina y los médicos de esa unidad de emergencias eran como eslabones de una macabra cadena de producción que recibía seres destrozados por un lado y entregaba muertos o sobrevivientes con lesiones para el resto de sus vidas por el

otro.

Los *pichones de médico* actuaban como profesionales experimentados. Eran ágiles y rápidos. Apenas pasando la mayoría de edad, eran hombres y mujeres entrenados para actuar sin la menor duda, sin ningún reparo y escondiendo cualquier asomo de angustia. Frente a las situaciones más espantosas, para ellos era lo mismo armar *el rompecabezas* de un cuerpo humano destrozado que abrir un abdomen para meter la mano y contener un sangrado mortal e irse con el paciente a cirugía corriendo por los pasillos al lado de la camilla, o recoger la sangre que brotaba de un herido y volvérsela a inyectar en el cuerpo para salvarlo.

Sin embargo, no dimensionaban lo que toda esa catarata de acontecimientos violentos y situaciones al límite les estaba generando en su interior. No se les pasó por la cabeza el costo tan alto que debían pagar en su salud física y mental. Esas eran facturas que tendrían que saldar años y décadas después. Traumas que se manifestarían de múltiples maneras con sus respectivas secuelas. Algunos lo manejaron mejor que otros. Esos muchachos de los años ochenta tuvieron que sufrir, física y mentalmente, por cargar ese lastre. Otros no encontraron solución.

Nando recuerda que esa misma noche, no muy tarde, de aquel fin de semana de muerte, a las urgencias entraron corriendo varios muchachos. Uno de ellos llevaba cargado un niño de entre siete y diez años. La cabeza del infante parecía un cascarón blanco. Nando no tuvo idea de lo que le ocurría hasta que preguntó:

—¿Qué es lo que tiene ahí?

—Es azúcar —respondieron los jóvenes como si estuvieran recitando una lección del colegio.

—Doctor, le pegaron varios tiros en la cabeza y nos dijeron que el azúcar era bueno pa parar la sangre —dijo el mayor de los muchachos.

Tras un ademán del médico señalando el mesón de cemento, lo depositaron sobre la losa de un solo movimiento. No había tiempo para delicadezas. Nando quiso vomitar. Una oleada de náuseas le subió desde el estómago a la garganta y en la boca saboreó una saliva agria después de ver lo que le habían hecho a ese niño. Le lavó la cabecita al herido y comprobó que estaba más cerca de los seis años. El cálculo inicial de la edad estaba equivocado. Su cuerpo era

escuálido, y ante tanta indefensión sus ojos miraban al doctor con un llamado silencioso pero desesperado de bondad y compasión. Aunque respiraba y mostraba algunos movimientos esporádicos de las extremidades, Nando sabía que ese muchachito pronto se iba a ir. Por eso esperó pacientemente a su lado limpiándolo, organizando su ropita y sus pequeños zapatos. Ahí fue cuando los acompañantes le preguntaron:

—Se está muriendo, ¿no?

—Así es. Su cerebro está completamente destrozado y sin él no se puede hacer nada —contestó Nando.

Los muchachos empezaron a llorar y Nando escuchó a uno de ellos decir con rabia:

—Todo es culpa de esa hijueputa periodista.

Esa afirmación llamó su atención:

—¿Por qué periodista? ¿Qué pasó? —les preguntó Nando, sorprendido.

—Una periodista nos insistió en que quería entrar al barrio. Le dijimos: "Ojo con sacar las caras y con las preguntas que hace". No nos hizo caso.

Una semana después, en un noticiero de televisión, el mismo niño que esa noche dejaba este mundo salió en una nota del informativo que no duró más de dos minutos. Ahí, con su cara todavía fatigada tras jugar un partido de fútbol callejero y con la inocencia de un chiquillo de su edad, se quedó bloqueado ante la insistente pregunta de la reportera:

—¿Por dónde es que se mantienen los del combo?

El niño, asustado por la insistencia, y con la cámara apuntando a su cara, señaló unas viviendas de la zona alta del barrio.

Horas antes del asesinato del menor, uno de los del combo, famoso por su consumo de toda clase de sustancias alucinógenas y por sus formas violentas de intimidar a los vecinos, bajó caminando y vio al muchachito.

—Mirá donde me encontré a esta gonorreíta de sapo —fue lo

único que oyeron algunos vecinos. Acto seguido, el matón le estalló la cabecita con varios balazos.

No pasó más de media hora desde su llegada a las urgencias y sus ojos le dejaron de pedir compasión a Nando.

A estos personajes despiadados, como el asesino del niño de seis años, que imponían su terror en las calles de la ciudad y mataban sin contemplación alguna, Nando y algunos de sus compañeros los llamaban los oscuros. A los médicos por esos años les tocó atender a toda clase de matones. Pero esos eran lo más malo entre lo peor. Con alguna frecuencia llegaban a la guardia estos personajes famosos por cometer los crímenes más atroces sin ninguna distinción ni remordimiento.

El personal médico los detectaba enseguida desde su paso por la puerta de la sala de emergencias. Su sola presencia enfermaba por igual a médicos, enfermeras, camilleros... *Los oscuros* eran una especie de ralea de asesinos por placer. Eran desdeñosos con el personal de atención e insultaban sin reparar en nada. No se veían como locos, simplemente matar era para ellos tan sencillo como espantar un insecto.

A veces *los oscuros* se sentían orgullosos y alardeaban de sus muertos. Eran insensibles al dolor, el cual consideraban una debilidad solo exclusiva de mujeres o de maricas. Hablaban mientras los médicos realizaban procedimientos que les generaban molestias en sus cuerpos destrozados, y rechazaban la religión con una agresividad salvaje. En la Policlínica oficiaba un capellán que era llamado para acompañar pacientes moribundos. El religioso estaba ahí para que los moribundos alcanzaran a poner sus cuentas en orden antes de partir. Era común que los oscuros no quisieran esa ayuda espiritual. Ellos los insultaban, los empujaban y muchas veces se les oía gritar:

—¡Quítenme a este hijueputa de encima!

Algunas veces, estos matones llegaban heridos producto de *vendettas* acaecidas en la cárcel. Llegaban llenos de heridas de puñales, chuzos y hasta barras de metal. Los médicos, fieles a su juramento y compromiso, hacían todo lo posible por salvarles la vida. Pocas veces el esfuerzo servía.

Como una especie de justicia natural o una acción absolutamente alineada con el karma, casi todos *los oscuros* morían. Así sucedió unos dos meses después del fin de semana con más de un

centenar de muertos en Medellín.

Ese día, un lunes aburrido, Nando no estaba de turno, pero a las urgencias llegó un muchacho con varios balazos en su tórax. Hicieron lo posible por salvarlo, mas la vida se le fue en una agonía que duró casi cinco horas. El miércoles por la tarde, un adolescente se acercó a Nando y lo saludó.

—¿Bien o no, doctor? Se acuerda de mí, ¿no? —le dijo.

—No, mijo. ¿Qué necesita? —respondió Nando intrigado.

—Doctor, ¿se acuerda de mi parcerito[35], el pelao que trajimos hace un tiempo con azúcar en la cabeza?

—Ah, sí, claro, hermano —contestó Nando y, antes de que pudiera decir algo más, el joven le ripostó:

—La gonorrea que lo mató murió el lunes pasado acá. En esta misma sala. Me contaron que sufrió muchos antes de morirse.

Sin decir más, le dio la mano a Nando y en su cara esbozó una sonrisa de conformidad. Después se fue caminando tranquilo por un pasillo del hospital en busca de la calle.

CAPÍTULO 10 | De ideales a ambiciones

La avanzada de las milicias guerrilleras en los barrios populares desató una confrontación adicional a inicios de los años noventa, concretamente entre 1991 y 1994[36]. Los inusitados niveles de violencia que padecía Medellín tuvieron en estos nuevos actores armados otros jugadores que engrosaron esa estela de muerte y desolación en la ciudad.

Las células urbanas de las guerrillas cooptaron, por supuesto, a jóvenes que estaban en un limbo que había dejado la lucha de las fuerzas de seguridad del Estado contra las bandas delincuenciales al servicio del narcotráfico. Así, las opciones de ingresos económicos para las bandas, ya que estaban debilitadas las estructuras de la mafia narcotraficante, se volcaron a ese nuevo actor en el conflicto, y, bajo la consigna de defender a la población por el abuso de ladrones, extorsionistas y violadores, al menos tres estructuras de milicias, mediante un trabajo ideológico aplicado al detalle, tomaron fuerza en la ciudad.

A partir de ahí los enfrentamientos ya no ocurrían solo entre los pillos de estructuras delincuenciales contra policías. Además, los muertos también eran producto de las disputas entre combos y milicias; y, por supuesto, entre la Policía y los milicianos. La guerra sin cuartel y con tantos actores armados en medio terminó por desbordar de nuevo la capacidad de unidades de salud de Medellín, en especial de la Policlínica.

La muerte era tan frecuente y se olía tan de cerca que Nando en algún momento, hastiado de tanta violencia, se planteó dejar la medicina. Pero no tuvo ni el tiempo ni las ganas para emprender esa renuncia. La vorágine de acontecimientos sangrientos ligados a la guerra que vivía la ciudad no daba respiro en el centro asistencial.

Para Nando, desde que llegaba para comenzar un turno, los ruidos que salían de la sala de urgencias eran como la banda sonora de una pesadilla eterna. Esta mezcla de llantos de padres, hijos, esposas, hermanos, amigos y novias se confundía con los lamentos de los heridos y, en muchos casos, con los gritos de desesperación de los desahuciados. Entre toda esta batahola también, aunque pocas veces, había espacios de los que se apoderaba una sensación cercana a la nada misma. Esos eran los segundos que seguían a la muerte de algún

paciente. Un silencio atroz se tomaba ese momento y para los médicos este era un punto de partida para borrar de sus mentes los instantes pasados y sacar fuerzas de donde no había para continuar con su labor.

Las situaciones extremas del día a día no daban tregua. Una tarde, en ese convulsionado 1993, un pelao de un combo de la zona nororiental de Medellín, de quien decían era un miliciano, huyendo en su motocicleta en medio de la balacera se resbaló y rodó por el pavimento de un barrio cercano al centro de salud. En el derrape, la gasolina del tanque impregnó su ropa y las chispas del metal de la moto rozando contra el pavimento crearon una bola de fuego que lo envolvió y le quemó el noventa por ciento del cuerpo.

El muchacho llegó vivo a las urgencias. No tenía piel. En algunos lugares las quemaduras dejaban ver el hueso. Estaba tan deformado que, a pesar de no tener más de quince años, parecía un viejo de setenta. El olor a carne quemada se hizo insoportable en la sala y los alaridos del joven retumbaban en las paredes y ventanas de la Policlínica. Los gritos eran tan espeluznantes que muchos integrantes del personal médico que no eran del área de urgencias se acercaron para ver qué era lo que sucedía.

Nando y una compañera atendieron al muchacho. Ni siquiera las elevadas dosis de morfina que le aplicaron lograron calmarlo. Los dos sabían que ese analgésico opioide solo era un paliativo en su transición hacia la muerte, que seguro llegaría en las próximas horas, o tal vez minutos. Por eso la estudiante de Medicina se sentó al lado del herido. Lo tomó de la mano con mucha suavidad y cuidado tratando de consolarlo. Nando y otros compañeros se asombraron por su gesto humanitario. Por unos segundos les recordó que no eran ajenos a esta realidad y que también ellos eran personas vulnerables e indefensas. Los médicos ni siquiera tenían un bando que los protegiera. Estaban en la mitad de una guerra desbordada.

En medio del sopor de la morfina, y aferrándose a lo que le quedaba de vida, el muchacho confundió a la interna con su madre y le repitió en una voz cortada, respetuosa y suplicante:

—Mamá, despiérteme temprano, que tengo que ir al colegio.

Una y otra vez lo repitió hasta que Nando no lo pudo soportar y se tuvo que secar las lágrimas que rodaban por sus mejillas con la manga ensangrentada de su bata. La médica estuvo unos minutos más a su lado susurrándole palabras de consuelo, hasta que finalmente el

cuerpo del muchacho dejó de luchar.

Los estudiantes de Medicina que rotaban por las diferentes especialidades en el hospital, sobre todo los que estaban en urgencias, vivían en un estrés constante. Trabajaban bajo la presión de salvar vidas y no se escapaban de ser señalados por alguno de los bandos en conflicto como una piedra en el zapato, simplemente por cumplir con su labor.

Tras las extenuantes jornadas de labores eran testigos de la muerte, la degradación, el dolor y el sufrimiento que dejaba esa guerra sin razón. Aportaban su conocimiento en condiciones precarias, y esa carencia los unió. Los hizo más solidarios en medio del caos y la sangre. Compartieron mucho más que un espacio de trabajo y lucharon por salvar vidas sin mirar ni importarles quién estaba del otro lado. Solo los que han estado en la guerra lo entenderán: el amor filial e incondicional entre los que comparten ese espanto. Un fantasma que se aparece cada tanto y del que resulta incluso incómodo hablar.

Los estudiantes que se formaban en la Policlínica también apreciaban ese sentimiento en los gringos que hacían prácticas en el hospital. Todo extranjero rubio, alto, robusto y que hablaba enredado entraba en esa categoría. Ellos también llegaban a realizar entrenamientos. A distancia se les veía su comportamiento militar, su mirada de amargura y también su solidaridad. Les daban a entender a los médicos locales, con su escaso español, lo que habían sentido ellos mismos en otros tiempos, en otros lugares. Los buscaban cuando los doctores o estudiantes criollos se refugiaban en la oscuridad de algún rincón para llorar sin que nadie los viera. Simplemente los miraban a los ojos y les ponían sus manos grandes en la cabeza o en la espalda y les balbuceaban alguna palabra de consuelo y comprensión.

Las muestras de respeto y solidaridad eran muy reconfortantes para ellos. Sentían, aunque fuera por un momento, que no estaban solos y que su trabajo valía y era importante. Esos hombres y esas mujeres, que a punta de trancazos se hicieron médicos, nunca juzgaron. Solo estaban obsesionados con arrebatarle a la muerte la mayor cantidad de personas que pudieran. Y, por supuesto, ellos rezaban para que las puertas de la Policlínica nunca las atravesara un ser querido. Nando recuerda que había quienes los tachaban de insensibles ante el dolor y la muerte.

Un fin de semana de esos en los que la Policlínica era un hervidero, Nando atendía a un paciente: estaba absolutamente

concentrado en suturar una herida en el vientre de un chico de unos catorce años. Lo primero que hizo fue descartar que el proyectil estuviera en la cavidad abdominal. Era su primer caso del turno y él, como sus compañeros, siempre se aislaba para concentrarse en su jornada. Antes de iniciar se encerraba en sí mismo, en una especie de burbuja sin sonido, y así iniciaba su trabajo. Veía y entendía lo que pasaba a su alrededor, pero se metía de lleno en cada paciente.

Esa tarde, atendiendo al adolescente herido, sintió que una mano presionaba su hombro derecho. Aquello era usual en medio de los turnos, ya que con frecuencia algún compañero se acercaba y le daba ánimo, o le pedía algún favor a otro que estaba arrancando su jornada. Muchas veces ese gesto llegaba acompañado de alguna broma sin importancia o, simplemente, de unas palabras de aliento. Por eso Nando no le dio importancia e intentó girar la cabeza para sonreírle a quien le tomaba el hombro. En ese momento sonó el primer disparo. Intentó reaccionar, pero el segundo y el tercer fogonazo se repitieron en milésimas de segundos.

Nando quedó atontado, mareado y con ganas de vomitar. Todo giraba a su alrededor. El mundo se paró por unos segundos hasta que la boca reseca sintió el sabor amargo de la pólvora. Le ardía el lado derecho de la cara y tenía un zumbido espantoso en su oído del mismo lado. Miró hacia sus compañeros y vio que varios corrían hacia él como en cámara lenta. En un instinto reflejo se llevó las manos ensangrentadas a la cabeza y, por su experiencia, empezó a buscar los agujeros. Su pelo se empapó de sangre y de coágulos. Mientras sus compañeros gritaban aparecieron los residentes de cirugía y los médicos de planta.

Lo subieron a una camilla. Todo sucedía en segundos, Nando escuchaba gritos ahogados. Parecía una película. Era una sensación extraña. Sentía que le hablaban a otra persona y que él era espectador de uno de los tantos dramas violentos que tenían lugar en la Policlínica cada día.

—¡Le dispararon directo a la cabeza! —gritó un estudiante que lo acompañaba.

—¡Preparen el quirófano! —dijo uno de los médicos veteranos.

Quienes lo atendían le revolcaban el pelo para un lado y para otro buscando los agujeros de entrada, hasta que un doctor, con voz firmé, aseguró:

—No tiene agujeros de salida. El proyectil debió recorrer, en diagonal, de arriba abajo hacia el tórax. ¡Pilas! ¡Pilas! ¡Pilas!

La angustia siguió y todos estaban en medio del desconcierto general hasta que una enfermera veterana, a la que le faltaban dos meses para pensionarse, les habló con una calma pasmosa:

—Suéltenlo. A él no fue al que le dieron.

Todos la miraron y ella señaló al paciente que segundos antes Nando estaba atendiendo. El adolescente estaba acurrucado y su cuerpo reposaba en un charco de sangre que cada vez se hacía más grande. Varios pedazos de su masa encefálica fue lo que enfermeras y médicos encontraron en la cabeza de Nando, quien empezó a tocarse el cráneo al creer que los disparos habían impactado en él.

La sorpresa fue generalizada. Aun los otros heridos parecían desilusionados porque el estudiante de Medicina no era la víctima. A pesar de ser en extremo macabra, porque habían asesinado a una persona instantes atrás, la escena tomó tintes cómicos. Cambió aquella dramáticamente y Nando pasó de héroe a villano. Le quitaron todo lo que le habían puesto para socorrerlo y, casi de un empujón, lo bajaron de la camilla.

Nando, avergonzado, tímidamente preguntó qué le había ocurrido en el lado derecho de la cara, y uno de los compañeros se acercó a mirarlo.

—Tenés quemaduras superficiales de pólvora y el oído está sangrando porque parece que se te reventó el tímpano. No te movás mucho hasta que te demos algo para el equilibrio, y… parte sin novedad. ¡A trabajar, güevón, que estamos de pacientes hasta el techo!

CAPÍTULO 11 | Salvando vidas con las uñas

El primer recuerdo que tuvo Nando sobre la nueva etapa del conflicto en Medellín fue el de los métodos para hacerse daño que usaron los grupos enfrentados. Las normas mínimas por las que se regían las luchas entre bandos comenzaron a desaparecer y se hizo presente la barbarie que golpeó al ciudadano del común, el mismo que en los primeros años de los ochenta sentía esa confrontación como algo ajeno, muy lejos de su trabajo, hogar, expectativas y sueños.

La nueva forma de lucha entre los bandos incrementó, de manera exponencial, el volumen de heridos y muertos que llegaban al servicio médico. Ante esta situación, al equipo de la Policlínica se le multiplicaron las responsabilidades y, paradójicamente, las carencias. Al ser el primer centro de trauma de Medellín, con estudiantes y médicos formados en la excelencia, aun por encima de países con recursos absolutamente superiores, el reto fue asumido con la mayor entereza por todo el personal.

No garantizar los equipos, el capital humano y las provisiones médicas necesarias fue una postura muy cómoda para quienes dirigían desde sus cargos de poder. Sacrificaron la integridad del personal médico con el desinterés y la disminución de los recursos para laborar.

Mientras la ciudad se desangraba, la Policlínica fue un centro de prácticas para médicos y cirujanos de las más prestigiosas universidades y hospitales del mundo. Los foráneos, que en un comienzo se veían como bichos raros, a los días ya parecían parte del personal de planta. Así, por pasillos, unidades de emergencias, quirófanos y otras áreas del hospital caminaban extranjeros rubios como actores de películas y otros altos como basquetbolistas. Todos hablando un pésimo español. El objetivo de los foráneos era aprender a atender trauma de guerra en condiciones extremas: sin recursos, sin imagenología —rayos X, tomografías o ecografías—, sin exámenes de laboratorio y sin los mínimos recursos elementales.

En medio de la precariedad en la que se desempeñaban en la unidad de urgencias del hospital, los médicos de planta y los estudiantes hacían aportes económicos para solventar gastos que eran responsabilidad de la administración. Con las familias de los pacientes recolectaban dinero para comprar en las farmacias cercanas antibióticos, antisépticos, bolsas de gasa e hilo para coser heridas —

cuando no había forma, cosían con hilo de sastrería o nailon de pesca —. Y si no había agujas quirúrgicas, su creatividad los llevaba a acondicionar anzuelos, agujas de tejer o pedazos de metal para darles la forma necesaria y suturar heridas.

Los médicos de esa unidad desarrollaron una capacidad de observación y de interpretación asombrosa respecto de los pacientes. La forma de caminar, el color de la piel, un movimiento involuntario, una deformidad en las extremidades o la falta de sensibilidad en alguna parte del cuerpo les ayudaban a diagnosticar y actuar inmediatamente, y con la precisión que en otros países solo era posible luego de innumerables exámenes.

Los galenos aprendieron observando, tocando, y sus dedos fueron los transductores ecográficos[37]. Por eso se hizo conocida entre la unidad de urgencias una máxima que decía así: “Meta el dedo para que no meta la pata”. Nando, por la pasión que sentía al atender pacientes con traumas, se había hecho la fama de tener un *ecógrafo* en su índice.

Él sus compañeros diagnosticaban heridas craneales, torácicas, abdominales, pélvicas y de extremidades con una rapidez asombrosa. Actuaban como una unidad, como un solo cuerpo. Lo hacían sin juzgar, sin pérdida de tiempo y, muchas veces, saltándose los protocolos internacionales para inventar nuevas formas de salvar vidas.

Solo cuando finalizaban una jornada, muchas eran de hasta treinta y seis horas continuas, sin parar, temblaban como hojas al viento. Sentían agotamiento mental y físico. Sus cuerpos se llenaban de ansiedad, angustia, dolor, miedo…, y la consecuente depresión. Estos padecimientos empezaron a ser cargas cotidianas. Se manifestaban de tantas maneras: diarrea, taquicardia, pesadillas, náuseas y mareos. En un comienzo creyeron que era solo fatiga o agotamiento, cuando este tipo de síntomas aún no se asociaban en medicina a lo que al principio se llamó *histeria de guerra*. Luego, después de muchos años, lo llamaron *trauma de guerra*, y, en los países más desarrollados, *síndrome de estrés postraumático* —PTSD, por sus siglas en inglés—.

Algunos lo manejaron mejor que otros, pero todos aprendieron que lo más acertado en ese momento era seguir dentro de la sala de emergencias trabajando sin descanso. Cuando salían del hospital sufrían por cada herido, por cada muerto, por cada familia destrozada y por cada hijo huérfano.

Nando había leído en un libro que los grandes avances de la medicina siempre se daban en las guerras. Nunca lo entendió bien hasta que lo vivió. La falta de recursos, la incapacidad para atender con medicamentos, tecnología, análisis de laboratorio y reservas en el banco de sangre los condujo a ejecutar acciones que resultaban impensables en cualquier otro contexto. Pero después comprobó que algunas prácticas médicas para salvar vidas, en ese momento tildadas de extremas y censuradas por observadores externos, hoy forman parte de guías y protocolos de manejo en las más prestigiosas clínicas del mundo.

Muchas veces realizaron intervenciones salvadoras a tórax abierto en ambientes contaminados. También efectuaron laparotomías para contener una hemorragia fatal abriendo el abdomen de un herido, o reconstrucciones, injertos y cirugías reconstructivas con partes del mismo cuerpo de la víctima sin la asepsia necesaria. Hubo procedimientos sin anestesia, sin antibióticos, sin analgésicos, sin historia previa y, por supuesto, sin la guía de los textos de medicina, que conocían de memoria.

Varios procedimientos, todos producto de la desesperación, marcaron el aprendizaje de Nando por esos días, y, claro, la forma en que veía la evolución de la medicina de trauma en esa unidad. La falta de sangre para realizar transfusiones era una constante, y enloquecía al personal médico. Por la magnitud de las laceraciones, las amputaciones, las heridas abiertas de tórax y abdomen, el banco de sangre del hospital se mantenía vacío ante la enorme demanda. A pesar de la buena voluntad y la solidaridad de quienes se acercaban a donar, nunca fue suficiente.

Una mañana de junio, cuando empezaba el periodo de vacaciones de los colegios de la ciudad, los médicos se enfrentaron a un cuadro dramático en la sala de urgencias. A la unidad remitieron a una familia víctima de una bomba. El padre y dos de sus tres hijos murieron a causa de las heridas. La madre y el tercer hijo agonizaban.

La mamá miraba a Nando en los estertores prolongados de una respiración entrecortada y cada vez más débil. Buscaba, con lo que quedaba de su mano, el cuerpecito del niño, que ya no lloraba. Los ojos de la criatura se volvieron como ventanas abiertas a la nada. Su mirada estaba perdida. El personal observaba impotente cómo la sangre goteaba desde diferentes partes del cuerpo de la señora, y, de pronto, un médico especialista gritó.

—¡Recojámosla!

Del grupo de estudiantes de Medicina que estaban en turno, uno acercó un balde de plástico rojo, de los que se usaban para lavar las trapeadoras. Con algunos vasos descartables, con las manos, con trapos y con cualquier cosa que pudiera absorber, empezaron a juntar la sangre derramada y a recolectarla en el recipiente.

—¡Corten ese envase de gaseosa por la mitad y conéctenlo a la vena por un tubo! ¡Pongan la sangre del balde en el envase partido por la mitad!

Así empezaron a ponerle una transfusión a la madre, pero su condición no mejoraba. Por unos segundos miraron al niño y ya no tenía sangre en su cuerpo. Se estaba muriendo. Las venas estaban colapsadas y no podían suministrarle líquidos. Los médicos tomaron una aguja gruesa y abrieron la piel de su piernita. Perforaron el huesito hasta la médula y volcaron líquidos para tratar de salvarlo. Los dos murieron. Primero el niño y luego la mamá. Para Nando fue una sensación de desconsuelo, como una pérdida personal. De igual manera lo sintieron los compañeros que estaban ahí esa mañana.

El personal que atendió esa emergencia quedó aturdido por una rabia incontenible pero silenciosa. Nadie pudo desahogarse. Nando revivió ese episodio por años en pesadillas, cicatrices invisibles pero destructivas en su mente.

Algunos de esos procedimientos improvisados entonces en la Policlínica hoy son prácticas reconocidas y avaladas por sociedades científicas de todo el mundo. Forman parte de protocolos incluidos en textos reputados. Con el tiempo se perfeccionaron y se volvieron comunes en países desarrollados, con todos los recursos y la tecnología adecuada, por supuesto. Estas técnicas hoy se aplican en sofisticadas guías tomográficas o ecográficas para orientar las punciones y localizar puntos exactos.

En la unidad de urgencias de hace cuarenta años, el personal médico no tenía ni los medios ni la tecnología, pero sí el valor y el convencimiento para ganarle la partida a la muerte. Para lograr ese objetivo usaron las herramientas y el conocimiento que estaba a la mano. Desde ese momento sus vidas fueron dolorosamente distintas. Seguramente hoy nadie recuerda a esos hombres y mujeres que salvaron vidas con las uñas.

CAPÍTULO 12 | Los maestros

El grupo de médicos en formación señaló un Dodge Polara estacionado en el parqueadero de la Policlínica. El carro estaba totalmente empantanado. El azul claro de las latas no se alcanzaba a distinguir y las ventanas cubiertas de polvo no permitían ver el interior. Parecía un auto abandonado, de esos que dejaban en descampados a las afueras de la ciudad.

Sin pensarlo dos veces, el grupo, compuesto por unos siete jóvenes y un médico veterano, el doctor Felipe, se fue directo hacia el automotor. Todos se miraron y, sin decir nada, uno de los estudiantes le vació un baldado de agua sobre el parabrisas. Ahí mismo todo el grupo, incluido el docente, derramó más líquido sobre el capó, el techo y las puertas. Acto seguido, otros estaban sobando las latas y los vidrios con trapos enjabonados. En cuestión de quince minutos, el Polara, que parecía haber salido de un derrumbe, estaba reluciente.

Esa era una de las terapias de los estudiantes de Medicina y de los médicos a cargo del doctor Felipe en la Policlínica durante los momentos de calma en medio de las avalanchas de pacientes. El galeno, a quien todos llamaban sin mencionar el apellido, cosa que a él no le importaba en lo más mínimo, sacaba a sus subalternos y entre todos escogían el carro más sucio del estacionamiento, sin saber de quién podría ser. Y así, en grupo, trabajando unidos como en la sala, sin mirar a quién, lavaban y dejaban reluciente el vehículo. Después volvían a sus labores en la Policlínica.

Solo varios años después, Nando entendió la catarsis que esas lavadas de carros de trabajadores desconocidos del hospital significaban. Ya con la experiencia de la vida recorrida en muchos escenarios, entendió el valioso mensaje que encerraba ese simple acto y la preocupación del doctor Felipe por cuidar a sus estudiantes.

Al terminar esas lavadas colectivas, y antes de volver a las urgencias, el doctor Felipe siempre les decía:

—Bueno, muchachos, cuando el dueño de este carro termine su turno, se irá para la casa sonriendo.

Si hubo un recuerdo que mantuvo presente Nando durante su niñez y que lo acompañó después, en su paso por la facultad, fue la

imagen de esos hombres de pelos blancos, ataviados con batas largas, que iban de un lado para otro del claustro y camino al hospital derrochando simpatía, respeto y admiración entre quienes se cruzaban en su camino. Ahora, como médico en formación, él estaba codo a codo con ellos, y su objetivo era aprender lo que más pudiera de aquellos personajes.

Pocas veces los vio de niño, pero los profesores de la carrera de Medicina le generaron una devoción indeleble. Antes de ser estudiante, los recordaba con una imagen similar a la de los jueces que aparecían en las películas de antaño: siempre elegantes, respetados por todos y con la suficiencia que da el conocimiento de años compartidos sin condiciones.

En sus semestres de formación como médico, pocas personas despertaron sentimientos tan profundos para él dentro de la Policlínica como sus docentes de cirugía, residentes, médicos internos y médicos de planta. Con especial cariño y afecto agradecía la impronta que ellos le dejaban en cada segundo de su formación.

Para Nando a veces era incomprensible esa extraña manera de vivir por y para el trauma de guerra, tan especialmente compleja en la Medellín de los ochenta. Tanta violencia desnudaba el alma, los principios, las fortalezas y las debilidades de cada ser humano. Los profesores de su facultad eran hombres y mujeres de honor y de palabra. Personas que, en los mejores años de una generación ya perdida, representaron tanto para la sociedad salvando vidas sin descanso, trabajando horas y horas sin un reproche, sin un insulto, siempre prestos a brindarle una palabra de consuelo a una víctima o a su familiar, y también una palmada de ánimo al médico en formación.

Cuatro décadas después de esos años convulsionados, algunos de ellos ya partieron, pero viven en la memoria de Nando para siempre. Él recuerda con nostalgia esa hermandad de la sangre forjada hombro a hombro salvando vidas en las urgencias del hospital.

Aprendió tanto de muchos maestros, en especial del doctor Felipe. Era la persona más admirada entre todos los médicos de la unidad. Su calma, su ojo clínico, su arrojo, su acompañamiento permanente y su inmenso conocimiento sobre el manejo en urgencias lo hacían un ser especial. Lejos de vanagloriarse por todo su conocimiento, su humildad y disposición para enseñar lo hacían más grande. Era sin duda alguna el mejor urgentólogo, o médico de emergencias, del hospital, antes incluso de que siquiera existiera esa especialización. El doctor Felipe era un hombre a carta cabal,

comprometido, responsable…, un excepcional ser humano.

También recuerda a tres cirujanos especialistas en trauma. Los doctores Bolívar, Madrid y Rivera. Ellos, verdaderos maestros, se destacaron siempre por su habilidad, rapidez y conocimiento para atender situaciones de altísima complejidad en el quirófano. Nando, en cuatro décadas de ejercicio médico, jamás volvió a ver en ninguna unidad médica del país o del extranjero galenos de esa capacidad. Eran toda una institución dentro del hospital, un mérito aún mayor en un ambiente lleno de eminencias y con una tradición centenaria de excelencia en la medicina. Eran muy parecidos en su ejercicio médico, pero muy disímiles en sus personalidades.

Bolívar tenía un excelente humor, eran bonachón y burlón. Para sus compañeros y dirigidos era también un ser angelical, de luz, siempre amable y buen conversador. Era una de esas personas a las que Nando siempre quería decirles "vení, tomémonos un aguardiente charlado".

Madrid era un médico absolutamente serio. Alto, enjuto y de pocas palabras. La prístina imagen de un monje asceta. Siempre daba la sensación de que se le debía pedir la bendición, o de que se iba a recibir de él la medallita de algún santo.

Rivera, además de todas las cualidades como médico cirujano y docente, usaba el lenguaje de la calle. Hablaba sin rodeos con los delincuentes más temidos que llegaban heridos o como acompañantes a las urgencias. En su tono de voz y en su mirada no hubo nunca un asomo de temor y no se amilanó jamás al tener que reprenderlos verbalmente.

En uno de los turnos de treinta y seis horas de esa época, Nando estaba junto con los residentes pasando ronda a los mismos pacientes operados por Bolívar, Madrid y Rivera la noche anterior. El grupo de galenos y estudiantes llegó a la camilla donde se recuperaba un muchacho. Había recibido, por lo menos, ocho disparos de bala.

En aquel entonces, los médicos dejaban al paciente con el abdomen abierto y a las veinticuatro horas lo volvían a revisar en el área de cirugía antes de cerrarlo nuevamente. Al quitarle los vendajes para evaluar su herida, el muchacho observó asombrado el hueco de la operación, con sus vísceras expuestas. Levantó la cabeza, miró a Rivera y le preguntó:

—Doctor, ¿usted fue el que me operó?

Rivera, sin amilanarse, le devolvió la mirada a los ojos y asintió con la cabeza.

—Uuuuuyyyyy, gonorrea, sí que le quedó fea esa cirugía. ¿La hizo con los ojos cerrados o qué, doctor? —comentó el herido.

—¡Qué tal este, güevón! Igualito al gallinazo que se vomita cuando come en un basurero porque se encuentra un pelo. ¡Descarado, desagradecido! Si estabas más muerto que vivo —le contestó Rivera.

Los doctores Madrid y Bolívar se rieron, y el último dijo:

—Hombre, Rivera, si vos no has sido capaz de acabar con esta universidad, a nosotros no nos acaba nada, ni nadie.

Todo el grupo soltó la carcajada. Después le explicaron al paciente el procedimiento y la gravedad de sus heridas. El muchacho, avergonzado, dio las gracias al doctor Rivera, quien se marchó por un pasillo hablando solo y en voz baja.

Para Nando, otros médicos, como los doctores Vargas, Acosta y Cano merecerían, cada uno por separado, un libro. Eran verdaderos humanistas que acompañaban su destreza en el manejo del trauma con su pasión por salvar vidas. Muchos de los procedimientos que aplicaban y enseñaban se realizaron por primera vez en la universidad tanto en el área de trasplantes como en cirugía de trauma y cardiotorácica… Fueron una verdadera bendición para la medicina en Antioquia y Colombia.

Esa familia de estudiantes, internos y residentes de mediados de los años ochenta fueron, poco tiempo después, prestantes y reconocidos profesionales por su amplia trayectoria y meritoria labor. Tienen, después de tantos años, el inmenso reconocimiento por haber dejado lo mejor de sus años para salvar vidas en los peores momentos de la historia reciente de Medellín y Colombia.

Nando no disimula, aún, las lágrimas que asoman en sus ojos recordando la fraternidad, la hermandad y la lealtad que existían entre unos y otros en aquel entonces.

Los profes también fueron alcanzados por esa espiral de violencia de los años ochenta. Abuelo era un sesentón bastante bonachón y mamagallista por excelencia. Un defensor a ultranza de la convivencia, las libertades y el respeto por los derechos humanos. En la facultad era respetado y querido como se quiere al familiar que

siempre tiene tiempo para escuchar y dar un consejo sabio. Enseñaba una materia completamente idealista para algunos e incomprensible, al extremo, para otros, quienes estaban formados en la medicina absolutamente pragmática y entrenada para reacciones inmediatas.

Abuelo era un sabio en la medicina preventiva. Siempre estaba luchando por llevar los servicios públicos básicos a los barrios más pobres de las laderas de Medellín. Era un idealista, siempre animaba a sus estudiantes a que como jóvenes no fueran conformistas y lucharan, porque las cosas debían mejorar. Los alumnos se inspiraban con sus palabras.

La tarde de un jueves de agosto de 1987 la valentía sacó a patadas al miedo de las calles de Medellín. Cerca de tres mil personas, entre ellas estudiantes, profesores, trabajadores del claustro y, en general, amantes de la vida, marcharon desde la universidad hacia el centro de la ciudad. Protestaban por los asesinatos sistemáticos de profesores y personas vinculadas al centro académico. En menos de dos semanas cuatro docentes habían caído por las balas de fuerzas oscuras que imponían su terror matando a sus anchas.

La marcha se abrió paso dejando un mensaje claro en una ciudad que se desangraba: ¡la vida está por encima de todo! En cada cuadra se sumaban más personas y, empuñando claveles rojos, el grueso de los asistentes, en su mayoría vestidos de blanco, recorrió, con la cabeza en alto y mirando a los ojos, las principales calles del centro.

Al frente de la movilización, vestido con un traje impecable y con la dignidad intacta, caminaba Abuelo. Él era el estandarte de esa lucha por la vida en una ciudad en la que la muerte se asomaba en cada esquina. Su ejemplo de valentía al poner el pecho al frente de esa iniciativa fue el empujón que necesitaron muchos para sumarse a esa causa. Al llegar a la Gobernación, en un acto simbólico de protesta contra los violentos, la calle frente al edificio público quedó tapizada con los claveles rojos.

Una ráfaga de ametralladora acabó con la vida de Abuelo doce días después. Sus alumnos nunca entendieron por qué apagaron la vida de su maestro. En ese momento hubo muchas especulaciones, pero no una razón valedera. Al otro día de su asesinato, sus discípulos y compañeros lo lloraron en el parqueadero de la facultad. Un alumno de los últimos semestres de Medicina paró al grupo con el que caminaba Nando tras ingresar al claustro, y les dijo:

—Nos mataron al viejito, ¡qué tristeza tan hijueputa!

Los estudiantes, no solo los militantes o los que simpatizaban con ideas de izquierda, sino la mayoría en el campus, sabían lo que pasaba después de cada muerte de un alumno o de un docente[38]. Denunciaban que les hacían seguimientos ilegales, que llamaban a las casas, que empezaban a preguntar en los barrios por ellos y que eran monitoreados por las fuerzas de seguridad del Estado de manera constante.

Sin embargo, tras el asesinato de Abuelo no importaron esas presiones ni otras represalias posteriores. La comunidad universitaria volvió a salir sin miedo a marchar desde el campus hasta el centro de la ciudad gritando su dolor.

Hoy, décadas después de ese asesinato, el legado del sexagenario profesor, médico salubrista, amante de la vida y promotor de la convivencia, por encima de todo, sigue vivo. Ni las balas disparadas por los títeres de los barones de la guerra sucia ni el desprestigio orquestado desde distintas orillas pudieron apagar la herencia de tolerancia, respeto y dignidad que impregnó ese maestro dicharachero y bonachón. Esa fue la semilla que sembró en sus estudiantes y en el país.

CAPÍTULO 13 | Entre lobos y gatos salvajes

Nando regresó a la universidad luego de un año luchando para encontrar un resquicio que le permitiera tener las herramientas legales para acceder sin contratiempos al sistema de salud y así poder salvar a su padre, quien padecía una enfermedad coronaria que el Instituto de Seguro Social no quería operar. Tras ese tiempo de receso forzado en los estudios, y por consiguiente en las correspondientes prácticas médicas, se sentía bajo de forma.

Igual que un deportista de alto rendimiento, requería de una disciplina previa de adaptación. Y más cuando sus compañeros habían avanzado con cada clase, turno y atención en la mejor unidad de trauma, la de la Escuela de Medicina más reputada del país.

Por eso sentía una necesidad imperiosa de ponerse a punto. Era como el futbolista que regresaba de una lesión y aún tenía miedo de volver a jugar. No era ajeno a la vertiginosa sucesión de situaciones de vida o muerte que en esa dependencia acaecían. Siempre evitó hablar del tema con sus amigos y familia. Su objetivo era protegerlos de la realidad de una ciudad en guerra y un país eternamente violento.

La violencia en América Latina es una enfermedad endémica con picos epidémicos. Colombia lleva cientos de años de conflictos por razones que en cada momento les parecieron lógicas a sus protagonistas, pero que nunca serán justificables ante la historia. Nando, dentro de ese proceso de formación como médico, ya cerca de terminar su carrera, debía realizar un semestre de prácticas en el hospital de un municipio alejado. A esta rotación se le conocía en la facultad como el *ruralito*[39]. Por eso llegó a un pueblo pequeño y bien construido, con una organizada plaza central que rodeaba una iglesia imponente enmarcada por frondosos arrayanes.

Esa población siempre estaba llena de gente trabajadora, amable y servicial. Desde décadas atrás se le conocía por ser símbolo de paz y tranquilidad. Se parecía al barrio de su niñez, con grandes casas de zaguanes iluminados por mosaicos de cristal de diferentes colores, y siempre abiertas al visitante. Era un municipio enclavado entre valles y montañas. Una tierra fértil y productiva.

Pero en la cotidianidad, las cosas habían empezado a cambiar meses antes de que Nando llegara. Detrás de esa aparente calma y

prosperidad se movían otros intereses. Las bandas de delincuencia común, que operaban hace algunos años allí, no eran un gran reto para la Policía en su afán de mantener el orden, pero un nuevo actor armado, con realidades más complejas para la seguridad de la región, ya había incursionado: la guerrilla.

De ese pueblo, otrora tranquilo, quedaba poco. Y la gente trabajadora, humilde y sencilla empezó a sufrir flagelos como la extorsión, el secuestro, el robo de mercancías, el hurto de ganado, el asalto armado y demás síntomas del accionar de esos grupos armados al margen de la ley. También llegaron las drogas y su tráfico, que se desparramó por las calles para hacer mella en la juventud y generar violencia.

Los primeros días de su práctica, Nando llevaba una vida relativamente normal, nada se salía de la cotidianidad del hospital del pueblo. Atendía algunos pacientes con parásitos, infecciones respiratorias en niños, partos y pequeñas cirugías. Los casos de mayor complejidad se remitían en ambulancia a hospitales más grandes y con mayores recursos, cerca de Medellín.

El personal de salud era muy unido y competente en su trabajo. En ese momento existían, aún, las ayudantes de enfermería, mujeres sin formación académica, pero con una experiencia y habilidad enormes para tratar a los enfermos. Todo este conocimiento era producto de años y años de trabajar bajo la tutela de comunidades religiosas, que se hicieron cargo de los hospitales pequeños y alejados de los grandes centros urbanos hasta que el Estado entró a asumir esa responsabilidad.

Por las noches, cuando no estaban de turno o disponibles para la guardia, los médicos salían a ver algún partido de basquetbol o de fútbol entre equipos locales, que eran patrocinados por los comerciantes. En las tardes, los doctores solían sentarse en las baldosas de los amplios pasillos y corredores del hospital a mirar extasiados las cumbres montañosas cambiar de color de acuerdo con la caída del sol. El silencio solo era interrumpido por el canto de las aves y el viento que mecía suavemente las copas de los árboles. Muchas veces, con una taza de café en sus manos, veían cómo el vapor de la bebida se mezclaba con la niebla que bajaba desde las montañas. Incluso Nando llegó a pensar varias veces: “Cuando sea viejo, me gustaría venir a vivir acá”.

Todo cambió para él un día cualquiera, casi al finalizar su periodo de práctica médica en ese municipio. Empezaron a llegar panfletos, a determinadas casas y comercios, donde amenazaban de muerte a drogadictos, ladrones de poca monta y a otros que señalaban como colaboradores de la guerrilla. Se les indicaba el día y la hora en que debían abandonar el pueblo y que, en caso de no hacerlo, serían asesinados. Las advertencias se las atribuía un grupo paramilitar[40].

Nadie sabía quiénes eran los que mandaban la amenaza ni quién los financiaba. Pero no fueron muchos pobladores los que se tomaron en serio las advertencias. Y lo que fue tema de conversación por unos días pasó a tener menos trascendencia. A la semana nadie se acordaba del hecho.

Pero una tarde, cerca de una estación de gasolina ubicada a la entrada del pueblo, un grupo de personas departían mientras fumaban marihuana. De repente pasaron dos motos que doblaron en la esquina y se alejaron del lugar. A nadie le pareció un movimiento extraño. No habían pasado más de cinco minutos y las motocicletas reaparecieron. Bajaron la velocidad y los dos pasajeros de la parte de atrás sacaron las armas y empezaron la matazón. Nadie más que esas personas que estaban cerca de la estación de servicio se dieron cuenta de lo que pasaba. En el parque del pueblo, algunos pensaron que estaban tirando voladores[41]. Algunos transeúntes pensaron: "¿Por qué pólvora en esta época si todavía está lejos diciembre?".

Era increíble que a ese sonido, que parecía de un juguete, *prrrr, prrrr, prrrr* —de las ráfagas cortas—, le siguiera tanto daño. Todo fue tan rápido, tan inesperado que nadie lo dimensionó. Ninguno en las calles cercanas vio nada, pero en el suelo quedaron tirados cuatro cuerpos. Uno de ellos aún trataba de levantarse mientras se revolcaba en un charco de su propia sangre. A ese lo llevaron como pudieron al hospital.

Nando reaccionó, como siempre, en automático. Estaba bien entrenado. Lo repentino del hecho violento no lo sobrepasó. Actuó y dio órdenes claras y precisas.

—¡Oxígeno, vena, suero, tubo a tórax!

Tomó un bisturí y, sin dudarlo, abrió dos incisiones a los costados del tórax del herido. Puso dos tubos de hule y los conectó a trampas de agua en frascos de vidrio —ese era el inventario completo

de lo que tenían—. Miró el abdomen y alcanzó a contar seis agujeros más. Uno le llamó la atención porque dejaba ver un líquido que parecía sangre oscura, y brotaba de la parte superior derecha. "¡El hígado! Este muchacho se muere. No hay nada qué hacer", pensó, mientras el joven gritaba:

—¡No me quiero morir, no me quiero morir!

Pero las armas utilizadas dispararon tal cantidad de proyectiles, en tan corto tiempo y a tan corta distancia, que el muchacho estaba lleno de agujeros de entrada y de salida. Nando miró a su equipo y todos entendieron el mensaje: se va a morir sin remedio.

El servicio de atención de urgencias de ese pequeño hospital, que siempre era impecable, ordenado y olía a desinfectante, estaba hecho un desastre. Al lugar llegaron los familiares de la víctima. Hubo gritos de desesperación, todos pisaban la sangre que corría desde el cuerpo hacia los bordes de la camilla y caía al suelo. Las enfermeras, aterradas aún, trataban de consolar a los familiares.

En ese momento otro médico que estaba de descanso y escuchó en el parque lo que había pasado llegó corriendo. Estaba sin aliento y se quedó paralizado en la entrada viendo lo que ocurría. Nando lo sacó hacia el pasillo exterior y le dijo:

—No hay nada qué hacer. Andante tranquilo, que yo me encargo.

El compañero lo miró y le preguntó:

—¿Seguro?

—Sí, tranquilo. Tres llegaron muertos y este acaba de morir —respondió.

Nando se sentó en el pasillo a mirar las montañas. Ya no sonaba el viento meciendo las copas de los árboles. Sabía, de memoria, lo que seguiría. Había visto antes lo que llamaban escuadrones de *limpieza social*. Este era solo el principio.

Como en todo pueblo pequeño, el médico del hospital debía hacer las necropsias —examen del cuerpo del muerto desde afuera hacia adentro, mirando cada órgano, cada lesión, cada trayectoria de los proyectiles—. Se debía anotar todo en un formulario y, si se recuperaban proyectiles, había que tomarlos con unas pinzas

envueltas en una gasa y guardarlos en una bolsa aparte. Luego, la familia podía retirar el cadáver y las evidencias de lo encontrado se entregaban a las autoridades.

Nando habló esa noche con los demás médicos y solicitó una serie de elementos que, se suponía, se iban a requerir. Por intermedio del gerente del hospital se realizaron los pedidos sobre la simple base de que él, a pesar de ser un estudiante, tenía varios años de experiencia en estos casos debido a su paso por la Policlínica. El pedido incluía mesa y lámparas quirúrgicas, frascos para trampas de agua, antibióticos, pinzas médicas, tijeras, varios tipos de agujas de suturas y provisiones en general, que en condiciones normales se podían consumir en años. El administrador se mostró reacio, al principio, a invertir esa cantidad de dinero en equipos que nunca se habían utilizado en el hospital, pero los demás médicos lo convencieron:

—Hermano, hágale caso, que él viene de la Policlínica.

Los siguientes días fueron algo que el pueblo nunca olvidaría. Murieron justos y pecadores. Casi a diario había una balacera. En la mañana, al mediodía, en la noche, a la salida de la iglesia, en los bares, en las veredas, en las casas de putas. Nada se salvó de la lluvia de plomo. Adictos, ladrones, supuestos colaboradores de la guerrilla, inocentes y curiosos…: todos cayeron por igual. El trabajo para el personal médico era agotador. Rara vez los médicos podían dormir fuera del hospital. No pudieron seguir atendiendo las consultas normales por las gripas, los parásitos, o de hipertensos y diabéticos. Solo había espacio para atender a las víctimas de los violentos.

Las necropsias no paraban. Dentro de esa dinámica, Nando notó algo particular, y fue que los proyectiles que recuperaban desaparecían. Se propuso indagar qué estaba pasando. Ese fue su primer error. Al reportar la anomalía un miembro del organismo de seguridad pertinente le dijo:

—Doctorcito, usted en lo suyo. No pregunte güevonadas.

Nando no era tan fácil de despedir sin una explicación clara.

—Usted es estudiante, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Nando.

—¿Cuándo termina su práctica acá?

—En una semana.

Con una mirada enigmática y una voz casi burlona, el individuo le dijo:

—De pronto la va a terminar antes.

Al día siguiente, Nando, pensativo y preocupado, salió a la calle. Fue a ver un partido de basquetbol al que lo habían invitado. Quería disipar su mente y sacudirse de esa conversación tan incómoda del día anterior. No habían pasado diez minutos y él estaba entretenido con el juego. Ahí se le acercó un desconocido. Era un joven de unos veinticinco años. Se le hizo raro que lo saludara por su nombre y más extraño que se le sentara al lado a ver el partido. El extraño empezó hablando suavemente, y casi susurrando le preguntó:

—Doctor, ¿usted va a estar en urgencias esta noche?

—Sí, ¿por qué? —respondió, con una mezcla de inocencia y asombro.

—Porque va a tener que ponerse los calzoncillos de la buena suerte.

—¿Cómo así? —dijo, mirando al joven a los ojos.

El muchacho le empezó a contar:

—Esta noche van a buscar a alguien dentro del hospital. Por lo que más quiera, doctorcito, no se vaya a meter, que la orden es matarlo a usted si se mete. El desconocido le dio una palmada en el hombro y se marchó.

Nando, preocupado, se fue caminando hacia el hospital y le comentó lo sucedido a un viejo empleado con el que había entablado buena amistad. El veterano, que estaba a punto de pensionarse y era trabajador administrativo, le dijo:

—Ponga cuidado. Lo que están diciendo es en serio.

Con esas palabras confirmó el alcance y la peligrosidad de quienes estaban haciendo la advertencia. Una hora después, Nando se encontró con una compañera médica y discutieron las probabilidades de lo que iba a ocurrir. Sabían de qué se trataba la “visita” de esa noche al hospital. Un sobreviviente de un tiroteo estaba en ese centro

de atención recuperándose.

Nando y su colega, tratando de echar mano de algún recurso que salvara la vida de ese paciente, decidieron cambiarlo de habitación e instalarlo en la parte más alejada de la puerta de entrada. Empezando la noche, y con su turno finalizado, la compañera se despidió. Lo miró con una mezcla de ternura, compasión y miedo. Le dio un abrazo y lo besó en la mejilla. No le dijo nada más, pero se quedó mirándolo. Nando no supo qué pensar.

Para ese momento de su práctica él ya sabía cuáles eran los balazos de ajusticiamiento: los que propinaban en la cabeza, detrás del pabellón auricular. Esos disparos eran hechos a tan corta distancia que quedaban pedazos de pólvora sin quemar del mismo proyectil alrededor de un halo chamuscado que cubría los bordes del agujero de entrada. Tales heridas eran cada vez más frecuentes por los ajustes de cuentas...

Pasadas las 8:00 de la noche todo era silencio. Se había corrido la voz de que quien se encontrara en la calle después de esa hora sería ajusticiado.

Nando rara vez podía dormir durante un turno, a pesar de que todo estuviera desierto por la *orden*. Se quedó en urgencias conversando con las enfermeras que lo acompañaban. Como a las 2:00 de la mañana, se paró en la puerta de la sala de urgencias a mirar hacia el pasillo que daba al portón de entrada al hospital. Allí, a un lado, sentado, estaba el portero que los acompañaba en cada turno. Volvió a ingresar a la sala. Minutos después tocaron la puerta fuerte. El vigilante miró nervioso a Nando, que se volvió a asomar, y le dijo:

—Abrí. Puede ser una mujer embarazada.

El celador no abrió a pesar de que le repitió la orden. Fue ahí cuando la puerta, ya sin seguro, se abrió de golpe y entraron cuatro hombres. El portero salió corriendo hacia la calle y Nando sintió algo en su cuerpo que le era familiar: un corrientazo le recorrió la espalda y le dio un pequeño calambre en el abdomen. La boca se le puso seca y salió al paso preguntando:

—¿En qué les puedo servir? ¿Qué se les ofrece?

Todos los que entraron llevaban botas de caucho, pero no estaban empantanadas. Eso llamó la atención de Nando. “Deben venir del pueblo”, pensó. Vestían ruanas gruesas que los cubrían hasta la

cintura y todos, sin excepción, tenían sombrero calado hasta las orejas.

Con la cabeza agachada, el primero le dijo a Nando, sin mirarlo y como si conociera las recomendaciones que le habían hecho el día anterior:

—Haga caso de lo que se le dice, hijueputa, que es por su bien. ¡No se meta, malparido!

Nando fue a decir algo, pero las enfermeras se interpusieron y le dijeron llorando:

—Quédese quietecito, porque, si no, nos matan a todos.

Como si conocieran cada rincón del hospital caminaron con seguridad y a zancadas hacia la zona de hospitalización. Cuando ingresaron a la sala, alguien les gritó:

—Está al fondo del corredor.

Nando no distinguió la voz del que reveló la nueva ubicación del herido que buscaban y, como si estuviera oyendo radio, empezó a escuchar los sonidos y a imaginar lo que estaba pasando. En la habitación, el herido había alcanzado a escuchar los gritos y había puesto la cama contra la puerta para evitar que la abrieran. Los hombres la empujaron y le dieron patadas. El herido empezó a gritar desesperado.

—¡Auxilio, socorro! ¡Me van a matar! ¡Llamen a la Policía, llamen a la Policía!

Nando escuchó cuando la puerta cedió. Los enruanados entraron como una tromba de muerte y le gritaron al herido:

—¡Salí, hijueputa, cobarde! ¡Salí, malparido!

El paciente había tenido tiempo de encerrarse en el baño de la habitación y de atrancar la puerta con una mesa de noche que estaba al lado de la cama. Seguía gritando a voz en cuello:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

A los matones les tomó poco tiempo tumbar esa puerta también. En las urgencias, las enfermeras estaban arrinconadas y se

abrazaban arrodilladas. Algunas rezaban y miraban a Nando. Le suplicaban que se quedara quieto dentro de esa sala y que no fuera a salir.

Nando escuchó algunos gritos más. Por el estruendo de la caída de algunos artículos al suelo se percató de que había forcejeos, y se le hizo raro que no dispararan aún. Se imaginó lo estrecho del baño y la falta de espacio para que entrara una segunda persona con el herido adentro. Se oyeron más gritos e insultos.

Al herido lo arrastraban fuera del baño hacia la habitación, y este trataba de agarrarse de lo que podía tumbando lo que se encontraba a su paso. Nando seguía manteniendo la esperanza de que lo iban a llevar a interrogar, o a algo fuera del hospital: no entendía por qué no disparaban. Ahí fue cuando escuchó un sonido que no le era extraño. Desde esa habitación sonó un ruido que hizo *zoc*. Así, seco, rápido y acompañado de un grito de dolor espantoso.

Nando entendió que el arma usada era un machete. Por eso no había disparos. Confirmó las sospechas sobre las armas que usaban por los gritos de la víctima y los ruidos que hacían cuando golpeaban la carne y pegaban en el hueso. Eran varios a la vez. Por eso el médico se dio cuenta de que estaban macheteando entre todos. El herido gritaba y gritaba. Pedía clemencia. Los hombres de ruana se reían y le decían:

—¿Ahora cómo te vas a tapar la cara, hijueputa, si ya no tenés manos?

Los gritos del herido se fueron distanciando y apagando mientras los golpes seguían en una cadencia regular acompañados por más insultos. Cada tanto, el machete se les atrancaba en un hueso y tenían que destrabarlo para poder seguir.

Fueron pocos minutos, tal vez no más de cinco, pero a Nando le pareció una eternidad. Luego, a ese asesinato le siguieron el silencio y los pasos amortiguados de las botas de caucho que ya marchaban de regreso hacia el área de urgencias y la puerta principal. Los asesinos iban riéndose y hablando cosas entre ellos. Pasaron al frente del ingreso a las urgencias, donde las enfermeras aterrorizadas lloraban en un rincón y jalaban a Nando de los brazos. No se demoraron mucho en ese recorrido. El que caminaba primero, que siempre estaba al frente del grupo, señaló a Nando con su machete escurriendo sangre y con la otra mano se llevó su índice a la boca en señal de silencio. Así se fueron.

Nando miraba todo como hipnotizado y empezó a caminar hacia la habitación. Fueron segundos, pero trató de prepararse para lo que iba a presenciar. Quería confirmar si se podía hacer algo por la víctima. Ninguna de las enfermeras lo quiso acompañar. Había visto muchas cosas en su vida como estudiante de la universidad más prestigiosa del país en manejo de trauma, pero nada lo había preparado lo suficiente para aquello que iba a observar en esa habitación.

Había sangre por toda la pieza. Miró hacia abajo y le impresionaron las huellas de las botas de caucho sobre las baldosas. Eran como sellos de sangre impresos en el suelo. Había pedazos del cuerpo del herido dispersos por la habitación, pero a primera vista no notó el tronco ni la cabeza de la víctima.

En ese momento ya sabía que no había nada que pudiera hacer por él. No le competía juzgar, solo salvar. Encontró lo que buscaba en una masa sanguinolenta, en nada parecida a un ser humano, que yacía bocabajo. Cuando lo volteó, el contenido de su abdomen se deslizó hacia las baldosas. No lo pudo reconocer. Su cabeza era como un rompecabezas al que le restaban muchas piezas. La quijada estaba separada del rostro y le faltaba un ojo.

Al cráneo le faltaban varias partes de cuero cabelludo y en otros lugares había salida de masa encefálica por fracturas. En ese lugar yacía alguien que había salvado días antes. Una persona a la que revisaban por las mañanas y con quien compartían su optimismo por su rápida recuperación. Le costó mucho trabajo asociar lo uno con lo otro.

Salió de allí mareado, necesitaba que el aire frío de la madrugada le refrescara la cara. Sus manos empezaron a temblar sin control, se derrumbó deslizándose lentamente contra la pared externa hasta quedar sentado mirando la oscuridad de la noche. Nando sabía que tenía su muerte decretada. Era solo cuestión de tiempo. Un terror intenso apretó su corazón. Imaginó que el rostro del herido era el suyo. Tenía que salir de allí.

En los días siguientes otros episodios tuvieron lugar. El pueblo se vació, mucha gente se fue de las veredas y el casco urbano quedó casi deshabitado. Los jefes del grupo armado ilegal ya aparecían abiertamente en el parque con aires de suficiencia. Celebraban su "triunfo" y tranquilizaban a la gente diciéndole que de ahora en adelante podían trabajar en paz.

Dos días después, uno de esos jefes estaba tomando aguardiente en un bar, al lado de la iglesia, en el marco de la plaza central del pueblo. Estaba acompañado de cuatro personas más. De pronto se escuchó un frenazo en seco con carreras, gritos, mesas volcadas y el ya familiar sonido de las armas automáticas.

El estruendo llegó como un ciclón al hospital. Algunos heridos llevaban arrastrados a otros aún más heridos. Y otros llevaban cargado a su jefe, que escurría sangre por todos lados. La orden fue clara para el personal médico:

—¡O lo salvan, o se mueren todos ustedes, hijueputas!

Los compañeros del hospital le dejaron el jefe a Nando. Mientras se lanzaban encima de los otros para tratar de contener las hemorragias y definían la gravedad de las heridas. Los médicos y las enfermeras no hablaban, solo actuaban. Todo era caos, gritos, insultos y juramentos de venganza contra los que les habían hecho el atentado.

Nando tocó al paciente y estaba frío. No reaccionaba, no tenía signos vitales, pero le empezó a realizar todos los procedimientos de resucitación y estabilización como si estuviera vivo. Le puso un tubo a la garganta para enviar aire a los pulmones, y otros tubos para que drenaran la sangre. Además, le suministró suero en ambas extremidades superiores. En ese momento se apagó la luz y sonó un estallido. Afuera del hospital, los que no estaban heridos se pusieron en posición de combate y dispararon.

Los compañeros de Nando se le acercaron y le alumbraron con linternas para que pudiera continuar su trabajo. Él les susurró a la médica y a una enfermera:

—Este tipo llegó muerto. Nada de lo que estoy haciendo va a servir, pero, si no lo hacemos y creen que no estamos ayudando, nos matan a todos. A mí me van a matar, así que síganme en todo lo que yo haga, les decimos que está muy grave y que tenemos que salir para otro hospital donde tengan cirugía y banco de sangre porque necesita, urgente, que lo operen y le hagan transfusiones.

Ordenó que estacionaran la ambulancia al frente de la puerta principal. El plan era meterse con dos enfermeras en ese vehículo asistencial. Así no habría espacio para nadie más.

Las balas pararon cuando se dieron cuenta de que nadie estaba disparando contra ellos. La explosión fue de un transformador de

energía que se reventó, preciso, en ese momento. La luz empezó a titilar y a regresar. Nando se preocupó, estaba volviendo la energía y su plan sería más difícil de ejecutar. Pero sus compañeros del hospital actuaron de inmediato. Se pusieron alrededor del jefe y fingieron como que estuvieran haciendo hasta lo imposible por salvarlo. Uno de los subordinados de ese grupo armado entró corriendo para preguntar cómo iban los médicos y una doctora le dijo que lo tenían que trasladar.

—¿Quién es el segundo del jefe? —dijo la médica.

Ahí mismo entró un hombre bajo, de pelo flechudo, regordete, con ojos negros y mirada fría. Estaba sudando, toda su ropa tenía sangre e iba armado hasta los dientes. Dio unas instrucciones rápidas y los subalternos prepararon la salida del jefe.

Sacaron al herido en la camilla de la ambulancia y, cuando Nando se fue a subir, el segundo lo tomó del brazo y les gritó a los otros médicos:

—¡Este hijueputa no se va!

Nando sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. Le había llegado el momento. Lo matarían inmediatamente. La doctora lo miró y le gritó:

—¡Suéltelo! Es el único que puede mantener vivo a su jefe hasta el otro hospital.

El segundo lo miró directamente a los ojos y luego miró a sus hombres. Vaciló un momento y, al final, lo sacó de su trance la médica, quien le volvió a hablar:

—¡Muévase! No se da cuenta de que se está muriendo su jefe.

Finalmente, el segundo le dijo a Nando:

—Doctorcito, usted es bueno, a usted no se le muere, pero cuando vuelva tenemos que hablar de unos pendientes.

La ambulancia salió a todo lo que daba la carretera. Había un trecho largo y oscuro. Todos temieron una emboscada y los del grupo armado dijeron que iban a escoltar el vehículo hasta empalmar con la autopista. Casi cinco horas después llegaron al otro hospital, en un municipio cercano a Medellín. Salieron corriendo camilleros, médicos

y enfermeras para ayudarlos. El cirujano, un viejo profesor, solo con ver por unos segundos al paciente que llevaban le dijo a Nando:

—A usted si no le sirvió para un culo el estudio. Este tipo está muerto hace rato.

Nando lo llamó aparte y le contó lo sucedido. Se despidió de las enfermeras y del conductor. No iba a regresar. Siguió camino a Medellín. En el hospital dijeron que se hizo todo lo posible, pero, dada la gravedad de las heridas, el paciente había muerto en cirugía.

A los pocos días, a la entrada de una vereda de aquel pueblo en el que el viento silbaba cuando mecía las copas de los árboles, asesinaron a tres trabajadores del centro hospitalario. Nunca se supo quién, cómo ni por qué.

CAPÍTULO 14 | El rural

El último turno de Nando en la rotación de la Policlínica como estudiante interno tuvo un inmenso significado espiritual. El reloj viejo y oxidado colgado de un clavo en una de las paredes estaba por marcar las 5:00 de la mañana y él, como con un instinto reflejo, sintió la necesidad de salir de la sala de emergencias a respirar el aire frío del amanecer. Era casi una obligación desprenderse del pesado vaho que generaban las decenas de pacientes en esa unidad, y, por eso, apenas cruzó la puerta que comunicaba el salón con el parqueadero, sintió que el olor fresco del rocío mañanero se metía como un puñado de mentol en su nariz.

Ahí mismo miró hacia la montaña y vio que las luces de miles de casas de la zona seguían encendidas, como si no quisieran desprenderse de la noche. Arriba de esos barrios, los rayos de sol se abrían paso a empujones entre los cúmulos de nubes todavía oscuras.

Aliviado, porque el día inexorablemente estaba a punto de llegar, respiró profundo. Un sentimiento de tristeza, mezclado con la nostalgia por anhelar lo que nunca va a regresar, lo embargó. Observó a su alrededor y recogió las fuerzas que necesitaba para seguir adelante.

Nando esa madrugada iniciaba una nueva etapa de su formación como médico. Tal vez la más importante antes de su grado: el año de servicio social obligatorio, o año rural[42], como se le conocía popularmente. Aquel era un requisito indispensable para el grado y representaba un compromiso ineludible que debía afrontar inmediatamente. Si bien sabía que estaba cerca de lograr su objetivo, el panorama era confuso. No solo porque debía alejarse de su casa, de su entorno, de la facultad y del hospital, sino también por la incertidumbre que le generaba no saber en qué municipio tendría que afrontar este reto.

Al dejar la Policlínica lo embargó la sensación de una paz serena por haber sobrevivido a tantas situaciones de violencia, y la tranquilidad que le daba estar convencido de que se había formado de la mano de los mejores médicos, en la unidad de trauma más reputada de América Latina. Atrás dejaba muchos recuerdos, dolor, barbarie y, al mismo tiempo, lecciones invaluables de solidaridad y amor. Todas esas remembranzas daban vueltas en su mente.

Terminado el turno, se despidió de enfermeras, camilleros, médicos, policías y del resto del personal, y caminó sin prisa a tomar el bus que lo llevaría de regreso a su casa. No tenía afán. Quería disfrutar de cada último segundo en ese espacio, que durante años fue más que su casa. Durante el trayecto, y por primera vez en un viaje en el transporte público, se quedó dormido, animado por una inmensa tranquilidad.

Días después llegó el sorteo de plazas disponibles para continuar con su último ciclo de formación. Ya habían transcurrido casi once años desde su primer día en la Facultad de Medicina y, si bien no tenía título, era un médico más entre sus pares. Era respetado y querido.

A Nando le correspondió hacer el año rural en un pueblo incrustado en una zona minera. Una especie de república independiente que pasaba por algunos periodos de tranquilidad y por muchos de violencia desde mediados de los años cincuenta.

No tardó en acoplarse. Como en todo pueblo chico, el rumor de que arribaba el nuevo médico que venía de Medellín ya se había regado por todas las esquinas y recovecos de la población. Sin mucho esfuerzo, pero con la cautela debida como forastero en un municipio como aquel, Nando empezó a hacer las primeras amistades.

Las semanas iniciales de servicio fueron muy extrañas. El de ese pequeño hospital municipal era un ritmo totalmente ajeno al de los años de entrenamiento en la Policlínica. Era como acostarse en Vietnam y despertarse en el Vaticano. La calma de su nuevo lugar de trabajo le resultaba exasperante. Todo en esa unidad estaba limpio. Las sábanas y las camillas permanecían impecables. Lo acompañaba personal con experiencia en programas de prevención y promoción, y las consultas no salían de pacientes con enfermedades comunes, aunque también había tiempo para atender personas con padecimientos crónicos. La farmacia estaba bien surtida y el almacén siempre contaba con inventario disponible. Estas condiciones ideales para ejercer la medicina fueron, de manera paradójica, insoportables para él. No se adaptaba a tanta tranquilidad y orden. Y esa modorra hizo que volviera a sus noches de bohemia. Las mismas que había dejado atrás en los primeros meses de la carrera, y que ahora se le aparecían como una ola gigantesca de la que debía escapar.

Los días transcurrieron sin novedades hasta que cumplió dos meses allí. La situación lo llevó a presentarse en el despacho de la gerente del hospital.

—No quiero hacer más consultas. Estoy cansado de ver siempre las mismas enfermedades, de saber las causas y de que solo atendamos a los enfermos. Acá no se hace nada más.

La gerente lo miró sorprendida, y no solo por lo que le decía, sino por la forma en que la había abordado. Sin alterarse, pero con firmeza, porque tal vez estaba esperando ese momento desde hacía varias semanas, le retrucó:

—Usted no está aquí para hacer lo que le dé la gana, sino para cumplir un requisito y tener su diploma. ¡Eso es todo!

La jefa del hospital bajó la mirada y siguió en su trabajo firmando unos papeles. No tuvo más para decir y ni se dio cuenta de que Nando se había ido con el rabo entre las patas.

Nando, cansado del tedio que vivía en esos primeros meses del año rural, no se dio por vencido y ofreció jornadas en su tiempo libre para crear un portafolio de proyectos que ayudara, de verdad, a prevenir enfermedades en esa zona del departamento. Al cabo de unas semanas cumplió con su palabra. Trabajó día y noche en sus funciones hospitalarias. Se alejó de bares y cantinas, y en su horario de descanso se la pasó en el pequeño escritorio que tenía en su habitación. Allí, entre papeles, libros, tazas de café amargo y el radio de pilas heredado de su padre, delineó el proyecto de medicina preventiva que quería aplicar en ese centro asistencial y en los pueblos cercanos.

Una tarde, pasada la hora del almuerzo, estaba trabajando en su proyecto alternativo y del transistor saltó una noticia que lo dejó helado. En un tejado de una casa de una planta del occidente de Medellín, la muerte había alcanzado a Pablo Escobar Gaviria. Un estruendo, como el de una avalancha, se empezó a sentir que bajaba por las calles del pueblo y Nando se asomó a la ventana para ver qué sucedía.

La gente salía de las casas y hablaba en voz alta. Unos lloraban, otros gritaban. El volumen de los radios y de los televisores aturdía y, como un reguero de pólvora, la noticia se esparció por todo el pueblo.

—¡Mataron a Pablo! ¡Mataron a Pablo! ¡Mataron a Pablo! —fue lo único que se oyó en la población desde ese momento.

Algunos lugareños celebraron y otros seguían repitiendo que no era verdad, que al capo nadie lo podía matar. Hombres, mujeres y

niños no despegaban sus narices de las pantallas de bares, tiendas y almacenes. Nando sabía que la muerte del jefe del cartel no garantizaba nada. Ni la violencia ni los asesinatos ni el tráfico de narcóticos iban a desaparecer en el país. Al contrario, las cosas se iban a poner más feas.

Mientras el Gobierno nacional, como se preveía, le sacó provecho político a la baja del capo narcotraficante, el reacomodo normal de las estructuras delictivas en Medellín se dio rápidamente. Pero en los pueblos alejados ocurrió y se sintió semanas después.

En ese municipio, en un comienzo no fue tan evidente la forma en que se redistribuyeron las cargas. Semanas después sucedió algo que no se veía hacía meses. De nuevo tuvieron lugar celebraciones escandalosas llenas de derroche y balazos al aire cada vez que un combo delincuencial, asociado a su vez a otra banda en la ciudad, ejecutaba alguna acción que les reportaba dinero a todos los miembros. Después vinieron los celos, la ambición y el deseo, siempre presente en estas estructuras, de mayor poder y más dinero.

En ese pueblo los dos jefes de la delincuencia eran dos personajes, uno conocido con el alias del Gato y su némesis, conocido como Carolo. En esos días de reacomodo de las estructuras criminales no tuvieron que esperar demasiado para darse cuenta de que dos *propios*[43] en una población como esa eran demasiada competencia. Por eso solo uno podía sobrevivir. Los tiroteos fueron cada vez más constantes, aunque nunca a la escala que acostumbraba vivir Nando en Medellín. Pero fue frecuente que las disputas dejaran uno o dos muertos y varios heridos cada semana.

Nando salvó al Gato dos veces en menos de cinco semanas. Llegó al hospital con heridas de armas de fuego de diferente grado de severidad. Pero la tercera fue la vencida para Carolo y marcó el final de las siete vidas de su rival. Desde ahí quedó como amo y señor de ese combo, con la vía libre, despejada para usufructuar las rentas criminales y para guerrear con los combos de los pueblos vecinos.

Una madrugada oscura, fría y con un poco de niebla, de esas en las que solo se anhela que el amanecer llegue cuanto antes, Nando volvía del hospital e iba para su casa. Eran casi las 3:00 de la mañana y, antes de llegar a la cuadra donde estaba su vivienda, le tocaba cruzar un puente estrecho que se levantaba sobre un pequeño riachuelo. La estructura, precaria y mal iluminada, había sido construida para facilitar el tránsito de los carros y de muchos peatones que iban desde esa zona alejada del centro hacia las manzanas más

habitadas de la población.

A pocos metros del puente aguzó la mirada y vio emerger cuatro figuras entre la oscuridad. Eran como cuatro gárgolas que salen cuando el que no las quiere ver más las espera. Al acercarse, las figuras se hicieron terrenales. ¡Todos estaban armados! Nando sintió un cosquilleo en el pecho y un viento frío en su cara. Aminoró la marcha y reconoció a Carolo.

Sabía que detenerse, devolverse o hacer cualquier otro movimiento era morir a balazos. Por eso siguió caminando hacia ellos. Apenas se acercó, comprobar que era Carolo y que estaba en sano juicio le dio un poco de tranquilidad. Una cosa muy distinta era encontrarse a los muchachos drogados o borrachos.

—Doctor, ¿qué hace a esta hora afuera, hermano? No ve que hay mucho bandido y es peligroso —le dijo Carolo y una risita burlona se le escapó.

—Me llamaron para atender a una embarazada de urgencia y nos tocó traerla al hospital. Pero ya me voy para la casa. Yo vivo en la otra cuadra.

—Venga lo acompañamos —le respondió Carolo.

El grupo dejó el puente y dobló por la esquina. Tomaron una calle estrecha y el médico, rodeado del líder y varios de los integrantes de la banda delincuencial más temida de esa zona del departamento, apretaron el paso. Caminaron por unos minutos. Nadie mencionó una palabra hasta que llegaron a la puerta. Nando metió la llave en la chapa y abrió sin mirar atrás.

—Que tenga buena noche, doctor.

—Buenas noches, muchachos.

Eso fue lo único que respondió Nando, y cerró la puerta de inmediato. Ahí mismo le echó doble llave y se sentó en una esquina de su cama. El silencio aturdía. Nando solo oía los latidos de su corazón. Miró hacia la puerta y, después de unos minutos, se acercó a la ventana. Sin mover la cortina, revisó la entrada. No había nadie. Volvió a su cama y se acostó. Ese resto de madrugada no pegó el ojo.

El ambiente en el pueblo se puso espeso unos días después. El rumor de que había forasteros muy raros también se regó y las

ventanas de las casas empezaron a cerrarse mucho más temprano. En las mañanas, en los corrillos de las heladerías donde los lugareños tomaban café, se oía que en la noche anterior el nuevo grupo estuvo por los lados del parque. Otros comentaban que los habían visto en camionetas por los lados del cerro. También se decía que unos iban a pie y otros en motos.

Nando se mantuvo al margen de las habladurías de la gente por el bienestar de su salud mental y para mantener sano su pellejo. No indagó demasiado y cada mañana siguió derecho para el hospital. Ya no le hacía gracia departir con nadie antes de un turno y prefería no entablar conversaciones ni con las personas que conocía y eran sus amigas en ese lugar.

Un viernes nublado, dos horas después del toque de las campanas de la iglesia llamando a la misa de 6:00 de la mañana, una balacera se metió sin pedir permiso en la tranquilidad de los moradores del pueblo. Carolo y sus escoltas fueron sorprendidos en una cafetería. Tres hombres que se bajaron de un campero les dispararon mientras tomaban tinto afuera del negocio. Les vaciaron los cargadores. Alcanzaron a empuñar sus armas, pero se quedaron a la mitad del intento. Los matadores cambiaron proveedores y los remataron con disparos de corta distancia.

Los asesinos desaparecieron. Nadie los vio llegar ni nadie se dio cuenta del lugar por donde se fueron. En menos de veinte minutos Nando tenía los cuatro cuerpos de los ajusticiados en el piso del hospital. Un grupo de asistentes espontáneos hizo dos viajes entre el parque principal y la unidad médica con lo que quedaba de Carolo y sus escoltas.

El médico los revisó rápido. Ahí mismo supo que no había nada por hacer. Se arrodilló al lado de los muchachos que lo acompañaron hasta su casa aquella madrugada, mientras el camino de sangre roja, espesa y brillante se fue despacio por el desnivel del parqueadero.

A los dos meses de ese episodio, Nando estaba descansando en un pasillo tras una consulta y una enfermera se le acercó.

—Doctor, lo necesitan urgente en la dirección.

Nando caminó rápido por los pasillos brillantes de la unidad médica y llegó al despacho de la gerente.

Sobre el escritorio de la jefe estaba la bocina descolgada del teléfono de ese despacho. Ella lo miró y sin saludarlo le pasó el aparato. Nando se lo puso en la oreja y en menos de un minuto lo devolvió.

Desde Medellín le confirmaron que habían recibido su proyecto de medicina preventiva y que lo querían aplicar en varias regiones del departamento. Su año rural iba a finalizar de una manera muy distinta y lejos de ese pueblo. Sin decir nada se fue de esa oficina, pero esta vez sin el rabo entre las patas.

CAPÍTULO 15 | Dónde pongo el dolor

Ya pasaron más de tres décadas desde la última guardia del doctor Nando en el hospital. La violencia arreció en todas sus facetas en los últimos años. Hoy, en la tercera década del siglo XXI, el país produce diez veces más alucinógenos que en la época de los famosos carteles del narcotráfico, los ochenta y los noventa, y las muertes violentas asociadas a las disputas de poder de las organizaciones criminales y los grupos armados al margen de la ley siguen bañando con su sangre los ríos, los campos y las ciudades colombianas.

La mayoría de las principales organizaciones delictivas, con motivaciones políticas o sin ellas, ya no están en confrontación contra el Estado, pero la población civil sigue padeciendo los horrores de la guerra. La economía cada vez está más resentida. La iniciativa privada y el empresariado presencian cómo se debilita progresivamente la inversión. Este es un libreto repasado y repetido, hasta el hartazgo, en América Latina, desde el río Grande hasta Ushuaia. Este guion, en algunos países como Colombia, se sigue escribiendo con tinta que se borra rápido y, por supuesto, tiene un predecible y espantoso final.

La del doctor Nando es una historia olvidada y, hasta hoy, nunca contada. Es un ejercicio de memoria de quienes vestidos de blanco fueron parias dentro de aquella sociedad corrupta e hipócritamente conservadora de los años ochenta y noventa en Medellín, que escondió los cadáveres en los armarios y entre los cuadros fríos de cifras y estadísticas.

Más que un anecdotario, el del doctor Nando es un testimonio de resistencia, con una narrativa hecha para la comprensión en una sociedad actual que permite, una y otra vez, que se repita la misma barbarie, dentro de la más fatídica indiferencia.

Miles de jóvenes en Medellín y en Colombia que entregaron lo mejor de sus vidas en el servicio de la medicina hoy prefieren olvidar, tienen sus cuerpos y sus almas llenos de cicatrices. Él perdió la cuenta de cuántos disparos le hicieron y de cuántas veces lo intentaron apuñalar. Tampoco recuerda con exactitud el número de veces en las que sintió el cañón frío de un arma en su sien. Sus heridas emocionales tal vez nunca sanarán. Hoy, en la soledad de sus recuerdos, y con el reconfortante frío del amanecer, agradece al Creador por permitirle sobrevivir un día, una noche…, un turno más.

Nando, con una mezcla de terror e incredulidad, ve a la generación nacida en el nuevo siglo observar sus experiencias y las de sus colegas como memorias incomprensibles. Ve en la mirada de muchas personas el rechazo y la apatía para reconocer lo que los médicos jóvenes aportaron en los años más oscuros de Medellín y Colombia. Para él, parece que desde distintos sectores tienen la necesidad de que esa memoria desaparezca y que no queden evidencias de un pasado que en el inconsciente colectivo de esta sociedad se instaló como vergonzoso.

A pesar de esto, quienes trabajaron hombro a hombro con él, incluso los que no fueron sus amigos, forman parte de esta hermandad de la sangre. A ella pertenecen cientos de miles de trabajadores de la salud, a quienes los une un lazo que permanece intacto a pesar del olvido o, simplemente, del desconocimiento. Nando y sus compañeros de corazón y espíritu entregaron, sin condiciones, sus mejores años, y muchos de ellos sus vidas, incluso por encima de las advertencias de sus familias. Se arriesgaron una y otra vez para darlo todo y para cumplir su juramento y su compromiso como médicos. Todo por un indeclinable compromiso con la sociedad y la patria. Su razón única y su objetivo primordial fue salvar vidas, sin importar de qué lado del conflicto estaban. Por eso fueron tratados como indeseables. Ya nadie los quería cerca. Los volvieron los parias de blanco.

Nando, décadas después, perdió muchos de esos hermanos, de esos sobrevivientes de esa durísima época de la violencia en las calles de la ciudad, durante la pandemia de COVID-19. Como en los ochenta y los noventa, Nando y sus colegas comprometieron su seguridad y su salud. Atendieron pacientes en hospitales urbanos y rurales sin recursos suficientes y ante una enfermedad que, como a todos los demás, los diezmaba cada día más. De nuevo, hubo hechos de intolerancia y rechazo por su profesión y por lo que hacían. Otra vez volvieron a ser rechazados, como cuando salvaban vidas de las balas de los violentos. Fueron rechazados de sus lugares de residencia porque representaron un riesgo de muerte y un peligro de contagio del virus letal.

En la pandemia volvieron *los parias de blanco*. El personal de salud fue excluido y expulsado de entornos residenciales. Eran pocos para enfrentar el cada vez mayor número de infectados, y el agotamiento de jornadas interminables de más de cuarenta y ocho horas los volvió vulnerables y víctimas de primera mano del mismo virus.

En esos momentos angustiantes, Nando dejó su casa y su

familia para salvar vidas sin importarle nada y se infectó de COVID-19. A pesar de cumplir criterios de hospitalización en unidad de cuidados intensivos, se negó a ocupar una cama.

Para no contagiar a otros manejó él mismo su tratamiento confinado y con oxígeno suplementario por casi un año. Apenas pudo se paró, y con un daño severo en sus pulmones volvió a ejercer la medicina. Recayó dos veces con infecciones de variantes del mismo virus y dos veces se paró.

Para él, estas páginas son un testimonio de primera mano que, fuera de cualquier pretensión, quiere recordarles a todos que nada ocurre espontáneamente. Detrás de cada reto que enfrenta la humanidad hay profesionales y personas del común, héroes solitarios y anónimos, desconocidos por la historia.

Hoy, frente a las montañas de su tierra, Nando siente el viento mecer suavemente las copas de los árboles, en una sinfonía adormecedora de paz y tranquilidad. Ante sus ojos el agua de una quebrada fluye lentamente en alegres gorgoteos y pequeños peces juegan con algunas burbujas que se forman y dejan una estela que se desvanece en el horizonte.

Aclaración

Esta, más que una obra netamente literaria o periodística, es un homenaje a miles de hombres y mujeres pertenecientes a la hermandad de la sangre, quienes, a pesar de la incomprensión, del rechazo y del olvido, han ofrendado lo mejor de sus vidas en el ejercicio de la medicina. Los profesionales de la medicina siempre han acompañado a las civilizaciones en la guerra y en la enfermedad, en la vida y en la muerte.

Ningún nombre es real y los hechos, si representan similitudes con acciones del pasado, será por una casualidad que ayuda a dimensionar el sacrificio de estas personas.

LOS PARIAS DE BLANCO
© Francisco Zuluaga MD
2025

Notas

[←1]

El asesinato del líder liberal **Jorge Eliécer Gaitán**, el 9 de abril de 1948, desencadenó una serie de disturbios conocidos como El Bogotazo, que se extendieron por otras ciudades colombianas. Además, recrudecieron los hechos violentos de la época conocida como La Violencia, que había comenzado décadas atrás.

[←2]

Según el censo de 1985, del DANE, la población de Medellín para ese año era de **1 468 089 habitantes**, y la de Colombia de 27 867 326.

[←3]

Medellín en su zona urbana está dividida en dieciséis **comunas**, más cinco corregimientos que forman parte de su perímetro rural. Oficialmente cuenta con doscientos cuarenta y nueve barrios.

[←4]

Los ***combos*** son pandillas que sirven al crimen organizado en la primera base de la estructura criminal. En su mayoría los integran entre diez y treinta jóvenes, con una jerarquía estable y un área de operaciones bien delimitada en pequeños territorios barriales.

[←5]

Icopor es la palabra usada en Colombia para el poliestireno expandido. Tomó esa denominación por el acrónimo de Industria Colombiana de Porosos, empresa que lo empezó a comercializar.

[←6]

Un ***coroto***, en el habla popular de Antioquia, es un artículo que no se quiere mencionar o cuyo nombre se ignora. Regularmente los corotos son las pertenencias que se cargan cuando se va hacia una nueva morada —en el trasteo—.

[←7]

Probar finura es una expresión usada en Medellín que se refiere al acto de ejecutar una acción que exige valentía.

[←8]

El **F-2** fue una división de la policía judicial de Colombia que operó entre 1949 y 1995.

[←9]

El ***caspete*** es una pequeña estructura en la que se venden bebidas y comestibles. Se hizo popular en las construcciones para proporcionarles alimentos a los obreros. Con la explosión de la economía informal, estos comercios se diseminaron por las diferentes aceras de vías principales en las ciudades colombianas.

[←10]

Las ***chucherías*** son alimentos como dulces o fritos de poco valor que se venden principalmente en la calle o en pequeños comercios.

[←11]

El ***internado*** es el año de práctica que realizan los estudiantes de Medicina, y consta de rotaciones, en su mayoría de un mes, por las diferentes especialidades clínicas. De acuerdo con las disposiciones de las diferentes facultades o escuelas, un estudiante puede iniciarlo en el semestre 11 o 12 de la carrera.

[←12]

La expresión tenerle ***mal agüero a algo/alguien viene*** de los pájaros de mal agüero, que presagian desgracias o hechos desafortunados.

[←13]

La palabra ***pelao*** se usa en Antioquia y otras regiones de Colombia, como la costa atlántica, como sinónimo de ***niño o joven.***

[←14]

En el lenguaje popular, un ***chiro*** se refiere despectivamente a una prenda de vestir.

[←15]

Rodrigo Lara Bonilla fue un político, diplomático y abogado colombiano, exmiembro del Partido Liberal Colombiano y del Movimiento Revolucionario Liberal, y cofundador del Nuevo Liberalismo. En el momento de su asesinato era ministro de Justicia y un férreo luchador en contra del narcotráfico.

[←16]

La tasa de **homicidios en Medellín** durante la década de los ochenta se incrementó de manera exponencial producto de la actividad ilegal hegemónica de las bandas asociadas al narcotráfico. Ese periodo de la historia reciente de la ciudad se abrió en 1981 con 1031 homicidios y se cerró en 1990, año en el que hubo 5851 muertes violentas, según cifras de ***Estadísticas vitales*** del DANE (1981-1990).

[←17]

Esta **área metropolitana** está compuesta por Medellín y otros nueve municipios —Caldas, La Estrella, Itagüí, Sabaneta, Envigado, Bello, Copacabana, Girardota y Barbosa—, y se asienta sobre el valle de Aburrá. Su población para el año 2024 era de 4 320 748 habitantes, según las proyecciones del Censo Nacional del DANE de 2018.

[←18]

En Medellín, entre 1990 y 1993 fueron asesinados 193 policías, según el estudio del Taller de Memoria llevado a cabo con familiares de policías asesinados, realizado por Juan Carlos Ruiz para el Centro Nacional de Memoria Histórica (2015).

[←19]

Coger callo es una expresión usada para decir que una persona está adquiriendo experiencia para ejecutar determinado oficio.

[←20]

Marearse significa aquí echarse para atrás, retractarse o tener miedo a último momento.

[←21]

Gonorrea es un insulto nacido y criado en los barrios de Medellín durante los años ochenta que luego, como la enfermedad venérea que originalmente nombra, se metió sin permiso y de lleno en el habla popular de los colombianos.

[←22]

Una ***pichurria***, en el parlache de Medellín y Antioquia, es una persona despreciable.

[←23]

Un ***picao*** de fútbol es un partido informal y amistoso que se juega entre amigos en la calle, en una cancha, en un potrero, en un parque… El término se popularizó en varios países de América Latina.

[←24]

Camello se usa en el lenguaje popular de varias regiones de Colombia para referirse al trabajo. En los barrios, el joven que **camellaba** era, regularmente, el que estaba metido en negocios ilícitos.

[←25]

El ***fierro***, en el argot usado por los grupos delincuenciales, es el arma. Se trata de un término apropiado del lunfardo porteño que se popularizó en varios países de habla hispana, entre ellos Colombia, a través del tango canción.

[←26]

El término ***capucho*** se usó, en un comienzo, para nombrar a cualquier persona que se tapaba la cabeza con una capucha para no ser identificada. Después, a inicios de los noventa, se les llamó así a los integrantes de las milicias populares, que eran las estructuras urbanas de las guerrillas que operaban en Medellín.

[←27]

La ***almadana*** es una herramienta parecida a un martillo, pero más grande. Tiene cabeza de hierro y mango de madera y se usa en las construcciones para demoler.

[←28]

Boquiando es la deformación del gerundio de ***boquear***, que, según la RAE, en una de sus acepciones significa “estar expirando”.

[←29]

Lavaperros se les dice, en el lenguaje popular de las barriadas de Medellín, a las personas que tienen roles y responsabilidades menores dentro de alguna estructura delincuencial, especialmente dentro del narcotráfico.

[←30]

Visaje es un término adaptado en el parlache de los jóvenes de Medellín para calificar a quien se muestra mucho o aparenta lo que no es; también alude a una mirada inquisidora. Y el ***visajoso*** es quien quiere demostrar que es malo sin serlo.

[←31]

Estar ***rezao***, o ***rezado***, es tener una protección sobrenatural gracias a la cual sus enemigos no pueden hacerle daño.

[←32]

En este contexto, un ***cruce*** es cualquier negocio ilegal, desde un robo, pasando por un secuestro, hasta un asesinato.

[←33]

La ***recocha*** es un partido de fútbol que se juega en los barrios, o en ambientes de estudio y trabajo, que cuenta, regularmente, con los mismos participantes y que se practica en un mismo horario.

[←34]

Si bien 1991 fue el año en que más homicidios se cometieron en la ciudad, diciembre de 1992 ha sido el mes más violento en la historia de Medellín, con 698 homicidios. Esta cifra significó un promedio de 22 casos diarios, según el informe ***Caracterización del homicidio en Medellín***, publicado por la Alcaldía en 2019.

[←35]

Parcero es un término que se empezó a usar en Medellín desde los ochenta para denominar al amigo. Viene del portugués ***parceiro***. En otras regiones de Colombia se hizo popular en los años noventa y en el nuevo siglo.

[←36]

Los grupos de **milicias** urbanas tuvieron un papel protagónico en el conflicto que vivió Medellín entre 1991 y 1994. Si bien desde los años setenta ya se conocían estructuras de este tipo, fue a inicios de los noventa cuando su presencia se hizo más notoria y relevante. Su base ideológica y militar estaba sustentada por grupos de guerrillas como las FARC, el ELN y el M-19 (aunque se había desmovilizado en 1990).

[←37]

Un ***transductor ecográfico*** es un equipo médico que produce ondas de sonido que rebotan en los tejidos del cuerpo y forman ecos. Esa señal la envía a una máquina que crea una imagen llamada ecografía.

[←38]

Según la Comisión de la Verdad, solo en el segundo semestre de 1987 fueron asesinados quince integrantes, entre estudiantes, profesores y otros empleados, de la universidad, vinculados todos a la defensa de los derechos humanos.

[←39]

El ***ruralito*** era un mes de práctica en un hospital municipal que se hacía como parte de la rotación del internado. Este periodo era anterior y, por supuesto, diferente al ***año rural***.

[←40]

Los grupos **paramilitares** en Colombia han tenido varias generaciones. En los sesenta y setenta aparecieron como autodefensas campesinas. Desde la década de los ochenta hubo estructuras muy presentes en el conflicto armado interno que surgieron como contrainsurgencia y después se vieron cooptadas y financiadas por los grupos narcotraficantes.

[←41]

Los ***voladores*** son un elemento pirotécnico compuesto de una cabeza con pólvora y un bastón de no más de cuarenta centímetros. Al encenderlo se eleva dejando una estela lumínica. Al final de su ascenso estalla varias veces.

[←42]

El **año rural** es un requisito que deben cumplir los estudiantes de Medicina en Colombia para poder graduarse. Se trata de un año de servicio en un hospital de una población en zonas alejadas de los grandes centros urbanos. Fue implementado en 1949.

[←43]

Un ***propio*** es un jefe. Una persona que tiene poder y, generalmente, dinero para mandar a otros. La expresión es usada mayormente en el argot delincuencial.